





Un nuevo modo

Antología de narrativa mexicana actual



---

# Un nuevo modo

## Antología de narrativa mexicana actual

Coordinador  
Álvaro Uribe

Selección y prólogo  
Daniel Saldaña París



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
México, 2012

Diseño de portada: Mónica Zacarías Najjar.

Primera edición: noviembre de 2012

D.R. © Daniel Saldaña París, Alain-Paul Mallard, Yuri Herrera,  
Julián Herbert, Vivian Abenshushan, Juan Pablo Villalobos,  
Antonio Ortuño, Carlos Velásquez, Valeria Luiselli,  
Laia Jufresa, Agustín Goenaga.

D.R. © 2012, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL / DIRECCIÓN DE LITERATURA  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,  
04510 México, D. F.

ISBN 978-607-02-3862-8

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin la autorización  
escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

## Prólogo

### Un nuevo modo

*Esta necesidad de construirse un lenguaje personal para representar el mundo; de improvisar todo un sistema para coger una impresión aislada, para dibujar un objeto; de adaptarse diversamente a los aspectos mudables de las cosas, para detener su realidad fugitiva, es característica del arte contemporáneo. Cada artista se encierra dentro de su originalidad y usa de puentes propios para comunicarse con la vida. Por eso es que parece que lo que pretende no es la posesión de la realidad, sino un nuevo modo de poseerla, y que ésta ha pasado a ser el instrumento en vez del objeto de su sensualidad. ¡Como si fuera una estratagema para engañarla y sorprenderla!*

Jorge Cuesta, 1927

1.

Si bien es cierto que el arte de narrar puede ser considerado un género en sí mismo, y que la prosa de un autor, su manera de moldear el idioma, puede rastrearse en crónicas, novelas, ensayos u otras formas de escritura, no es menos cierto que el cuento tiene características que lo distinguen de otras narraciones. No es seguro que un novelista logre ceñir su aliento a las exigencias de este molde, ni que la prosa de un ensayista brille igual cuando se propone escribir un cuento que cuando ensaya. Sin embargo, tengo la convicción de que los autores aquí reunidos son narradores en un sentido amplio. Varios de ellos han incursionado en otros géneros con indudable fortuna, y en sus cuentos se advierte un estilo capaz de trasladarse a otros ámbitos. De ahí que este libro se presente como una antología de narrativa, y no nada más como un puñado de cuentos; los

autores que lo conforman son, me parece, representativos de la narrativa escrita en México en los últimos tiempos, tanto por su cuentística —en algunos casos más conocida que en otros— como por las obras que han acometido en otros géneros.

Para hacer la selección de textos seguí, debo reconocer, un camino heterodoxo, que responde, en buena medida, a mi carácter como lector y mis preferencias, inevitablemente marcadas por mi historial de lecturas y, dentro de éste, por el protagonismo indiscutible de la poesía. No quiero decir con esto que los autores seleccionados transmitan algo necesariamente lírico, sino que en mi lectura hay un sesgo poético hacia la materia verbal que creo necesario y justo explicitar. Como advertirá quien recorra estas páginas, ese sesgo no es perceptible en la temática o el registro de los relatos, y más bien podría describirse como una modalidad del entusiasmo, si se quiere caprichoso, que me llevó a elegir, de entre los muchos posibles, esta decena de autores.

En cuanto a los relatos escogidos, el procedimiento de selección fue también poco sistemático. En algunos casos pedí a los autores permiso para publicar algún cuento en específico leído previamente en sus libros o en publicaciones periódicas. En otros casos, les pedí que me enviaran material reciente, inédito o ya publicado, para elegir el cuento que mejor conviniera a la antología según mi personal criterio. Alguno más de los textos lo conocía de oídas: a través de una lectura pública que suscitó mi interés.

Pero además del entusiasmo y las preferencias lectoras, otras consideraciones animan esta selección. Quisiera exponerlas y por último tratar de anotar, aunque sea someramente, algunas características de los cuentos reunidos y posibles líneas de lectura para adentrarse en ellos.

## 2.

Aunque los mugidos agónicos que proclaman la muerte de unas cosas y otras (del arte, de la novela, de la literatura latinoamericana) parecen haber disminuido unos cuantos decibeles en los últimos años, permitiendo que se escuche, aunque

sea leve, una crítica más aguda, menos proclive al escándalo, la salud de la narrativa mexicana todavía suele ponerse en duda desde distintos ángulos. Por una parte, se le reprocha su falta de arrojo, su domesticidad, su sumisión a convenciones de género y a lenguajes prefabricados que la vuelven roma. Por otra parte, está la inevitable comparación con lo que se escribe en otras latitudes. Es lugar común el contraste con la supuesta vitalidad de la nueva literatura argentina y, dado que nuestros suplementos culturales están muertos o agonizan, también es frecuente que nos miremos en el espejo de los españoles, cuyos periódicos nos ponen al tanto de esa polémica entre tradicionalistas y posmodernos que parece extenderse en la península confrontando a los autores de un misterioso “Nuevo Drama” con el experimentalismo de una “Generación Nocilla” (grupúsculos que parecieran aspirar, por las resonancias de sus nombres, a confundirse con ligas de superhéroes). La lista elaborada por la revista británica *Granta*, “Los mejores narradores jóvenes en español” (2010), de ánimo más bien comercial, parecía apuntalar ese diagnóstico según el cual España y Argentina figurarían como cabezas de grupo en el ámbito literario hispano. Pero a poco que uno se detenga a considerar el asunto, se resquebrajan las simplificaciones y se hace visible, como diría Kafka, “lo horroroso de lo meramente esquemático”.

El último grupo literario en México más o menos identificable, con un atisbo de programa —el Crack—, reveló al paso de los años su absoluta incapacidad para incidir, estéticamente, entre las nuevas generaciones de escritores, así como para dar cuenta de una realidad (cualquiera) que exigía un trabajo con el lenguaje más consciente de sus posibilidades y sus límites. Caído el Crack en desgracia, la legitimidad de los movimientos literarios parece, en México, minada. Reticentes a pegarse la etiqueta que facilitaría su exportación en bloque, los narradores nacidos después de 1970 escriben desde supuestos individuales, ajenos incluso a la chata y muy en boga tendencia que quiere ver en “lo norteño” un estilo común y no más bien un paisaje compartido que cada escritor aborda de un modo distinto.

Esta atomización del panorama literario nacional, aunada a la publicación tardía (o un poco más tardía, digamos, que en otros países) de los primeros libros de varios escritores, ha dejado a la narrativa mexicana un poco al margen de las entusiastas fotos de grupo —con el adjetivo de lo joven inscrito al dorso— que cada tanto se conciben para vender libros.

Algún intento ha habido, sin embargo, por describir de manera coral a la narrativa mexicana reciente; me llama la atención, por ejemplo, *Grandes hits. Nueva generación de narradores mexicanos* (Almadía, 2008), en donde Tryno Maldonado tuvo la osadía, en principio loable, de trazar una suerte de carta astral generacional:

Por eso en el presente la rebeldía y la radicalidad son lo más chic, y ellos, los nuevos escritores, han optado por resguardarse en las formas tradicionales para, bien que mal, resistir a este embate. Lo reaccionario, lo conservador, las formas probadas, la literatura de géneros (novela negra, novela histórica, ciencia ficción, fantasía, terror, etcétera) están siendo sus trincheras de resistencia.

Por suerte para los lectores, el diagnóstico pop de Maldonado resultó insuficiente, por decir lo menos: algunos de los libros más notables publicados después de *Grandes hits* son inclasificables dentro del esquema de la literatura de géneros: *La Biblia Vaquera* de Velásquez, *Los ingravidos* de Luiselli, *Señales que precederán al fin del mundo* de Herrera, *Canción de tumba* de Herbert, *La señora rojo* de Ortuño, por nombrar unos pocos.

En cualquier caso, a falta de grupos y manifiestos el mercado editorial echó mano, durante los últimos lustros, de las líneas temáticas exploradas por los escritores nacionales para fraguar colecciones y exasperar a los críticos que se negaban a validar la existencia del subgénero: nació —o se extendió el término, que ya existía— la narcoliteratura. Dicho sea de paso, me sorprende —acostumbrado como estoy, sobre todo, a la discusión crítica alrededor de la poesía— encontrar en la crítica literaria que se centra en la narrativa un reinado tan absoluto de la *temática*. No digo que el tema no sea relevante: me

parecería grave, o al menos sospechoso, que en un país como éste, arrasado por la violencia, no existieran novelas y cuentos empeñados en hablar de ello. Pero sí considero que es un error de enfoque el hecho de que las últimas polémicas se articulen en torno a ejes tipo “narcoliteratura vs cosmopolitismo”, o “intimismo vs explicitud de la violencia”. No creo que tales dicotomías le hagan justicia a la complejidad del mundo. Ni de la literatura.\*

Por fortuna, una horneara de libros fracturó, a mi entender de un modo irreversible, ese antagonismo inútil. ¿Cómo clasificar *Trabajos del reino*, la primera novela de Yuri Herrera, bajo el rótulo comercial de narcoliteratura? ¿Cómo entender un libro como *Canción de tumba*, de Julián Herbert, en el que la cruda descripción de un país ojetísimo convive con una reflexión sobre la ficción y sus fronteras? Desde Barcelona, Juan Pablo Villalobos le daba otra vuelta más de tuerca a la cuestión con un libro, *Fiesta en la madriguera*, también irreductible desde el punto de vista temático: ¿se trata la novela *verdaderamente* del narco o es más bien una exploración de las extravagancias del poder desde la mirada —y desde el lenguaje, sobre todo— de un personaje infantil?

El vaso, podría decirse, no se derramó: se hizo añicos.

Dicho todo esto, resulta demasiado tentadora la vía de la diversidad. Asumir, sin más, que no hay ni puede haber intereses ni búsquedas en común entre los autores de esta antología. Renunciar a la genealogía para decir, abrazando la paradoja, que la pluralidad es la única nota dominante de nuestra caótica contemporaneidad. Resulta tentador; pero esa renuncia implicaría, casi, la renuncia a la defensa de esta selección particular: si toda voz en este mar diverso es igualmente rescatable, ¿por qué pensar en estos 10 autores, en estos 10 cuentos, y no en cualquier otra lista? Buscar el refugio del reconocimiento sería, por ese mismo camino, la opción

\* En este recelo me hago eco de los reproches que Valeria Luiselli dirigió a la crítica literaria desde la revista *Nexos* (“Novedad de la narrativa mexicana II: Contra las tentaciones de la nueva crítica”. Febrero de 2012).

más timorata: si bien los autores que componen el índice de este libro tienen todos una trayectoria más o menos construida, una cierta visibilidad, no es esa la razón fundamental que orientó mi preferencia.

Agotada, pues, la “vía negativa”, expongo las cartas de mi mano: me interesa una narrativa que no navegue impulsada por el viento leve de la trama, sino que busque, a riesgo aun de naufragar, un trabajo exigente con el lenguaje y una atención especial a la estructura. Una narrativa, una cuentística, que no dé por supuesto el molde ni se limite a rellenarlo con la masa temática de moda; que se plantee, una y otra vez, la pregunta por el lenguaje que conviene a cada texto. Una literatura, en definitiva, poco programática pero muy consciente: que no ceda ante los esquemas dictados por las mesas de novedades ni contraponga a éstos una prescriptiva falsamente provocadora.

En cierto sentido, si algo comparten los autores de esta antología es que no buscan hacer transparente su lenguaje para dejar pasar, como en un vehículo que no ejerciera fricción alguna, un mundo más o menos inventado. Aquí el vehículo es tan importante o más que el pasajero. Opaco, consciente de sí, el significativo se niega a disolverse y proclama, de múltiples maneras, la preeminencia de las formas: el artificio orgulloso. En cada uno de ellos puede rastrearse una intención como la del epígrafe de Jorge Cuesta que antecede estas líneas y que le da título al volumen: la búsqueda de un lenguaje personal cuyo interés no es el preciosismo yermo ni la prosa engalanada porque sí, sino el deseo de poseer la realidad de un modo nuevo cada vez, sorprendiéndola.

Ahora bien, no se puede dilatar mucho más una evidencia: las soluciones al dilema de la forma, las respuestas a la pregunta por el lenguaje, son inevitablemente (chin, la palabrita) plurales. Reconocer esa diversidad (que confluye con otra más superficial: la de los temas) no es tirar la toalla de la lectura que ilumina, sino entender los límites de ésta: me propuse antologar autores y cuentos en los que creí intuir la pregunta por la forma; eso, en mi interés, los une. Pero los resultados son

necesariamente divergentes y aun contradictorios —si tal antagonismo es posible entre ficciones—. Pretender que la respuesta tiene un solo rostro (el del humor absurdo, por ejemplo, o el de la seriedad ribeteada de intertexto) sería negarle al lector la búsqueda de un registro que resuene en él con mayor fuerza. Los caminos de este libro, por tanto, ofrecen muchas posibilidades de lectura: de la morosa construcción de las imágenes en Alain-Paul Mallard a la ironía certera de Antonio Ortuño, del juego metaliterario de Vivian Abenshushan al idioma dúctil que Carlos Velásquez inventa a la medida de un norte casi mitológico.

Diez cuentos que dan cuenta de otros tantos modos de entender la escritura; todos ellos, eso sí, sin renunciar a una mirada exigente y moderna sobre el texto literario. Todos ellos, también, dedicados a narrar una realidad que sólo por simplificación exagerada y por afán de quererla indivisible convenimos en llamar México. Por supuesto, no son los únicos autores que se afanan en conseguir un lenguaje propio. Esta antología no se pretende censo sino ventana: una muestra para asomarse al vasto y complejo panorama de la narrativa mexicana reciente.

### 3.

Si bien el orden en que se presentan los cuentos, poco imaginativo, es el cronológico siguiendo el año de nacimiento de los autores, comento al vuelo los relatos sin respetar otro orden que el de las intuiciones de lectura.

Quizá no es del todo casual que el libro comience con un cuento sobre el terremoto de 1985. Ese evento, en cierto sentido, enmarca a la generación (uso el término en sentido laxo) aquí agrupada. Aun cuando los más jóvenes del libro no tengan recuerdo nítido de la catástrofe, es una historia que tuvo siempre un papel predominante en los relatos que nos dieron margen. En “Ricarda”, Alain-Paul Mallard articula una prosa concisa, densa, llena de hallazgos. Hay una elección consciente y meditada de la estructura, un modo único de contar esa historia, y también un ir y venir de la ficción al comentario sobre ésta.

Un recurso parecido emplea Vivian Abenshushan, que introduce en el texto acotaciones modales, entre corchetes, que no solamente hacen visible la sonoridad del relato, sino que funcionan como apuntes del narrador que interrumpen la ficción, calificándola. El cuento emplea el formato de la entrevista para pasarse sin empacho por algunos de los tópicos que la autora ya ha tocado, de otra manera, en sus ensayos: la cultura como sucesión de plagios, la crítica del escritor mediático, las influencias literarias como comunidad de marginales que se encuentran y dialogan a través de la lectura.

El cuento de Agustín Goenaga, el autor más joven de la antología, también problematiza la relación entre la ficción y el texto. Partiendo de un argumento de Raymond Carver, Goenaga reflexiona sobre el papel de la edición, no sólo como oficio o actividad social, sino como actitud del escritor ante su obra: ¿qué dejar fuera de un relato y en atención a qué incomodidades, a qué pudores de quien escribe?

Yuri Herrera, en “Por el poder investido en mí”, deja fuera del relato, precisamente, la razón, el detonante de todas las acciones. El meollo de la historia se nos escatima, y las miradas de todos los personajes se dirigen a él con un tesón inútil e inquietante. El cuento, a la vez, mide el peso específico del fracaso, la aparente conflagración de un contexto social que se empeña en hacer a todos desgraciados.

En “Fictio Legis”, Valeria Luiselli fuerza hasta un grado único el ritmo de la prosa mediante un uso insospechado de los signos de puntuación. El sentido del humor, ácido, esconde o contribuye a postergar la revelación central del relato. Se trata de una historia de desamor contada desde un rincón del texto, no frontalmente.

El cuento de Julián Herbert describe un descenso al inframundo de la violencia y las drogas en el norte del país. Pero las herramientas de que se sirve Herbert lo distancian de la prosa efectista y cinematográfica que otros utilizan para narrar esa misma realidad. Herbert pone ante el lector una intensidad lingüística que supera y transforma a la intensidad anecdótica del relato. Pespunteado con referencias a la literatura, a la cul-

tura pop, y retacado de topónimos que lo anclan en un paraje de voces imposibles, el relato busca un tono y un ritmo para narrar la violencia y el desierto.

Imposible no notar los paralelismos (aunque también las diferencias) entre este último autor y Carlos Velásquez. En “La condición posnorteña” el idioma se reinventa a cada línea; asimilando y retorciendo expresiones del habla coloquial, la prosa de Velásquez suena, a la vez, extraña y familiar. La estructura se desquicia: si en un fragmento se recurre a las acotaciones y los parlamentos teatrales, en el siguiente es un diálogo corante lo que da forma a la trama. Algunas frases se repiten como talismanes durante el cuento y los elementos propios de una leyenda conviven con un baile de Valentín Elizalde en una mezcla hilarante.

El cuento de Laia Jufresa, “La pierna era nuestro altar”, tiene, entre otras, la virtud de presentar lo ordinario con el aura de lo ritual y llamar así la atención sobre los detalles inquietantes de la historia. Con un lenguaje puntual, poco dado a la digresión y al retruécano, eficaz sin ser complaciente, el relato expone las miserias de la vejez desde la mirada incisiva de una joven.

Al personaje infantil del cuento de Juan Pablo Villalobos parece convenirle la prosa atrabancada del texto que narra su historia. El sentido del humor no sólo se desprende del absurdo, del carácter extravagante de la trama, sino sobre todo de un *modo* de decir las cosas. La violencia institucional aparece como un asunto cotidiano y los abusos policiales, por ejemplo, no son planteados desde la gravedad de los puros, sino con la mordacidad y la ironía de los desencantados.

En Antonio Ortuño encontramos a un escritor que no aborda el cuento con esquemas previos. “Historia” es un relato organizado en incisos en los que se alternan la narración de la historia nacional (a medias inventada) y la vida privada del personaje. Hay un registro epigramático que no empata con el protagonista y su contexto; esta disociación remarca el carácter artificial del relato, en el que el sexo parece ser el motor inmóvil de toda la retahíla de cabronadas que denominamos Historia.

Otras afinidades –otros contrastes– pueden descubrirse entre estos cuentos. Leerlos es buscar, también, un nuevo modo de acercarse a la realidad y, como dice Cuesta, poseerla. No porque sea nuevo el arsenal de recursos literarios puestos aquí en juego, sino porque la realidad –como descubrirá el lector que invente en estas páginas su propio recorrido– es nueva cada vez que alguien la narra.

DANIEL SALDAÑA PARÍS

## Ricarda\*

Alain-Paul Mallard

*De mi abuela me quedó nada más un libro sin pastas, Los Bandidos de Río Frío, que mi papá recogió entre los escombros. Y ni siquiera me consta que fuera de ella, porque con su casa se cayeron las de todos los vecinos... Bueno, y allí guardo, doblado dentro del libro, el dibujo de la túnica.*

Los hechos son materia movediza, materia que flota en suspensión. Al hilvanarlos en un relato se la precipita, y al asentar sobre papel el relato se la fija definitivamente. Una historia verídica pertenece a quienes la vivieron. Si, en la presente, aspiro a un precipitado diáfano, deberé narrarla cediendo a menudo la palabra a quien confiara en mí para ponerla por escrito. La escritura literaria sólo dosificará los acontecimientos, los afilará —si acaso— para que actualicen su elocuencia intrínseca.

*Cuando mi abuelo Ramiro murió y mi abuela se quedó sola, varios de mis tíos le propusieron, y hasta le exigieron, que se mudara a vivir con ellos. Pero mi abuela ni los oyó. Nunca quiso saber nada; nunca quiso dejar su casa —me cuenta, con estas u otras palabras, Ana Laura.*

Su abuela se llamaba Ricarda. Hacía 50 años que vivía en el centro de la ciudad, en una antigua vecindad de la calle de Lecumberri.

*No te imaginas cómo era aquello: una construcción de hace un siglo, las casas estrechas y encimadas unas a las otras. Llena de patios y traspatios, de escaleras, de pasillos con requiebros.*

\* Publicado originalmente en *La Jornada Semanal*. Una versión corregida se publicó después en la revista *Crítica*, de la BUAP.

Imaginar, sin embargo, habré de hacerlo.

Titubeante, me abro paso entre cortinas translúcidas de ropa de cama que gotea. Ese segundo patio se concentra en un corredor oscuro que a su vez culmina en una escalera angosta. Un tanto empinada y de gastados escalones. Me aventuro por un nuevo pasillo. Se llena de luz al disolverse en una galería de balcones que mira sobre tendedores y piletas. Creo que es allí. Imagino la pesada puerta del interior 4. A un costado, una maceta de sábilas forrada de mosaico y, en un par de jaulas, los canarios y el asustadizo carmín de un cardenal. Al otro, un tanque de gas, encadenado.

La hoja derecha de la puerta se entreabre a una estancia sombría, olorosa a sótano. Algo turbia, la escasa claridad de la pieza viene del esfuerzo compartido de dos minúsculas ventanas y una lámpara con pantalla de seda *que se quedaba prendida también durante el día*. De la luz macilenta se recortan los vuelos erráticos de unas hormigas aladas.

*Aquí y allá, mi abuela Ricarda colocaba cuencos con agua* —rememora Ana Laura.

La duela, maltrecha, crepitaba bajo los tapetes. Entre las vigas del techo había pardos manchones de humedad y Ricarda barría a diario regueros de polilla o el salitre desprendido de las floraciones del encalado. En el estrecho comedor colgaba un cuadro oscuro, curioso, sin duda bastante antiguo, en el que un hombre barbado cargaba a cuestras una cruz y, encima de ésta, a su mujer. A la izquierda, un retrato al carbón de Ramiro cuando joven. Y al amparo de su mirada, el viejo sillón verdusco en que Ricarda se sentaba a toser y a escuchar por la radio las comedias.

*Y había también, encima de una mesita, una tabla de ouija, pero a mí me daba cosa agarrarla.*

Sus nietas la visitaban poco, los domingos. Ana Laura, sin embargo, le llamaba por teléfono cada tarde, sin excepción, para recordarle que se tomara el Adalat. Le llamaba a las siete menos cinco, porque a las siete y cuarto su abuela Ricarda tapaba sus pájaros, merendaba su pan dulce y un tecito de yerbabuena, y se acostaba a dormir.

*Platicábamos a gusto* —me refiere Ana Laura acongojándose de pronto—. *Yo le contaba de mis cosas, lo que hubiera visto en la calle, o en la secundaria, o de algún chico que me gustara y así...*

De no ser a sus mandados y a sus sesiones en El Peñón, Ricarda casi nunca dejaba su hogar.

Respecto a El Peñón su abuela mantenía cierta reserva, así que Ana Laura no puede decirme mayor cosa. No sé si deba llamarlo secta, o congregación, o qué. Era una especie de templo espiritualista escindido de la Iglesia Mariano Trinitaria y funcionaba en una casa particular detrás del aeropuerto. Acaso exista todavía. Sé, eso sí, que todo lo que en la vida de Ricarda se refería a El Peñón dejaba traslucir un gran fervor. Cada semana asistía al templo. Allí, entre nardos y nubes, se oficiaba el rito, sacudido a menudo de trances y visiones, y acto seguido, en pieza aparte, tenía lugar la sesión de espiritismo. Una médium, oriunda de Orizaba, hacía venir del éter las almas de los difuntos. Supongo que Ricarda *comenzó a creer en el espiritualismo cuando se quedó viuda de mi abuelo Ramiro.*

Pido a Ana Laura que me enseñe en fotografía a su abuela Ricarda. Me gustaría ponerle un rostro antes de comenzar a escribir.

Ana Laura me llama por teléfono, emocionada, casi a la media noche:

—Estaba buscando más fotos y no me vas a creer lo que me encontré en un cajón: el testamento que mi abuela dictó dos años antes de morir... ¿Y sabes qué me dejaba? El cuadro aquél de que te hablé, ése oscuro, muy antiguo, que había en su comedor, el del hombre llevando a cuestras una cruz y encima a su mujer.

No atinamos a situar la escena, que habrá de buscarse en las vidas de los santos.

—Tienes que pensar bien dónde quieres colgarlo— bromeo.  
—No te preocupes, ya sé dónde lo voy a poner.

A los pocos días, voy a casa de Ana Laura. No son muchas las fotos. Apenas cinco o seis. Abrevian mal y, más bien, tristemente una vida. Separo del conciso abanico un retrato formal de Ricarda cuando joven. Viste de negro, un chal de encaje sobre los hombros. La pose es púdica: se la ve sentada junto a una mesita, las piernas bien apretadas. Estricta y circunspecta, nos rehúsa su sonrisa. Los ojos, pequeños y muy negros. Los había yo imaginado más fervorosos. Cejas bien delineadas y ojeras pardas enmarcan un mirar determinado, austero. Un mirar de otra época. Y, en la mejilla, un lunar carnosos, que también legó a alguna de sus nietas.

En la última fotografía, algún desleído cumpleaños infantil, la mirada de Ricarda se ha vuelto gris, velada de catarata incipiente.

Al acompañarme a la puerta, Ana Laura se detiene en el corredor y me señala un gran clavo en el muro vacío:

—Se ve bien aquí, ¿no?

Sí, se ve bien allí.

El jueves 19 de septiembre de 1985, a las 7:17 de la mañana, mientras Ricarda desayuna en la cocina, un terremoto de 8.1 grados de magnitud en la escala Richter, de ondas superficiales, sacude la Ciudad de México.

Por fin dejó de temblar. Los teléfonos todavía servían. Le marcó a su hija Clara, pero sonaba ocupado. Tras algunos intentos logró comunicarse con Tomás, su hijo menor. Le dijo que se encontraba bien; el temblor la había cogido desayunando. Creyó que se acababa el mundo, pero ya se le había pasado el susto. Se habían abierto unas grietas en cruz que dejaban ver de su cocina a la estancia. El piso de la recámara se había hundido. La casa estaba llena de tierra.

Tomás le pidió que lo dejara todo y se saliera de inmediato. Él iría para allá, a recogerla. Ricarda terminó de desayunar, enjuagó sus trastes —el agua salió terrosa, a tironazos—, y luego obedeció. Salió a la calle y esperó allí, el monedero en la mano, parada en la banqueta. Todavía el polvo no terminaba de asentarse. Columnas de humo se alzaban por distintos rumbos de

la ciudad. El muchacho de la tortillería le acercó un banquito de cocina:

—Siéntese, señor.

Ricarda se sentó. Se entretuvo mirando a los vecinos, con los que no se hablaba, que trataban de sacar algunas pertenencias. Dos pirujas, en camisón, sollozaban abrazadas. Pero pasó media hora. Y luego otra media hora. Y su hijo Tomás no aparecía. Chillaban muchas sirenas, de ambulancia, y otras distintas, a lo mejor de la Cruz Verde. O a lo mejor patrullas, o bomberos.

*Mi papá —me cuenta Ana Laura—, se fue por ella en la camioneta, pero habían cerrado el paso y sobre calzada de Tlalpan nada más pudo llegar hasta Metro Chabacano. Y de ahí tuvo que echársela a pie.*

Y Tomás, el padre, el hijo menor, se baja del auto y camina apurado oyendo el ulular de las sirenas. Lleva un veliz verde en una mano. Una y otra vez le dicen que no hay paso, y debe retroceder, dar rodeos enormes sintiendo que camina y camina sin lograr acercarse a la casa de sus padres. Camina viendo las fachadas derruidas, los edificios doblegados, los ventanales en añicos, las varillas retorcidas y el hormigón desmoronado, las letras rotas de los anuncios en el suelo, los muebles destrozados, los papeles y papeles y papeles, y el polvo y más vidrios y papeles. Gente a media calle le grita que hay fugas de gas. Torpemente, a jalones, Tomás se zafa de una mujer descalza y desencajada que se le aferra gimoteando de la cazadora. Y huye. Conforme corre hacia el centro va ganándole el pavor, a cada paso más consciente de la magnitud de la tragedia.

Nunca diría el gobierno cuántos cuerpos fueron trasladados al parque de beisbol.

Ricarda, mientras tanto, aguarda cada vez menos convencida. Tres cuartos de hora pasan. Su Tomás que no llega. De tanto respirar cal y concreto se siente corta de aire. No puede resignarse a abandonar su mundo, sus objetos, sus hábitos, sus fantasmas. No, no va a dejar su hogar, sus vitrinas, su vida allí,

llena de aflicciones. Le dicen que no entre, que las vigas están degolladas. A ella qué más le da. Y, además, adentro con tanto que escombrar.

Unas losas no resistieron y se le desplomaron encima. Estuvo, según dijeron los rescatistas, atrapada casi una hora, prensada entre la escalera y lo que hasta esa mañana había sido el muro de los lavaderos. La trasladaron al hospital de La Raza con hemorragia interna debida a estallamiento de vísceras y fracturas múltiples en cadera y fémur. Debió de haber soltado, pensaba, a sus pobres pajaritos. Apretado contra el pecho su dije del Triángulo de Luz y el Ojo Omnipotente de Dios, nunca perdió el conocimiento.

*Fuimos a verla al Seguro, a terapia intensiva.*

Ana Laura estaba ya por cumplir 15 años pero no le permitieron pasar. Así que se quedó allí, sentada en el vestíbulo durante horas, durante días, en una silla de plástico termoforado, color naranja, mirando entrar nuevos pacientes, oyendo sus historias por fragmentos. Un hombre de aspecto desgarrado se acerca a preguntarle su tipo de sangre. A cada tantas horas, su papá baja, ojeroso, y atraviesan juntos la calzada hasta el puesto de jugos.

—Me voy a morir —les dijo Ricarda—. No tengo miedo.

Pidió una hoja de papel. Nadie traía.

*Yo estaba esperando abajo en el recibidor porque no permitían el acceso a menores, y vino mi mamá a ver si tenía algún papel. Traía yo mi mochila y allí venía mi cuaderno de álgebra. Se lo di y se volvió a subir.*

La abuela Ricarda (o la madre, o la suegra, según quién cuente la historia) dibujó con un bolígrafo, forzando la vista y guiándose cuidadosamente en la cuadrícula, el patrón de una bata larga, de amplias mangas piramidales, con una capucha. Debía de ser blanca, lustrosa, y con ribetes morados en las bocamangas.

—¿Cuánto vas a tardarte? —le preguntó a su nuera.

—No sé, puede que unos dos días, según lo rápido que consiga la tela.

—Aguantaré.

También pidió que le trajeran crisantemos.

El segundo temblor, el de la noche del 20, los sorprendió en el hospital. Todos huyeron corriendo, buscando librar la dimensión del edificio. Los pacientes que se podían mover también salieron, algunos cargando con su bolsa de suero. A la abuela Ricarda la dejaron allí, solita en su cama de metal cromado. Sus ojos buscaron amparo y reposo en el arreglo de crisantemos hasta que todo dejó de tintinear.

Entretanto, lo que quedaba de Lecumberri 87-B interior 4 altos, con sus tapetes rojo oscuro, su polilla, y sus pesados cortinajes porfirianos, se terminaba de caer.

Me interesa la semana de espera en la que poco o nada parece ocurrir. Esa semana en que para Ana Laura el vacío va haciendo cada vez más terribles sus contornos. *Que sólo a mí no se me permitiera subir a verla me pareció injusto, pero me lo guardé. No me quejé con nadie.*

Imagino las peripecias, en una ciudad fuera de quicio, para conseguir la tela apropiada. El ruidillo obstinado, ya tarde en la noche, de la vieja Singer de pedal. Las prisas y los silencios. Los retazos satinados resbalando escurridizos hacia el suelo.

Le llevaron la túnica, pero el forro no era como ella lo quería. La rechazó.

—Aguantaré —repitió, ajado, el hilillo de voz.

Intuyo las nuevas peripecias. Los ires y venires de la casa al hospital. Las divergencias, reunidos a la mesa del antecomedor, en la interpretación del trazo de Ricarda. Las noches en vela en que la nuera se reapropia los gestos de la costura, que no practicaba desde que sus hijas crecieron.

Ya a los cinco días las enfermeras no disimulaban su impaciencia. Se necesitaban camas, y pues la señora estaba mayor

y estaba reventada por dentro, y pues se iba a morir de todos modos, ¿no?

Pero Ricarda, cada vez más menguada, a ratos delirante, se había propuesto aguantar.

La segunda bata por fin estuvo lista. Ana Laura se la probó en el comedor. Se sintió *rara*. Pasaron la punta de la plancha tibia sobre la tela satinada, doblaron la túnica y, en una bolsa de plástico, se la llevaron a Ricarda.

Ponérsela fue trabajoso. Ricarda misma se desprendió el catéter de la muñeca amoratada. En cuanto tuvo la bata puesta dejó de gemir. Se serenó. Pidió un espejo. Sólo había a mano uno pequeñito, turbio, de esos que vienen en la tapa de una polvera. Tuvo que ser ese. Ricarda se miró durante un rato. Quiso que le recogieran con pasadores el cabello, que le pusieran bilé, perfume. Pidió que no faltaran de avisar de su muerte en El Peñón. Luego se despidió confusamente, cruzó las pálidas manos sobre el corazón, cerró los párpados y murió.

*Y yo que me suelto a llorar por cualquier cosa, no lloré —me dice Ana Laura—. Sentí que me arrebataban algo, no a mi abuela... algo... no sé... dentro de mí. Un enorme vacío. Como si de un resbalón me cayera hacia adentro de la piel al alma.*

*Sabes —agrega—, mi abuela y yo platicábamos a diario, y sin embargo yo no la conocía. En la familia dicen que salí a ella, que me inculcó sus maneras. Pero yo no supe nunca ni quién fue ni qué quiso. De eso me doy cuenta ahora, casi a medida que te lo voy diciendo. Por ese entonces nunca lo pensé.*

Ana Laura nunca fue a ver lo que había quedado de la vecindad de Lecumberri. Dice que las tres o cuatro veces en que Tomás fue a ver qué recogía no lo acompañó porque no la dejaron.

*Mejor así, porque a esa edad no sabe uno separar hasta qué punto lo mueve el cariño y hasta qué punto una curiosidad malsana.*

Tal es la extraña justificación que se da Ana Laura hoy a 10 años de distancia. Hoy que en la calle de Lecumberri se alzan

*esas colmenas infames que construyó el gobierno dizque para los damnificados. Las pintaron de colores pastel y las bautizaron con mentiras priistas como Conjunto Renacimiento, Conjunto Prosperidad, Conjunto Bienestar.*

Difícilmente, me digo, la motivaría una curiosidad malsana, y mi relato se toma la licencia de forzarle la mano:

Tres o cuatro meses después del sismo, Ana Laura salió temprano de la secundaria. Tomó el metro en General Anaya. Cambió de línea, a empellones, en Pino Suárez, y luego otra vez en la estación Candelaria. Sería poco después del mediodía. Se bajó en metro Morelos y caminó entre los puestos hasta doblar por Ferrocarril de Cintura. En cada cuadra le salían al paso uno o dos lotes con tiraderos de cascajo, colchones, zapatos, láminas, trapos, varillas en nudos imposibles. Había perros, algunos, echados al sol mascando tortillas tiesas. Subió por la calle de Lecumberri. Reconoció las casas vecinas, desvencijadas, chimuelas, vacías, aún en pie. Entre ellas, y detrás de un cordón de plástico amarillo, una cuesta de escombros se alzaba desde la acera. Los bulldozers lo habían arrastrado todo, la arcilla, el polvo, las vigas rotas, los delantales y la ropa de planchar, las radionovelas, el nervioso revolotear de la pareja de canarios por encima de una latita con alpiste. Todo lo habían reunido en un gran montón de astillas y de ladrillos rotos. Miró bien alrededor. Su abuela no estaba. O estaba sólo como un vacío de terribles contornos, como *ese caerse hacia adentro, de la piel al alma*.

Cuando se disponía a marcharse, desvió hacia el suelo la mirada. Entre el polvo y las piedras, un pedazo de loza, curvo, como de plato soperero. Reconoció el dibujo azul de una de las vajillas de Ricarda. La de recibir. Para recogerlo, tuvo que agacharse y estirar el brazo por debajo del mecate amarillo.

La curva del fragmento sugiere en el espacio la circunferencia del plato. Y de allí se intuye la mesa puesta para seis, la sopa de calabacitas, el partido de fútbol con una bolita de migajón, la dilatada tarde de domingo. Ana Laura se aleja memoriosa por la acera. Entre sus dedos gira un trocito de porcelana blan-

quiazul, pieza menor de un rompecabezas disgregado que no podrá ya reconstituirse.

*Incluso, muchos meses después, por puro automatismo –me cuenta Ana Laura–, seguía yo llamándola por teléfono. Pero el teléfono sonaba y sonaba y sonaba y nadie respondía. Y después de parecerme raro que mi abuela hubiera salido, me acordaba de que ya no había ni teléfono, ni abuela y sólo el montón de escombros que había sepultado sus cosas... Entonces colgaba.*

*Mira –me dice–, ese llamar por teléfono a un mundo ya perdido es la imagen con que me gustaría que terminaras el relato.*

Lo creí terminado.

La curiosidad, acaso no malsana, meramente literaria, me llevó a buscar el sitio en donde había estado la casa de Ricarda. Subí a pie, según las indicaciones de Ana Laura, esquivando vendedores y puestos, por República de Colombia. Varias veces recorrí la calle de Lecumberri. No acertaba a ubicarme. Entré a uno de los edificios de concreto pre-colado que habían brotado, como hongos, de la noche a la mañana. Pintado de color mamey, a 10 años de distancia seguía forzando su presencia, incapaz de insertarse con naturalidad en un barrio de otros linajes. Había ropa tendida en los balcones, niños pequeños intrigando en cuclillas y otro, mayor, que hacía equilibrios sobre una pelota ponchada.

Pregunté a una mujer que barría las basuras del patio si allí había estado el número 87-B. Movié la cabeza:

–Mire, aquí es el 81, pero la verdad no sabría decirle.

A ella la habían reubicado; era de otra colonia.

Mirando las sábanas en los balcones, imaginé la tenue túnica de *nylon*, afantasmada, vaporosa, todavía tibia, colgada de un clavo cuidadosamente centrado en una pared desnuda. Me senté en el borde de una tosca jardinera de cemento. A pensar. En cómo hallarle un contorno de palabras a lo que se ha perdido.

Distante, sepultado por los apagados tumbos de una cumbia, creí distinguir el timbre de un teléfono sonando, sonando, sonando sin que nadie pareciera inmutarse.



## Por el poder investido en mí

Yuri Herrera

Un día van a recorrer las farmacias ávidos de pastillas que les devuelvan los días echados a la basura, pensó Romero, qué desperdicio, ser joven: alguien les informa que *tienen toda la vida por delante* y ¿qué hacen? Se disfrazan, repiten como los parlamentos que les dicta otro sujeto a quien le creyeron que sabe cómo ser feliz. Pendejos.

Recorrían las mesas, los novios, sonreían a la caterva de desconocidos que hallaron ocasión para la borrachera impaga. Exhibían con una mueca sonriente la certeza de que ellos ya tenían escriturado el porvenir, ja. Y había algunos que lo creían, que en verdad se alineaban en la fila tediosa rumbo a la felicidad, como esos que se agitaban lastimosamente en la pista; a esos les duele el estómago de tanto querer gustar, aprenden pasos, aprenden a chacharear a coro; o a callarse en un rincón mientras aprenden cómo se place. Cachorritos que conciben ilusiones de que el esfuerzo va a rendir frutos, de que las cosas van a mejorar... Romero sabía. Si algo hace perder el tiempo es la esperanza.

Los novios llegaron a su mesa y Romero revirtió con una felicitación hipócrita la repugnancia que le producían. “Eres un hombre afortunado”, le dijo al crío lampiño que distaba mucho de ser un hombre, mientras ojeaba cumplidoramente al escuálido costal de pecas que era su esposa. Romero soltó en su interior unas risitas mustias. Para eso venía a estas fiestas, a comprobar con placer algo vicioso cómo el rebaño no podía alcanzar el estado de conciencia en el que se encontraba él. Ponen los ojos en blanco, pensó, como si el matrimonio no fuera un camino sin desviaciones hacia el odio mutuo.

Se odiarán, y no obstante, se dijo, serán los mismos que ahora se mean de la emoción. Con tiempo suficiente, los extremos resultan ser idénticos. Si uno tiene eso claro ¿para qué simular que se dirige a cualquier parte? Eso es lo maravilloso de esta época, pensó, cada vez hay más cápsulas para atajar la distancia entre los extremos. Por ejemplo: ¿Cuál era la gran diferencia entre él y esa niña de pezones apenas brotantes en la mesa de junto? El vestido en que la habían enfundado sus padres proclamaba ¡Se Vende! (ya que la ofrecían ¿no podía él satisfacerla mejor de lo que lo haría algún adolescente idiota dentro de uno, dos años?) Con las pastillas adecuadas, tanto él como ella podían hacer lo que les pegara la gana.

En cuanto los novios terminaron de saludar en su mesa, el resto de los comensales se puso de pie para ir a buscar a algún conocido por el salón. La mesa a donde los habían asignado era reveladora de cómo los anfitriones consideraban a estos invitados. Quizá unos años antes, no muchos, cuatro, cinco, a Romero lo habrían puesto en una más cerca de la pista, para vestir la celebración, galantear; pero ahora, esquinado junto a los baños de los hombres, languidecía con estas parejas de mediana edad aburridas de sí mismas.

Tras la estampida, quedaron sólo él y otro hombre en la mesa. Aunque el otro podía ser de su misma edad aparentaba ser mayor. Tenía un patético aire de viudo que ha llevado una vida provechosa. Sostenía en una mano su copa de vino espumoso y con la otra daba cuenta de los canapés rellenos de alguna pasta supuestamente marina. Advirtió que Romero lo observaba y levantó su copa en ademán de solidaridad: qué se le va a hacer, las fiestas son para los jóvenes. Romero le devolvió a medias el gesto y al topar miradas sintió un calambre en el pecho que le venía de otras eras; tan improbable, que fue como si lo sufriera por primera vez. Mas no era nuevo, era un despojo que escarbaba su vuelta a través de la tumba.

Esos ojos.

Camino de glaucos, sí, pero tras la carcoma de la vejez aún reconocible la sustancia de alguien que él conocía.

Esos ojos. Claros, soberbios, pequeños, burlones, satisfechos, *mierdas*. ¿De quién eran esos ojos?

Un odio abusivo tomó su cuerpo sin que él pudiera oponer resistencia. Como una violación. Como si algo lo convirtiera en una máquina que cumple su cometido sin albedrío. Con la desesperación por no entender ese odio le creció una taquicardia súbita. ¿Por qué perdía el control sobre sí mismo?

El hombre preguntó “¿Nos conocemos?”, y Romero desvió la mirada y dijo “No”, seco, ansioso porque fuera verdad.

Trató de concentrarse en la fiesta, sin embargo el panorama de gente y mesas se le escurrió como un lienzo al que bañaran de agua. Por más que intentara fijar su atención en el mundo presente, un vértigo de impresiones remotas se le impuso: un enfrentamiento con esos ojos, un fragor de impotencia; traiciones y una frase melodramática que sentenciaba odio eterno, sangre y venganza. No consiguió recordar fechas precisas ni apellidos ni lugares, pero sí la clase de injuria que le había sembrado ese reflejo bilioso.

Una mujer. Pudo evocarla de golpe, una mujer común como cualquiera de esas que se carcajeaba en la pista. Lo extraordinario fue que, aunque podría describirla en detalle, aunque podría representarse los gestos de la chica, su voz, inclusive su aroma, no consiguió revivir los sentimientos que le despertaba. Recordó, como una cosa ajena aunque el recuerdo perteneciera a la misma época, que se había sentido humillado cuando la chica lo había cambiado por alguien que él consideraba ruin, despreciable. Recordó que había llegado a sentirse nadie, todo por esa muchacha que coleccionaba fotonovelas. Y recordarlo fue tan *extraño*.

La afrenta a su orgullo le pareció de repente completamente arbitraria, sin relación con alguien así de insignificante. Ella podría ser quien hizo viudo a este hombre, o acaso había desaparecido en un enjambre de circunstancias pueriles. Qué más daba.

Eso es: *qué más daba*.

Las imágenes de la fiesta cobraron forma nuevamente, él mismo sintió recuperar su consistencia, como si por un instante se hubiera desprendido de la realidad, o como cuando se tras-

nocha en un lugar desconocido y al despertarse uno trueca el sueño y la vigilia.

Comenzó a reír, y la risa escaló del rictus discreto hacia la carcajada, mientras movía de un lado a otro la cabeza, paternalmente. Se sintió aún mejor que un rato antes, más ligero, libre de un peso que no sabía que lo lastraba. Entonces, a manera de dictado, le vino a la cabeza una frase que parecía muy propio decir al hombre. Al girar para decirle descubrió que aquel estaba inclinado sobre la mesa, trataba de jalar aire, aún sostenía su copa en una mano vacilante. Perdía color: se asfixiaba con un canapé. Romero lo observó durante dos segundos y luego oteó alrededor: nadie advertía el suceso. Se puso de pie con lentitud, sin dejar de mirar al hombre, dio media vuelta y entró al baño.

En uno de los privados estaba un joven abrazado a la taza. No era ni siquiera la medianoche pero el cuasi-adolescente ya vomitaba la cena con gran vigor. Eso se llama aprovechar el tiempo, pensó Romero; le dieron ganas de palmearle la espalda, pero sólo se asomó al espectáculo con una sonrisa y le dijo en alta voz, casi a los gritos: “¡Ahora ve y cógete una vaca muchacho!”

De pronto, escuchó un estrépito que venía de afuera, platos y copas que se iban abajo con un mantel. Abandonó al chico en su desahogo y se dirigió a uno de los mingitorios. Abrió la bragueta, sacó su verga, orinó, larga, espumosamente. Se sintió bien al hacerlo. El chorro poderoso le recordó el viejo refrán: “Enfermo que come y mea, que el Diablo se lo crea”. Jajá. Así es, pensó, que nadie le diga viejo al buen meador. Terminó de orinar. Guardó su verga, cerró la bragueta, camino del salón todavía se detuvo un instante para admirar su peinado impecable, sus mejillas afeitadas al ras. Cosa extraordinaria, esas Match III.

Al salir encontró un semicírculo de buenos samaritanos quitándole el oxígeno al hombre de su mesa, quien, sudoroso, recargado en el regazo de alguien, asentía y balbuceaba Ya estoy bien, ya estoy bien. Romero pensó que, si aún lo odiara, habría intentado la maniobra Heimlich para que no se le fuera

la oportunidad de vengarse propiamente. Qué infantil. Ahora sólo se le antojaba decir lo que le había venido a la mente al descubrirse limpio unos minutos atrás: “¿Te das cuenta, anciano? Ya ni rencores despiertas”. Quizá podría decírselo más tarde. Quizá no. Qué importaba.

Entre los curiosos descubrió a la niñita escotada, las manos cruzadas al frente. Romero se le acercó y puso con delicadeza una mano en su cuello. “Una señorita como usted no debería estar tan sola”, le sonrió “¿Por qué no damos un paseo por el jardín para que me cuente de esas uñas tan bonitas que tiene? ¿Usted misma se las arregló? *Impresionante*”. La niña se encogió de hombros, ruborizada y siguió a Romero hacia la puerta. Quién iba a decirlo, pensó él, a estas alturas de la vida me he convertido en un educador.



## M. L. Estefanía\*

Julián Herbert

### *Al oeste de Laredo*

Tenía 40 años y fumaba entre 20 y 30 piedras semanales cuando me convertí en Marcial Lafuente Estefanía. A 120 el ziploc más las monedas que dejas para el refresco en cada compra, *do the math*. Ni el reportero de nota roja más corrupto de la capital del estado podría mantener semejante tren de vida. Lo sé porque ese reportero era yo.

Empezaba a fumar concluido mi turno. Lo hacía acompañado de un MP novato o de los patrulleros en día franco que a veces reciben muestras gratuitas del material puesto en plaza. Cualquiera de ellos tenía redaños para frenar antes de que saliera el sol. Yo no; me colgaba 24 horas seguidas. Un buen jalón te dura entre cinco y 10 minutos. Si quieres mantener la calma debes pegarte a la lata de aluminio como si fuera un biberón y limpiar las perforaciones con una aguja cada tanto y conservar siempre un Marlboro encendido: la sabiduría del basuquero radica lo mismo en el ritmo de la inhalación que en la exacta administración de la ceniza.

Rara vez lograba cumplir mi horario laboral. Cuando me despidieron del periódico telefoneé en busca de ayuda a mi compadre Esquivel, alcalde de un pequeño municipio fronterizo. Me preguntó:

—¿Qué sabes hacer?

Le ofrecí, pensando en el centenario, una charla sobre el periodismo durante la revolución mexicana. Se carcajeó.

\* Publicado originalmente en la revista *Letras Libres*, número 148 (abril de 2011).

—¿Tú crees que a mis ranchys wanabís de texano les importa una mierda la revolución?... A estos háblales mejor del *Libro Vaquero*. Y ¿por qué de tu antigua chamba no?

Eso último me estaba vedado.

—Capaz que La Gente me arrima unos tablazos —dije.

Le pedí un par de días para buscar otro tema. Al cabo sugerí, de nuevo en el teléfono:

—Puedo hacer algo que resulte popular: hablaré de Marcial Lafuente Estefanía. Allá en la frontera todos lo conocen, y muchos argumentos de sus libros están basados en el teatro de los Siglos de Oro.

Esquivel, que tenía experiencia en el showbiz, reformuló:

—Pero echemos una mentirita: a partir de hoy, tú eres Marcial. Te presentas portando en cartuchera un Remington que voy a regalarte y vienes vestido de vaquero, yo me encargo: por ahí tengo un Boss of the Plains, a ver si te queda. Te pagaré cinco mil pesos más viáticos. Te patrocino de mi erario la primera charla y luego, si funciona, le vendemos una gira a la SEP a través de alguien a quien conozco.

Me dio pánico piratear al autor de más de 3 mil novelas vaqueras; ¿y si nos demandaban?... Pero me urgía tanto el paco que acepté —no sin antes rogar a Esquivel que depositara esa misma tarde un anticipo a mi cuenta bancaria.

La primera función, realizada a un kilómetro escaso del río Bravo en un solar de tierra suelta equipado con templete de cemento, resultó muy concurrida. No existe un alma pura al este del Bolsón de Mapimí y al oeste de Laredo que no haya leído al menos un librito del autor de *El terror de Cheyenne*. El éxito se debió en parte a la publicidad ideada por mi amigo: carteles en fondo negro con tipografía a colores aqua y fucsia como los que usan para promover a los gruperos.

Yo también me lucí. Recité de memoria los mejores pasajes de *La caricia de los colts*, caminé de un lado a otro del escenario blandiendo el micrófono como un revólver, conté chistes hurtados al repertorio del legendario Cronista de Saltillo y adaptados a los diálogos de Clint Russell en *Primero el deber...* Me aplaudieron horrores. Concluido el evento firmé pilas de

libros editados por Brainsco —la mayoría deshojados y rotos y más de uno con manchas asquerosas—. Al final sudaba frío: la malilla me estaba aniquilando. Esquivel (a quien previamente y por honor entre ladrones informé de mi vicio) me envió con un chofer de presidencia a conectar en un restaurancito de la carretera Ribereña, casi llegando a Ciudad Acuña. Mientras pagaba el producto y preparaba la lata y encendía la ceniza y aspiraba y aguantaba el humo en los pulmones contemplando a lo lejos en el aire las maniobras de un helicóptero de la marina, editorialicé mentalmente sobre lo mucho que ha cambiado mi país: desde que empezó la guerra, es más sencillo y lucrativo montar un expendio de cocaína que abrir un Oxxo.

Ojalá nunca hubiera pensado eso.

### *La ruta de los sin ley*

Mi compadre Esquivel era un político que sabía nadar en agua sucia. Se inició como líder de las Juventudes del PRI y aprovechó esta posición para extorsionar a la CNC a fin de que le nombraran —sin haber sido nunca campesino— presidente del comisariado ejidal de Fraustro, un importante cruce ferroviario. Durante décadas, Fraustro había incorporado a sus tradiciones el robo hormiga: los habitantes sobornaban a garroteros y maquinistas a cambio de una o dos de las lavadoras que transportaban los vagones desde la cercana fábrica Cinsa. Esquivel revolucionó este ámbito al asociarse con el edil de General Cepeda para asaltar hasta un tren por semana extrayendo cargamentos íntegros. Cuando la policía federal tomó cartas en el asunto, mi amigo abandonó junto a los rieles un camioncito con logos municipales lleno de electrodomésticos hurtados y se dio a la fuga.

Mientras anduvo prófugo se diversificó: sobornó para obtener concesiones de taxis, creó una agencia de promoción grupera asociada con Servando y Chito Cano, coordinó campañas electorales tras bambalinas... Pasada más de una década y calmadas ya las aguas en torno a sus aventuras de comisario y forajido, alzó la mano para competir en las elecciones municipales de su pueblo natal. El PRI dijo que no.

Al enterarse del desaire, representantes del PAN y el PRD se aliaron para ofrecerle la candidatura. Él, desde luego, aceptó. Mató dos pájaros de un tiro: ningún actor político creyó conveniente hacer referencia a su pasado negro. Su triunfo en las urnas fue aplastante.

Un tal Camargo, chofer de la flotilla de taxis propiedad de Esquivel, surtía de marihuana y cocaína a la maestra Bonilla, importante figura del SNTE en el noreste. Al paso de los años, el conductor y la lideresa cultivaron alguna intimidad. Camargo nos presentó con ella. La maestra se interesó en nuestro proyecto y, cobrando un par de favores, consiguió que la SEP nos ofreciera un extraordinario contrato a través de su programa de fomento a la lectura: 100 charlas de M. L. Estefanía en escuelas rurales y centros de enseñanza abierta. Un presupuesto total de 1 millón 360 mil pesos, de los cuales a mí me tocarían 250 mil, más IVA, 500 mil limpios serían para la maestra Bonilla y lo restante, menos gastos operativos, le correspondería a Esquivel.

—No te atormentes —dijo este último cuando, deprimido yo a causa del síndrome de abstinencia, expresé mis escrúpulos—. No se trata de fraude: nos desenvolvemos en la zona gris que permiten la educación y la cultura posmodernas. La muerte del autor y todas esas mamadas de las que hablas en tus presentaciones.

—¿Y el soborno a Bonilla?

—No es soborno. Son usos y costumbres.

Esquivel pidió licencia al cabildo para separarse temporalmente de su cargo: había decidido proteger su inversión acompañándome en toda la gira.

250 mil pesos por cuatro meses de trabajo no es un salario despreciable. Especialmente si la jornada laboral dura menos de dos horas. Pero el dinero se esfuma cuando eres una estrella de rodeo. A Esquivel le gustaba la tablita. Podía pasar días enteros yendo al privado con las bailarinas. Yo lo acompañaba porque en los sitios que él solía frecuentar siempre consigues una raya cuando menos. Entre ambos solventábamos los gastos y el salario de Camargo, quien por instrucciones de la maestra se nos había unido en calidad de guardaespaldas y

chofer. Camargo era muy alto y fornido y era joven: unos 10 años menor que nosotros. Pero la panza cervecera y la calvicie prematura lo avejentaban.

Nuestras drogas eran todo salvo escasas. Siempre hallamos un putero encendido a deshoras y una esquina con un adolescente de mochila negra que despachaba polvo y piedra (en ocasiones sin haberse despojado aún del uniforme escolar). No era raro que mis expendedores dijeran, levemente sombríos ante mi atuendo civil que incluía prendas de Dockers y Girbaud:

—Usted es el pistolero que dio la conferencia en la mañana, ¿no?

Asentía y, levantándome la Levi's de mezclilla, mostraba fuzgadamente el vetusto revólver 1875 Remington Army Outlaw de acción simple que Esquivel me obsequiara y que por pura paranoia llevaba siempre al cinto, el cilindro cargado de viejas balas de plomo corto y pólvora negra adquiridas a través de un anticuario en Monclova. A cambio de ese gesto, los chicos me avituallaban con las rocas más gordas de su bolso.

En Sierra Mojada, donde una vez cantó Ángela Peralta y, sin embargo, no hay taxis, obedecí las instrucciones de un minero senil: “siga nomás el riel camino a La Esmeralda; por ahí lo alcanza mi nieto con su vicio”. En San Pedro, una darketa country me escoltó (sin aceptar propina por deferencia al forastero) hasta la esquina de los dilers, situada en una calle con nombre de poeta a dos cuadras escasas del Ayuntamiento. En Boquillas del Carmen —un lugar de la sierra al que debimos arribar en avioneta y que colinda al norte con el parque Big Bend— vinieron a recibirnos todos los niños del pueblo.

—Es que casi nunca ven el avión —se disculpó el director de la escuela rural—. Nada más lo escuchan aterrizar o despegar por las noches.

En Viesca tuve un encuentro que a la postre resultaría providencial para mí. Salía de la Casa de la Cultura tras una de mis charlas (llevaba puesto aún el atuendo de *gunman*) cuando una Lobo de cristales negros se frenó abruptamente a mi lado. Casi me cago en los pantalones. El chofer bajó la ventanilla.

Era un hombre en sus primeros treintas, rubio, vestido de negro y con lentes de sol.

—¿Qué pasó, profe?

Luego de unos segundos lo reconocí: había sido mi alumno de periodismo unos 15 años atrás en una infame escuela de diseño gráfico que a la postre fue clausurada por falta de registro. Recordaba sus rasgos pero no su nombre.

—Pues aquí, talacheando. Ando en una gira de conferencias.

—¿Vestido de payaso de rodeo?

Quise ofenderme. Pero algo en el bloque de oscuridad brillante que era su mirada tras los lentes de sol me hizo intuir que, con los años, el chico indisciplinado y burro que conocí se había convertido en un ser tersamente aterrador.

—Así me lo pidieron... —me justifiqué.

Sonrió.

—Ta bueno, pues. Que le vaya bien, profe.

Subió la ventanilla y aceleró la Lobo.

Lo que más arruinó las finanzas de Esquivel fue la presencia de Violeta Valladares, una estríper nicaragüense vecindada en Sabinas a quien Camargo y yo rebautizamos como Violeta la Violenta. Se nos unió a mitad del viaje. Era idéntica a Lucía Lapiedra aunque tal vez un poquito más chaparra. Una noche estando solos ante la mesa de un restaurant (Esquivel había ido al baño) se lo dije:

—Eres idéntica a Lucía Lapiedra.

Me miró con rencor y escupió dentro de mi vaso.

—Qué dijiste: la puta imbécil me regala una mamada si le aviento un buen piropo.

En Cuatro Ciénegas debió enterarse a través de la tele o el internet del modo en que, tras ligarse a un locutor deportivo, Lucía Lapiedra dejó atrás su carrera porno, se casó, ganó un *reality show* y se transformó en la popular Miriam Sánchez Cámara. Eso sí la excitó: me invitó de noche a nadar en Los Mezquites y me concedió el obsequio que en principio me negara.

Vivíamos en un paraíso hecho de templetas, micrófonos estropeados, vestuario anacrónico y espléndidos paisajes. Pero el dinero se agotaba. Esquivel lo sabía mejor que nadie porque en

una pausa de la gira (parábamos en un motel de trailers cercano a Sacramento) llegó a mi habitación con un fólder lleno de copias fotostáticas que arrojó sobre la cama.

—Tengo una idea para seguir ganando dinero —dijo—. Solo necesitamos un buen diseño y tu voz de barítono.

—¿Qué es esto?

—Datos. Números telefónicos, estados de cuenta, domicilios. Todos a nombre de mujeres.

—¿Y luego?

—Yo ya hice lo mío. Ahora tú vas a amenazarlas por teléfono. Les dices que somos un comando armado y estamos a la vuelta de su casa. Que las vamos a ejecutar a menos que nos entreguen cierta suma de dinero.

Sin darme tiempo a protestar, Esquivel depositó junto al fólder un envoltorio de crack del tamaño de un limón.

—Considéralo tu anillo de compromiso —dijo sonriendo, y salió del cuarto.

### *La casita en la pradera*

Es más difícil de lo que parece. Lo primero —esto no lo aprendí de ningún delincuente sino de un sobrino mío que trabajó en telemarketing— es contar con un guión sin fisuras. Escenarios: “si el prospecto de cliente responde *x*, aplique el inciso 3. Si el prospecto de cliente actúa *y*, siga al pie de la letra los pasos que se detallan en el inciso 7”.

—Buenas tardes, señora.

Casi siempre son ellas quienes contestan.

—Habla el comandante Marcial Lafuente Estefanía, de la policía federal. Estamos dándole seguimiento a una denuncia realizada desde este número telefónico.

El objetivo central es evitar por cualquier medio que se corte la llamada.

Al principio trabajábamos muy suelto: transitando por carretera entre dos funciones de nuestro *show western*, atrincheros en los baños de una gasolinera de camino u hospedados en moteles con la tele muteada en los canales porno... Conforme el negocio prosperaba, notamos la conveniencia de montar una

oficina. Esquivel se agenció un destartalado jacalito en el ejido La Pócima, a medio camino entre Cuatro Ciénegas y San Pedro de las Colonias. Nos mudamos en cuanto concluyó la gira.

—¿Está segura de no haber hecho usted la llamada?... Me informan del área de comunicaciones que tenemos grabada una voz de mujer.

La mayoría de los mexicanos es genéticamente incapaz de distinguir a un delincuente de un policía, por eso es tan efectivo este sistema de interrogación. Buscando explicaciones como si estuviera pensando en voz alta, el prospecto de cliente proporciona los datos esenciales que dentro de unos minutos permitirán que se le extorsione: cuántas personas viven en la casa, qué edades tienen, cuáles son sus horarios, cuántos empleados domésticos hay... En días buenos y con un interlocutor parlanchín es posible obtener hasta el color de la casa, los nombres de pila de los niños y los modelos de automóviles que maneja la familia.

En La Pócima no había electricidad. Pasábamos las noches bajo la luz de dos quinqués. De día el paisaje que circunda la carretera 40 es una joya de pliegues: montañas verdes y azules, dunas blancas, cantiles de roca madre expuesta que parecen manos de gigantes brotando de la región de los muertos para dar de puñetazos al sol. Pero de noche la belleza se suspende: no hay sino fría negrura y un viento sabor a grava.

El jacal era de block sin enjarrar, techos de lámina de cartón y juntas armadas con durmientes ferroviarios hurtados a los N de M por el antiguo dueño de la propiedad. Era una construcción grande pero de una sola pieza. Tenía una puerta de madera quebradiza que daba diagonalmente hacia el asfalto de la carretera y, de cara a la llanura blanca y terrosa, un gran boquete que hacía las veces de ventanal. Para procurarnos alguna intimidad, colgamos un pedazo de sábana en la ventana a modo de cortina y apilamos cajas blancas de archivo muerto que Esquivel trajo de su alcaldía para crear la ilusión de una casa con dos ambientes. Al fondo, en lo que podría llamarse la segunda habitación, colocamos un par de catres sobre los que dormíamos por turnos. Al frente, bajo el ventanal, un elegante

futón anaranjado; era de Violeta y sólo podías usarlo con su autorización. Muy cerca del futón una gran mesa de trabajo con los directorios, cuadernos de notas y celulares desechables. Por último, milimétricamente centrado ante la puerta como si hiciera guardia, un viejo y pesado escritorio de fierro propiedad de Esquivel.

Nunca devolvimos la Suburban que la maestra Bonilla nos prestó para la gira. Camargo tenía en ella un DVD player en el que veíamos viejas películas de los Almada, *Enemigos a muerte* o los partidos de la Champions grabados ex profeso para nosotros por un barman de San Pedro. Algunas noches nos aventurábamos a visitar los téibols de Torreón. Casi siempre los encontrábamos desiertos. La ciudad vive en estado de sitio desde que el gobierno concesionó la plaza a Los Señores, abriéndole la puerta a la guerra entre éstos y el cártel que controla Durango. El río Nazas se convirtió en una frontera de sangre. Día y noche se escuchan tiros al poniente de la avenida Colón. La zona del Mercado de la Alianza, otrora corazón de la alegría más sórdida, es hoy un pueblo fantasma. Dicen leyendas urbanas que los muchachos que se atreven a comprar drogas en Gómez o Lerdo, al otro lado del río, amanecen cadáveres.

—Sabemos a ciencia cierta que la denuncia salió de su teléfono. Mis muchachos perdieron dos camionetas y a uno de ellos lo arrestaron. Así que dígame, por favor, cómo le vamos a hacer para resarcir estas pérdidas.

Tienes que revelarte justo cuando el prospecto de cliente parezca más confundido. Lo mejor es usar frases breves que combinen dramatismo, parquedad y violencia sin subir aún el tono al nivel de la histeria.

—¿Sabe cuál es la última letra del alfabeto? Esos somos nosotros, señora. Estamos apostados a la vuelta de su casa esperando instrucciones.

Esquivel ordenó que portáramos permanentemente un arma corta. Él se compró un revólver Smith & Wesson 686, niquelado y con cachas de madera color marrón. A Violeta le obsequió una cursísima e inútil Lorcin calibre .25 de empuña-

dura color de rosa. Camargo usaba desde siempre una manoseada semiautomática .38 Super que a fuerza de ser engrasada había adquirido una pátina grisácea. A mí me ofrecieron una hermosa Beretta Cougar pero la rechacé: preferí conservar mi viejo Remington de utilería.

Aunque de vez en cuando cambiábamos de roles, las funciones que cada quien debía cumplir dentro del organigrama estaban claramente definidas. Esquivel llevaba la logística, la administración y el orden del día; era el cerebro de la operación. Camargo proveía transporte, se encargaba de las compras y la vigilancia y fungía como correo de los catálogos de clientes potenciales. Las listas salían de alguna oscura coordinación de enseñanza privada de la SEP y nos eran remitidas por la maestra Bonilla. Yo era el rostro (mejor dicho la voz) de la empresa: encargado de ventas. Violeta la Violenta cumplía la misión para la cual resultaba más útil su belleza vulgar: cobranza. Recibíamos el dinero a través de *money orders* depositadas en distintas sucursales de Western Union o Banco Azteca. Mientras yo trabajaba al cliente desde un celular desechable, Esquivel coordinaba desde otro aparato los movimientos de nuestra novia.

Comenzamos a compartir abiertamente los amores de Violeta Valladares casi al final de la gira. Para sorpresa mía y de Esquivel (él ya sospechaba de lo nuestro: me confrontó durante una eufórica parranda en el Rincón del Montero), no sólo estaba liada con nosotros sino también con Camargo. A Esquivel la situación no le hizo gracia pero tampoco se lo tomó muy a pecho. Acordamos que Camargo y yo le retribuiríamos parte de lo que pagó por ella a los lenones que la vendieron en Sabinas y, a partir de ahí, compartiríamos entre los cuatro las ganancias de nuestro *telemarketing* salvaje. Camargo propuso sellar el pacto con una sesión de sexo grupal. Él acabó con Violeta y Esquivel conmigo. Nunca lo repetimos ni volvimos a mencionar el asunto.

—No se le ocurra asomarse, pinche vieja pendeja, o se la carga la verga. Desde aquí la estoy viendo: un paso más y le ametrallo los putos vidrios, culera.

Lo más delicado es saber administrar la histeria. Aunque perdí a la mayoría de mis clientes, me considero un maestro en ese arte peculiar. Hay un momento en el que tienes que empezar a gritarles, a dirigirles las palabras más soeces de tu repertorio, a hacerles sentir que su vida para ti no vale nada. Esto no es complicado. Lo peliagudo es convencerlos, a una distancia de mil kilómetros, de que estás a las puertas de su hogar y los tienes en la mira.

La mayoría cuelga el teléfono a los primeros gritos. Tienes que hacer 15 o 20 llamadas para amarrar una venta cuando mucho. Con eso basta: si endiosaron al pánico puedes exprimirles hasta el último centavo. Sólo hay que mantenerlos en la línea durante los engorrosos trámites bancarios. Puede durar un par de horas. Los telefonemas fallidos, en cambio, te roban 10 minutos: *piece of cake*.

Para mantenerme lúcido y violento, alternaba la marcación de cada número con tanques de humo de piedra. Al principio la angustia de fumar la siguiente ración era tanta que en un par de ocasiones me orilló a perder una venta ya hecha. Una vez tenía a un hombre montado en su coche y entre el tráfico, de camino al banco. Le dije:

—No aceleres tanto, cabrón. Te estoy viendo.

—Pero si estoy en un semáforo...

Y colgó.

Poco a poco aprendí a usar mejor mis cartas. A fumarme la soda entre frase y frase sin que el sonido de mi respiración se colara a la bocina. A usar el manos libres como una invisible pantalla de videojuegos atroces. Una vez llegué a cerrar dos tratos de 40 mil pesos cada uno entre las ocho de la mañana y la una de la tarde del mismo día. Esa jornada me consagró entre la pandilla como el más veloz *cowboy* del celular.

No me juzguen a mí: es la misma estafa que antes se hacía ofreciendo jugosos premios a cambio de tarjetas telefónicas. Yo no voté por el cambio. Yo nada más cambié el guión de la estafa para adaptarla al país que ustedes eligieron.

Lástima que las cosas no eran así de dulces todo el tiempo. Por las noches, luego de dormir un par de horas para repo-

nerme de la temblorina que deja el crack, me sentía un vulgar violador hijo de puta que se ponía con las mujeres porque le daban miedo los hombres. Si era mi turno y estábamos de humor, fornicaba con Violeta al descampado o dentro de la Suburban. Procuraba hacerlo muy suavemente, con toda la ternura de la que fui capaz, pensando siempre sólo en su comodidad y su placer. Era mi manera de pedirles perdón a las mujeres que había ultrajado durante el horario laboral. Mi trabajo me producía la misma sensación que fumar piedra: gozaba hasta el éxtasis reteniendo el aire pero en el instante de expeler me consumía de horror. Mis colegas se burlaban porque siempre, de madrugada, despertaba llorando en medio de una pesadilla en la que torturaba a mi difunta madre metiéndole por la boca el caño negro de mi revólver.

### *Primero plomo, después cáñamo*

Me está vedado escribir su nombre. Los llamamos Los Señores. La Compañía. La Gente. Los Patrones. Son (al este del Bolsón de Mapimí, al oeste de Laredo) la ley de quienes tomamos la ruta de los sin ley.

Camargo nos lo advirtió desde el principio:

—No hay que andar a la brava. Uno tiene que avisar.

No hicimos caso. Yo elegí, frívolamente, pensar que no era asunto mío: la decisión le correspondía a Esquivel. Él, por su parte, optó por la discreción y el fuero. Había vuelto a cumplir (al menos en el papel) funciones de alcalde. Estaba en buenos términos con los gobiernos estatal y federal. Nos instruyó a todos para guardar un estricto secreto acerca de nuestro giro. Pero una Suburban parqueada en medio de una carretera semidesierta y el hecho de encargar a un barman de pueblo la grabación en DVD de todos los partidos de la Champions son cosas que no pueden ocultarse. Fue así como dieron con nosotros.

Ni siquiera se tomaron la molestia de esperar la noche. Serían las cuatro de la tarde. Principios de noviembre. El sol pegaba duro, pero hacía viento. Esquivel dormitaba con las piernas sobre su escritorio y el Boss of the Plains echado so-

bre el rostro. Violeta leía tendida bocarriba en su futón. Yo había hecho una pausa entre llamada y llamada para jalar tanques de piedra sentado en un catre detrás del muro de cajas de archivo muerto. Camargo, que estaba afuera vigilando con prismáticos desde la Suburban ambos extremos de la carretera 40, entró corriendo al jacal sujetándose con la mano izquierda la gorra beisbolera. Desde antes de traspasar el umbral gritó:

—Licenciado. Licenciado. Viene un mueble sospechoso por el lado de San Pedro. Una Pathfinder cobalto, bien paradita. Polarizada. Trae el copete lleno de chimustretas de radiolocalización. Pa mí que es de La Gente.

Violeta y yo nos levantamos e hicimos el amago de saltar por la ventana.

—Calmados —dijo Esquivel, nervioso y todavía modorro—. A lo mejor no es nada.

Obedecemos.

—A lo mejor —dijo Camargo—. Pero esos muebles no se traen por este rumbo.

—A lo mejor sí son ellos, pero nomás van de paso —insistió Esquivel.

—A lo mejor —respondió Camargo—. Pero no son sus andares: pasando Ciénegas hay un retén militar.

Esquivel extrajo el Smith & Wesson de un cajón y lo colocó sobre el escritorio, debajo de unos papeles. Camargo sacó su escuadra de la parte posterior de su cintura, le quitó el seguro y se apostó ante la puerta con el brazo derecho tras la espalda. Violeta se acomodó la Lorcin en el escote. Más por imitarlos que por convicción, me levanté, fui hasta la mesa de trabajo por el Remington y lo puse encima del catre.

—¿Cuánto efectivo traen? —preguntó Esquivel.

—Unos seis mil pesos —dije yo, que procuraba mantener en mi cartera billetes de sobra para el vicio. Violeta y Camargo no respondieron.

Esperamos. Fumé dos tanques, uno tras otro. Aun así me pareció que transcurría una eternidad. Finalmente escuchamos el vehículo. Poco a poco el motor redujo su marcha.

—Los amachino de una vez —dijo Camargo para nadie, dirigiéndose a la puerta todavía con el arma en la mano colocada tras su espalda.

—De ninguna manera —le ordenó Esquivel—. Vamos a negociar.

No se había apagado el motor del vehículo allá afuera cuando una bala traspuso la puerta y le pegó a Camargo en el hombro derecho, derribándolo tras hacerlo girar.

—Suéltala, puto —gritó una voz—. Suelten las armas.

Violeta y Esquivel ni se movieron. Yo aventé la Remington debajo del catre y me hice un ovillo sobre el suelo. Desde ahí, a través de la rendija que se formaba entre dos cajas de archivo muerto, pude ver lo que vino después.

Un hombre rubio, rapado, de camiseta negra y pantalón de mezclilla, traspuso la puerta. Lo reconocí enseguida: era mi antiguo alumno, a quien una vez me había topado en Viesca... ¿Cómo demonios se llamaba?

—Suéltala —repitió, abriendo los brazos e inclinándose hacia Camargo. Se le notaba tranquilo.

Camargo obedeció e, hincado sobre el piso de cemento, puso en alto su mano sana.

El recién llegado apenas lo notó. Recogió del piso la .38 Super de nuestro chofer y se la guardó tras la cintura. Caminé confiandamente hacia Esquivel mientras, detrás de él, otros dos hombres de camiseta negra y jeans azul oscuro flanqueaban la puerta apostados uno afuera y otro adentro. El de afuera tenía aspecto cadavérico y un bigotito ralo y llevaba una pistola. El de adentro, más viejo que los otros dos y con el escaso pelo entrecano, portaba un cuerno de chivo.

—¿Tú eres el alcalde? —preguntó mi ex alumno.

—Sí, patrón —respondió Esquivel—. Licenciado Esquivel, a sus órdenes —intentó ponerse de pie, pero el otro, con un gesto distraído de su mano y la mirada atisbando el fondo del jacal, le ordenó que volviera a sentarse.

—¿Dónde está tu payaso de rodeo?

—¿Perdón? —dijo Esquivel.

—Profe —gritó mi ex alumno (¿cómo se llamaba?)—. Sal, profe.

—¿No quiere un coñaquito? —ofreció Esquivel intentando nuevamente levantarse del asiento—. Así negociamos más a gusto.

—No negoceo con espantos.

Mi ex alumno sacó su arma y disparó a Esquivel dos proyectiles. Ambos atinaron en el rostro. Esquivel cayó al piso con un puñado de papeles en la mano. La Smith & Wesson quedó al descubierto sobre el escritorio.

Violeta se levantó del futón y se sacó la Lorcin del pecho. Camargo dio un grito y, trabajosamente, huyó hacia el monte pasando con exasperante lentitud entre los dos rapados que cuidaban la puerta del jacal. Violeta alcanzó a hacer dos tiros: uno pegó en un quinqué y otro en el muro; luego, la Lorcin se encasquilló. Mi ex alumno se abalanzó sobre mi novia, la cogió del cuello y la arrinconó con suavidad contra las cajas de archivo muerto detrás de las cuales yo me escondía. La abofeteó con el cañón de su arma y, con la otra mano, le encajó un puñetazo en el vientre. Por un momento fugaz, los ojos de mi ex alumno y los míos se cruzaron a través de la rendija de mi escondite.

Me enderecé y me moví un par de metros hacia la derecha con el cuerpo pegado al resto de muro que formaba el archivo muerto. Encontré otra rendija entre las pilas de cajas. Me asomé a través de ella. Vi al otro lado del ventanal a Camargo corriendo hacia una montaña lejanísima. Trastabillaba sobre la tierra blanca y suelta. Giré la vista a la izquierda desplazándome en torno a la rendija. Vi el modo en que el pistolero cada- vérico, parado en el quicio de la puerta, centraba a Camargo con su arma. Disparó tres veces. Volví la mirada al ventanal y atestigüé cómo Camargo reducía poco a poco la marcha hasta caer de bruces.

Mi ex alumno arrojó a Violeta sobre el futón anaranjado y le dio la espalda. Hizo una señal al pistolero del AK-47: se señaló dos veces la barbilla. El subalterno dio dos pasos al frente y le vació a Violeta toda una lata de cuerno: 30 pichones. El aire se llenó de astillas y olor a cemento desmoronado. Mi ex alumno saltó detrás del escritorio de fierro que había sido de Esquivel para protegerse del cascajo y gritó:

—Con pistola, animal.

Pero la ráfaga había durado apenas unos segundos.

Luego hubo unos minutos de silencio.

Afuera el sol seguía pegando igual de duro.

—Sal, profe —dijo, finalmente, la cansada voz de mi ex alumno (¿cómo carajos se llamaba?)—. Soy el Checo. No te voy a matar.

Salí arrastrándome de detrás de las cajas de archivo muerto y me abracé a sus rodillas.

—No me mates, Chequito. Hazlo por caridad. Te juro que no fue mi culpa. Me dijeron que estábamos arreglados.

Una quemadura de hierro en la nuca me hizo respingar pero no solté las piernas.

—Así me gusta, cabrón, que respeten. Si yo nomás venía por el alcalde, hombre. A ustedes tres les iban a tocar puros tablazos.

Luego de una pausa, añadió:

—La vieja salió más macha que tú.

Ordenó a sus hombres que subieran los cuerpos de Violeta y Camargo a la Suburban. Luego instruyó a uno de ellos para que se deshiciera del paquete. El hombre partió al volante de nuestro antiguo auto en dirección poniente. Checo y el otro pistolero nos hicieron lugar en la Pathfinder al cadáver de Esquivel y a mí. Viajamos un rato hacia el oriente. Empezaba a oscurecer. Unos 20 kilómetros antes de Cuatro Ciénegas, nos metimos entre las dunas calizas. Me bajaron del vehículo.

—Ahora sí, mi rey —dijo Checo calándose unos guantes—. Ahora yo soy el que te va enseñar a ti, cabrón.

Me atizó con un barrote de madera. Primero en las nalgas y la espalda. Cuando quise levantarme y correr, me golpeó en los hombros y la cabeza hasta dejarme inconsciente.



Pasé más de media noche tirado entre las dunas. El frío me despertó. Me levanté y, como pude, caminé hasta el pueblo. Llegué a la plaza principal ya entrada la mañana. Entré al res-

taurant del Doc y le supliqué al mesero que me permitiera usar su baño para lavarme la sangre. El hombre se apiadó de mí.

Tardé dos días en volver, de limosna y de *raid*, hasta mi ciudad. Llegando acá me enteré de que el cadáver de Esquivel había terminado en Monclova. Lo colgaron de alguno de los mil nuevos puentes vehiculares construidos por el gobierno del estado. Le pusieron un letrero sobre el pecho: *Esto les pasa a los que no piden permiso*. Al menos eso me contó un antiguo colega del periódico. La prensa y la televisión locales, siguiendo su criminal costumbre, no informaron ni media palabra del asunto. En los medios nacionales se habló solamente de la ejecución de un valiente alcalde fronterizo perpetrada por elementos del crimen organizado. De los restos de Violeta y de Camargo no volvió a saberse nada. La maestra Bonilla sufrió un atentado y desde entonces trae escoltas de la policía federal.

Yo dejé la piedra durante unas semanas. Luego volví: no tengo remedio. Ahora vivo con Karen, una yonqui chimuela 20 años más joven que yo. Nos mantenemos con una nueva vieja estafa: drogamos gente en los estacionamientos de los supermercados y les sacamos la cartera. Nos acercamos con cualquier pretexto (casi siempre lo hace ella) y les untamos belladona sobre la piel. Es una droga peligrosa. Para aplicarla sin padecer los síntomas, tenemos que cubrimos de cera las yemas de los dedos antes de tocarla. Una vez inoculado al cliente, el remedio hace efecto en unos pocos minutos: desorientación, vista borrosa, parálisis parcial, mareos... Suena *classy*, ¿no? Muy a intriga de los Medici. La realidad es otra. No somos sino aves de rapiña. Ganamos una miseria que, por añadidura, debemos compartir con la policía municipal y los guardias privados de los *malls*...

Al menos alcanza para la piedra y aquí no hay garrotazos.

¿Orgullosa? Por supuesto que no estoy orgullosa. Escribo esta crónica sin nombre desde un lugar sin nombre y se la envió a un amigo pidiéndole que la publique con la única intención de confesarme: no soy Marcial Lafuente Estefanía sino el cobarde del condado. Desearía que no me juzgues con

asco ni con odio. Después de todo, soy la encarnación de ese milagro por el que rezas cada noche: un forajido que decidió arrojar su revólver al suelo.

## El mal de Satie

Vivian Abenshushan

*Como un ruiseñor con dolor de muelas.*

Erik Satie

¿Qué si leo mucho? Demasiado. Y cualquier cosa, incluidas las etiquetas, las recetas de cocina, los anuncios del periódico. Leo de pie, frente a un atril, y sentada, frente a la computadora. Leo en el baño, en el estudio, en las salas de espera, en el taxi. Leo cuando estoy deprimida y también cuando no lo estoy. Libros y revistas y archivos digitales. Leo muchos correos electrónicos, mensajes de texto, blogs. Todo el día, a todas horas. También leo mientras estoy escribiendo; leo para escribir. Es decir, que no me molesta la posibilidad de ser suplantada por las palabras de alguien más, escribir con palabras prestadas. De eso se trata precisamente la cultura, ¿no? De intercambios, variaciones, robos, mejoras, *remakes*. Relecturas. Mira, a mí me sucede que de tanto leer, escucho voces. Un coro intermitente resuena en mi cabeza mientras escribo, hace anotaciones, incide en mis palabras. No lo puedo evitar. A veces pienso que me he dedicado sólo a reescribir todo cuanto he leído, mientras escucho su dictado. Primero es un sonido que forma otro sonido, ni siquiera una palabra, apenas un *tssss* o un *grrrrr*. Una falta en el silencio del aire. Después es un murmullo vago, acompañado de aceleraciones y pausas, un ritmo de oratorio que hace temblar las vidrieras. Me doy cuenta de que eso se produce cada vez con mayor frecuencia. Sobre todo cuando leo. Porque, para leer, hay que dejarse ocupar por el parloteo de alguien más, ¿no? Aguzar el oído. Hay que

guardar silencio (la lengua y la voz inmóviles) y cederle la palabra al libro y escuchar la actividad tumultuosa que habita en su interior, sus animosidades y lamentos, su personajería. Si se pone atención, también se escucha cómo laten las ideas. ¿Nunca te ha sucedido? Para eso, necesitas contener la respiración. Porque leer es como conversar: uno calla y otro escucha. Como tú y yo, aquí, ahora. Hablamos, callamos, nos escuchamos el uno al otro. A veces es difícil seguir las inflexiones de una mente que no es la nuestra, salir de nuestro pequeño mundo, desprendernos de nuestras naderías. Se necesita tiempo y concentración. Pero el tiempo se ha ido a pique y la concentración, también. Ahora mismo, por ejemplo: para sostener esta entrevista he tenido que interrumpir mi lectura, detenerme a responder tus preguntas. No te apures, no me quejo. Pero ya te he dicho antes que detesto las entrevistas. ¿Sabes por qué? Porque me piden que explique mis libros, es decir, que los traicione. Que les imponga un audio que no necesitan, un metrónomo que marque el ritmo de lectura a los demás. Yo creo que la única realidad del libro son las palabras. Las tuyas. No otras; no las mías. Y en las últimas décadas, con tantas entrevistas de escritores circulando en la mediósfera, se ha inaugurado la era de la *lectura con subtítulos*. ¿No te parece? Sí, como en el cine mudo o en las películas extranjeras. Los medios le piden al escritor una *traducción*. O peor aún, una simplificación. Entonces, una escena que podría hablar por sí misma, aparece acompañada de un aparte dirigido al espectador, como si fuera un incompetente (el lector, la escena, el escritor, las palabras, todos: incompetentes). ¡Pero si los escritores nos equivocamos siempre cuando hablamos de nuestros libros! Los medios comunican, pero la literatura, ¿qué comunica? Nada; más bien, omite, neologiza, desacata la sintaxis, pervierte la lengua, guarda un secreto, es escurridiza, rehúye los significados unívocos. No es inocente, pues no es un mero reflejo mecánico de la realidad. En fin. Hoy los periodistas vienen a mi casa una vez al mes en busca de explicaciones. Quieren saber por qué un personaje dice esto o aquello, por qué siente hambre, por qué no duerme, por qué se tira un pedo. ¿Te ríes? Eso de “se tira un pedo” bó-

rralo, por favor. O no, déjalo. Pero entre corchetes escribe lo siguiente: “[Soplar aire entre los labios (con la lengua entre los labios)]”. ¿Puedes intentarlo? Eso, ya está: un pedo. Ahora escribe: “[Hágalo también usted en su casa. Lea la palabra *pedo* y luego escuche.]”. ¿Ves lo que sucede? Instrucciones para leer, jeso quieren los periodistas culturales, los editores, los maestros, los secretarios de educación! Siguiendo ese camino, parodiándolo, he querido enfatizar el carácter sonoro del texto. Es algo que me obsesiona. Lo hago en mis ensayos, en mis ficciones, en mis aforismos y, ahora, en esta, mi última entrevista. Porque esta será la última, lo juro. Después de esto, el silencio. [Contener la respiración durante 20 segundos y luego respirar ruidosamente por la boca como si se emergiera del fondo de una alberca.] Sé que has venido aquí para que hablemos precisamente de eso, para que exponga al mundo de habla castellana mi teoría. También tú quieres una explicación. Bueno, no es que me haya propuesto decepcionarte, pero no tengo más que respuestas insatisfactorias. Porque yo sólo busco curarme. [Pregúntese sobre sí mismo.] ¿De qué? ¡De la voz de los autores! Quiero que me dejen en paz. La omnipresencia de su timbre me parece cada vez más humillante, invasiva. Y aturdidora. [Hable como merolico.] Me sigue a todas partes. No me deja leer; tampoco ir por la calle tranquila. Escucho su runrún estereofónico rozando los letreros, los nombres de las avenidas. Difícil, también, conciliar el sueño con tanto ruido. [Inhalar aire, la boca abierta, hacer vibrar la garganta profunda (como el sonido de un cerdo).] ¿A qué me refiero? Ya te dije: escucho voces. Mira, todo comenzó con Bolaño. Hubo una época en que me entreteve viendo sus entrevistas. Había leído casi toda su obra, conocía a sus mejores críticos, ¿qué me podían decir las entrevistas que no pudiera encontrar en los libros? Poca cosa, quizá que también él se equivocaba. Aunque en realidad, sucedía lo contrario: todo ese rumor alimentaba su leyenda, creaba un mito. Primero vi algunas entrevistas en la televisión cultural y luego en YouTube, donde, como tú sabes, la cosa no tiene fin... ¿Por qué lo hice? No lo sé, por la compulsión del momento. Bolaño acababa de morir. Un *link* me llevó a otro y pasé un

par de semanas en la glotonería. Luego no pude volver a leer sus libros sin escuchar su voz de fondo. Esa modulación exhausta, como de alguien que se lamenta cuando se entusiasma y viceversa, un algo residual del cantito chileno que le oí tantas veces a las amigas exiliadas de mi madre. No te rías, te lo digo en serio. [Golpear el suelo con un bastón o un paraguas o cualquier cosa a la mano.] Eso no me pasaba antes, cuando Bolaño era todavía un autor desconocido, al que seguían unos cuantos iniciados. Pero su muerte prematura disparó la leyenda y con ella las entrevistas en audio y en video, en televisión y en impresos, inéditas, fragmentarias y hasta póstumas, si tal cosa es posible. Y una tarde abrí sus cuentos y oí su voz, a todo volumen. Un cuento detrás de otro con Bolaño haciendo pausas para fumar. [Expire bruscamente y sin dobleces.] Los personajes femeninos también hablaban como él. Las actrices porno. Y los fantasmas. Y los niños. Algo espantoso. Algo verdaderamente acongojante. Hasta los ratones chillaban a la Bolaño. [Chille.] Porque él tiene un cuento con ratones ¿no?, como el de “Josefina la cantora”. Ese cuento, el original, el de Kafka, ese sí que tiene música propia. “No hay nadie a quien su canto no arrebate”, dice el narrador del relato en la primera línea. ¿Qué mejor definición de su potencia sonora que ésa? Ahí está todo el arte silencioso de Kafka (el autor fallecido que no puede ser entrevistado), la forma en que deja al lector lleno de un placer espiritual y al mismo tiempo angustiosamente tenso. Kafka el discreto, el escritor mudo, el que aspiraba a su propia desaparición. [Inclínese hacia abajo como en una reverencia.] Por eso te digo: el día que yo comience a escuchar la voz de Kafka, me muero. Ese día me daré por vencida. Me cuelgo, ¿me escuchaste? Me cuelgo. [Como un cuervo con dolor de huesos.] Pero estoy segura de que nada en el mundo suplantaré el compás enigmático de su escritura. Su soberanía radical. ¿A qué me refiero? A que la obra de Kafka ha sido acribillada mil veces por los críticos [escupa en seco], ha sido penetrada por todos los costados y hasta el fondo [como un carro que parece no avanzar]. Ha sido violentada. Y, sin embargo, ha sobrevivido a todas las interpretaciones, a todos los embates, a todas las traiciones

(empezando por la traición de Brod, el peor lector de Kafka). Como si su partitura fuera tocada siempre por primera vez, es una obra que rehúye la explicación. Se resiste a ser codificada. ¿Me sigues? En fin, al principio creí que lo de Bolaño se trataba de un mal pasajero, pero no. A la semana siguiente me pasó lo mismo con Juan Villoro. Preparaba una clase para la universidad cuando comenzó a hablarme al oído mientras leía un ensayo suyo sobre el diario como forma narrativa. Me decía: “Profesionales del yo, los escritores están obligados a explicarse a sí mismos no a partir de sus libros, sino de las recónditas intenciones que los llevaron a escribirlos. La definición de la obra (su estética retrospectiva) es un subgénero muchas veces más leído que la obra misma”. Sentí escalofríos. Era como si Villoro estuviera ahí, sentado a mi lado, dictando cátedra como cuando asistía a sus clases en la Facultad de Letras: “Con diferentes grados de peligrosidad, el escritor debe responder por sus criaturas ante los periodistas, el ayatolá o el jefe de una junta militar”. [Sentarse en una silla, luego levantarse y así varias veces.] Cada frase era emitida con la misma entonación, la misma elocuencia, la misma velocidad mental, la misma ironía que le había escuchado tantas veces en la televisión, en los programas de *Futbol Picante*, por ejemplo. Y algo más: Villoro (quiero decir, su *voz en off*) comentaba su propio ensayo, afinaba los argumentos, lanzaba ocurrencias, encontraba nuevos ejemplos y de repente brincaba a otra cosa, proliferaba. Hasta me senté bien para oírlo mejor. No entiendo cómo no se le enredaban las ideas de tan aprisa que las movía. Era imparable y me asusté bastante. Una tromba verbal. En cierto momento me sentí tan aturdida que tuve que cerrar el libro de golpe. [Caiga sobre los codos.] Y, sólo entonces, la conferencia cesó. A la mañana siguiente le pregunté a los alumnos si también ellos lo habían escuchado, si no oían la voz de los autores cuando leían. Se burlaron de mí. [La cabeza entre las manos.] Luego pensaron que hablaba en sentido figurado. Pero lo digo en un sentido muy literal y concreto. Generalmente leo para aislarme de las ruidosas turbinas del mundo; sin embargo, cada libro me llega ahora precedido de tanto escándalo que es imposible tratar con

él a solas. Leer así es una pesadilla, ¿comprendes? Me perfora el encéfalo. Aquel día volví a casa temprano, sin hacer mi recorrido habitual por las librerías de viejo. Me sentía trastornada y un poco nerviosa. Después de comer, traté de concentrarme en una nueva lectura, pero apenas comenzaba a enfocarla cuando mi atención se disolvió. Esta vez, el murmullo venía de mi librero: una fraseo lento, profundo, como si llegara desde el fondo de un cuarto oscuro. Era la voz de Ezra Pound. [*Wiiith uuuuuuraa.*] Lo reconocí de inmediato. Salía directamente de mi ejemplar de los *Cantares completos* (la versión directa de José Vázquez Amaral), publicado por Joaquín Mortiz. Murmuraba en inglés, luego en italiano, más tarde en griego, saltando de un acorde a otro (de una lengua a otra, quiero decir) sin transiciones. Sin prisas. Nocturnamente. A continuación, se introdujo al lado suyo el canto de otro poeta de voz gangosa y aflautada: Octavio Paz. Nunca antes había cobrado una conciencia tan clara de lo desagradable que era su chillona voz de tiple. Parecía un violín sin afinar. No estoy haciendo aquí un juicio sobre la obra, que quede claro. Hablo de este fenómeno auditivo que me acosa. Escuchar la voz de un poeta detrás de su poesía, eso es común. Después de todo la palabra poética tiene en sus orígenes un componente sonoro inalienable. Pero enseguida, por encima del rumor de Paz y Pound, que parecían dispuestos a entablar un diálogo, se incorporaron en alguna parte los narradores. Primero, los tartamudeos destemplados de Sergio Pitol [como alguien que baja las escaleras con gafas oscuras], las gárgaras alargadas [haga la cara más rara, atarantada] de Perec, a quien jamás había oído antes, las frasecitas de niña extraviada de Elena Poniatowska. Y en el centro de ese coro improvisado, resonaron sorpresivamente unas palabras de Nicanor Parra: “El pensamiento no nace en la boca / Nace en el corazón del corazón”. Sus palabras irrumpieron fría, casi espectralmente, para luego repetirse sin cesar en una serie de intervalos paralelos —pequeños trozos de hielo cayendo sobre el piso de mi estudio—. En cierto momento advertí que el coro se había instalado en la letra P y supuse que la tortura terminaría una vez que se hubieran agotado los libros del estante.

Pero me equivoqué. Pegadas a la madera que separaba una letra de otra, las voces emanaban cada vez con mayor fuerza, como si compitieran por reventarme los tímpanos. [Un paso atrás y pierda el equilibrio.] Hablaba así el librero por sus distintas bocas. No había manera de escapar al ruido desagradable y confuso de aquel maldito oratorio poblado de intérpretes desafortunados, entre los que se encontraban algunos de mis autores de cabecera, cada uno emitiendo su queja. [Beeeeeeee.] Pero, ¿de qué se quejaban? De la forma incorrecta en que eran leídos. Ninguno parecía conforme con ser admirado; deseaban ser admirados exactamente de la manera que ellos prescribían. Más que un oratorio, aquello era un tango. [Con lentitud metálica.] Llegué a esa conclusión cuando alcancé a reconocer, en medio de otras voces, una que se distinguía por su debilidad, un registro invisible que se esforzaba por salir a flote, como después de un naufragio. Esa voz se dirigía a mí, me interpelaba, me hacía reproches, correcciones, señalamientos. Me horroricé cuando advertí que se trataba del peruano Julio Ramón Ribeyro, de quien había escrito, hacía algunos años, una breve biografía literaria para una editorial local. “¡Has maltratado mi marginalidad! —me decía—. ¡Has disuelto mi aura de escritor secreto!”. Estaba exasperado, furioso, fuera de sí. Pero lo grave no eran sus reclamos (que sólo al principio me parecieron injustificados); lo que me desconcertaba, lo que finalmente me obligó a salir huyendo de mi estudio, fue el timbre de su vocecita tísica, a punto de extinguirse, concentrando todas sus fuerzas en ese último alegato. [Contraiga los músculos del esófago.] Ribeyro fue siempre un personaje borroso, fugado de los grandes públicos e incapaz de cultivar su propia fama; por eso, se mantuvo siempre a una sana distancia de los periodistas y la publicidad. Su figura escapó durante años a todas mis pesquisas, a mi manía persecutoria. Lo que quiero decir es que si bien estudié a fondo sus documentos y diarios, los testimonios de amigos, discípulos y familiares; aunque busqué desesperadamente las pocas entrevistas que se encontraban dispersas en internet y en algunas bibliotecas, nunca escuché una sola nota grabada de su voz real. Verme de golpe frente a ella me desilu-

sionó profundamente. Se trataba de una voz forastera, intrusa y hasta fea, destinada a negar la existencia afantasmada de Ribeyro, subiéndolo sin permiso al mismo vagón de las *prima donnas*. [Salude militarmente.] Tal vez, pensé, el silencio en literatura es ya insostenible y no hay manera de alcanzar la verdadera nulidad. [Jálese los pelos de la peluca.] También comprendí que, en efecto, en mi intento por reconstruir la figura literaria de Ribeyro, poniendo un acento excesivo en su invisibilidad, había terminado por provocar un efecto contrario: la mistificación del escritor ausente. [Abucheos.] Eso fue demasiado. Cerré con llave la puerta de mi estudio durante varios días y, frente a la mirada incrédula de mi esposo (que conoce mi fobia a escribir frente a los otros), me instalé con mi computadora portátil en un café atendido por cubanos bullangueros. Dejé de visitar las librerías, no asistí a presentaciones de libros, me exilié del mundo literario. ¿Por qué? Ya te dije: la industria cultural hace demasiado ruido, y no deja oír. ¿Tienes idea de lo que se siente entrar, bajo el efecto de mi trastorno auditivo, en una librería? La última vez que lo hice me dio un síncope; nada más crucé el umbral se me vinieron encima todos esos autores que bramaban unos sobre otros en las mesas de novedades en una polifonía cada vez más densa y enloquecedora. Uno tendría que volverse insensible para soportar tantos estímulos; o seguir la senda de los ermitaños en busca de silencio. Fue precisamente bajo esas circunstancias que comencé escribir mi trilogía de novelas para megáfono: *Baraúnda*, *La revolución afónica* y *A la napolitana*. Se trata de las primeras exploraciones sonoras en mi escritura, una forma de taparme los oídos con cera para eludir los cantos de sirena. Me explico. Algunos poetas, como Hölderlin o Brecht, se preguntaron sobre cómo debían cantar en tiempos de iniquidad. [Bostece.] Pues bien, yo creo que los escritores actuales deberíamos hacerlo en silencio, apartándonos de las cuerdas vocales, aspirando a un nuevo mutismo. ¿Recuerdas aquella frase de Nietzsche? El escritor debe callarse cuando su obra comienza a hablar. Bajo esta premisa busco que la obra, mi obra, la obra de todos, diga lo suyo sin interferencias, sin más alarde que el de su berrido autónomo. [Relinche hacia

adentro.] ¿Cómo? Amplificando el momento absoluto de la lectura (prestar oídos a las palabras de otro), alejándola de todo plano que no provenga de su interior. [Calle a alguien que habla demasiado en el cine.] He desempeñado todo tipo de trabajos para ganarme la vida, unos más desagradables que otros, pero ninguno ha sido tan importante para mí como la redacción de programas de concierto para un festival de música contemporánea. Aunque me pagaban una miseria, en mi juventud me dediqué a eso, y lo hice incluso con entusiasmo, porque me enseñó a escuchar de nuevo. En una ocasión, el director del festival me invitó a una sesión de improvisación con músicos del Maarten Altena Ensemble que estaban interesados en otras formas de creatividad. [Haga un pequeño hoyo sobre la hoja.] La idea era que un escritor prestara sus textos para que fueran ejecutados por los músicos. Acepté enseguida. Quería ver cómo harían eso. Cuando llegué, el ensamble se encontraba ensayando una pieza de... Permitieron que me sentara junto al oboe, mientras los ejecutantes, a petición del director, leían sus partituras. Qué silencio escuché entonces, interrumpido sólo de vez en cuando por el voltear de hojas. [Gire. Y vuelva a girar sobre sí mismo.] Los instrumentos permanecían inmóviles, los músicos, absortos. Leían y movían la cabeza siguiendo el ritmo de aquella música mental que yo no podía descifrar. [Como si mirara un partido de tenis.] Un golpe de timbales, resoplidos de trompetas, la entrada del saxofón, campanas, rechinidos de violonchelo, distorsiones de guitarra eléctrica, un claro *re* emitido por el oboe, platillos, gongs. En aquel momento, para el ensamble, la música era una presencia que gravitaba en el escenario. Pero yo no escuchaba nada. [Toses.] No olvidaré jamás lo humillada que me sentí cuando intenté seguir las notas de la partitura sin resultado alguno. Parecía estar leyendo en ruso. Durante media hora, miré al director con el mismo asombro que habrá sentido san Agustín frente a san Ambrosio mientras leía por primera vez en silencio, la lengua y la voz inmóviles. Pensé entonces que tal vez san Ambrosio se quedó callado para leer, libre por fin del ruido de su propia persona, porque quería escuchar la música del libro. Es como si hubiera tenido la clara impresión de que en

algún lugar, oculto en lo más hondo de las palabras, el libro le hablaba y que hasta entonces no lo había entendido del todo porque había sustituido esa voz con la suya. [Murmure en japonés.] En fin. Cuando los músicos terminaron de leer, comentaron la partitura. Hicieron apuntes y preguntas, resolvieron dudas. Hasta que llegó el turno de que ejecutaran mi texto. Me paré tímidamente y comencé a leer, con la voz entrecortada, algunos fragmentos de un ensayo sobre el placer de rascarse la cabeza. Los músicos me preguntaron cómo debía sonar aquello. “Como un serrucho”, les respondí. Uno comenzó a torturar al violín. Otro raspaba el centro del timbal. Enseguida, a la cantante le di instrucciones para entonar las frases siguientes: “Soy calva de nacimiento, por puro convencimiento” [ebriamente y sobre la punta de los pies]; “Rascarse la cabeza hace recordar cosas olvidadas” [como un pájaro que afila su pico sobre las ramas], y “Así despierta el estruendo de la melena” [sacuda su interior]. El resultado fue excepcional y es una pena que no se conserve ningún registro de aquella sesión, irrepetible. Lo importante es que ahí se encontraba en potencia el sistema de anotaciones que luego pondría en práctica en *Baraúnda*, con el propósito de crear un lenguaje codificado para comunicarle al lector el sustrato inaudible del libro. [Con la mano ahuecada.] En literatura, a diferencia de la música, no existe la exigencia de pasar por un intérprete. El lector es el ejecutante del texto y no necesita de toda esa superchería de la publicidad y la crítica que lo rodea para entrar al libro. ¿Para qué interrumpirlo, entonces, con indicaciones de esta índole? En las novelas para megáfono, lo que busco es que el libro recupere su propia sonoridad, por exceso. Que imponga su ruido más íntimo desde las entrañas. Que sea una máquina de zumbidos y gritos y ventosidades que contrarreste el estruendo del exterior. ¿El megáfono? Metaforiza, o sea, subraya esa necesidad de la escritura de hacerse escuchar en un medio saturado de ondas sonoras. Desde luego, me entusiasma que algunos lectores lo hayan tomado al pie de la letra y salgan a al calle a ejecutar fragmentos de *La revolución afónica* en voz alta. [Se le sube a la cabeza.] El verano pasado, por ejemplo, un grupo de

60 intérpretes se reunieron en el Parque Hundido con bocinas, cacerolas, tornillos y otros objetos consignados en la obra, para hacer una lectura al unísono desde distintos puntos. [Celebre con las manos y luego con los pies.] Algunos vecinos de los alrededores llamaron a las autoridades pensando que se trataba de una manifestación. No me extraña: *La revolución afónica* es una novela ensordecedora, poblada de cantos circulares, multifonías, ululaciones y chasquidos glotáticos muy difíciles de soportar. [Hasta que duela.] A mis editores les sigue desconcertando esta técnica [con una cólera levantada], dicen que mis indicaciones están fuera de lugar [sobre los zapatos], que son inconsistentes o pleonásticas [cambie de lugar], que distraen a los lectores [prosternado pero sin lágrimas] y entorpecen la trama [con dolor de cabeza]. ¡La trama! Gusano vulgar. Los editores se han vuelto marionetas de los publicistas y no toleran las runrunerías ni las deformaciones. ¿Y tú? No me vengas ahora también con eso. No te explicaré cuál es su sentido. [Altere su sistema de defensa racional.] Las acotaciones han ido evolucionando hasta cobrar vida propia. No son explicaciones de lo que pasa, sino apartes que inducen estados de ánimo y contrasentidos. [Indebidamente.] Una blablatura desconcertante, contraria a la transparencia televisiva. [Métasela en el bolsillo.] Si te fijas bien, las indicaciones tienen sonoridad y ritmo en sí mismas. [Baile africano.] Son digresiones autónomas. Tomaduras de pelo. Desviaciones. Anomalías. Costuras fuera de lugar. [Usted quiere venderme algo.] Ya sé que la crítica no ha visto en mi obra nada más que un gesto de alarde o de locura, el mismo descrédito que han padecido siempre las innovaciones creativas. [Un ataque de risa.] Pero sus controversias, sinceramente me producen arcadas. [Introduzca su dedo índice hasta el fondo de la garganta.] Y yo me he quitado las voces de encima. Y los lectores se han puesto al fin de pie para hacer coreografías con la lengua. [Sonido como el abrir del corcho de una botella.] ¿Esquizofrenia? No, señor, esto es... ¡guarde silencio! [Salga de la habitación, completamente entumecido.]



## Fotismos\*

Juan Pablo Villalobos

El gordito permanece impasible, papá y mamá han salido ya del consultorio y lo han dejado solo, aun así la situación no le impone, él está ahí, sentadito, como si nada, muy dueño del momento. De pronto, antes que el psiquiatra pueda decir cualquier cosa, levanta el brazo derecho con el dedo índice erguido, como si fuera a pedir la palabra, pero no, siempre no, su mano se desvía rumbo a la cabeza, se acaricia un bucle, se nota a leguas que es un movimiento inconsciente, de esos que se repiten cientos de veces en un día, porque ni siquiera presta atención, parece que se ha desdoblado y que es otro quien se está enredando la cabellera en el dedo.

El médico está ordenando unos papeles, seguramente el expediente del gordito, después de reubicar como primera página la que se encontraba al final alinea las hojas con un fuerte golpe sobre la mesa. Dos golpes más. Listo. Está listo para representar su papel de guardián de las buenas conciencias: ahora entrecierra los ojos para escrutar al pequeño paciente, y lo hace con mirada científica, por supuesto, es decir, adusto, sereno, muy inteligente.

“Daniel”, dice el psiquiatra, “¿sabes por qué tus padres te han traído conmigo?”

El niño se saca la mano de entre la cabellera y la coloca sobre su rodilla derecha, vamos a ver, está dudando, todavía no decide lo que va a hacer, jugar un poco o tomárselo en serio, frunce la boca como cerdito, y entonces se da cuenta

\* Publicado originalmente en la revista *Big Sur* ([www.big-sur.com.ar](http://www.big-sur.com.ar)), número 22.

de que ambas cosas son lo mismo, haga lo que haga será lo mismito.

“Porque veo luces verdes”, contesta con voz desenfadada, del tipo inicio y fin de la conversación.

Suena el teléfono celular del médico, por reflejo está a punto de pedir disculpas y apagarlo, pero el paciente es un niño, así que a la mierda. Es un mensaje, de su esposa, la segunda: “¿Enchiladas rojas o verdes?”, lee y sonríe por la coincidencia. Hace un movimiento casi imperceptible de la cabeza con el que pretende decirle al gordito que no se ha olvidado de que está ahí y se disculpa sin disculparse, “Un momento”, le dice, muy severo, muy profundo, muy psiquiatra con corbata ochentera espantosa. Se pone a teclear en el teléfono la respuesta: “Verdes, compra Negra Modelo”. Y envía el mensaje, bien contento, ya tiene hambre, es la una y media de la tarde, se le antojaron las enchiladas.

“Luces verdes, ajá, ¿y cuándo las ves?, ¿todo el tiempo?, ¿las estás viendo ahora?”, dice mientras revisa que la grabadora esté funcionando.

“Si las viera todo el tiempo no podría ver otra cosa, estaría ciego. Nomás las veo de vez en cuando”, contesta el niño de golpe, sin reflexionar, porque es algo que le parece de lo más obvio.

“Ok”, dice el mismo que posa en la foto del diploma de la universidad que cuelga en la pared, sólo que 20 años después. “¿Cuándo las ves?, o mejor dime una cosa, ¿cuándo fue la última vez que las viste?, ¿en dónde estabas?, ¿qué estabas haciendo?”.

“Estaba en el parque que hay frente a mi casa, en el columpio.”

“¿Yyyyyyyyy?”, y el médico alarga la y para invitar a que el paciente continúe con el relato, es lo mismo que en cualquier conversación, cuando uno quiere que el otro le dé más detalles, funciona igual, aunque en plan científico.

“Y luego empecé a ver lucecitas verdes, y luego todo se puso verde, y ya no podía ver nada y me caí del columpio.”

Esto el psiquiatra ya lo sabía, por supuesto, fue lo que le contaron los padres, asustadísimos porque cada vez que al niño

se le pone todo verde termina golpeándose, suerte que hasta ahora no ha sufrido heridas importantes, pero quién sabe, doctor, le dijeron, imagínese que un día nos lo pueden atropellar o puede caerse por un precipicio. Con la cantidad de precipicios que hay en el trayecto de la casa a la escuela, claro, más los que hay entre la casa y la tienda de la esquina o el parque. Y la primera reacción del psiquiatra fue recomendarles que lo llevaran al oftalmólogo, pero eso fue lo primero que hicieron, y resultó que la vista de Danielito no presenta anormalidades, de hecho el oftalmólogo les sugirió que el gordito estaba mintiendo, que no existía una enfermedad que nublara la vista de verde.

“¿Y tú qué crees que son esas luces verdes?”, aventura el médico.

“Son los fotismos”, contesta Daniel, quien vuelve a levantar la mano rumbo a su cabellera.

*Fotismos, fotismos*, se repite en la cabeza el psiquiatra, eso no se lo habían contado los padres, *fotismos*, y no le viene nada a la memoria, mmm, gira la cabeza hacia su librerito, ¿vendrá la palabra en el diccionario?, mmm, pero por supuesto que no se levanta a consultar el diccionario, cómo creen, enfrente del niño no, qué va a pensar, ¿que no sabe lo que son los fotismos?

Ahora vuelve a sonar el teléfono celular, “Un momento”, dice el médico, “es una emergencia, comprenderás”. Lee el nuevo mensaje: “Mejor tú trae cervezas, se me hizo tarde”. *Chingada*, piensa el psiquiatra, porque sabe que va a tener que cambiar de ruta para detenerse en la tienda, y es justo la hora de salida de la escuela de enfrente, con la cola de madres en sus autos estacionados en doble fila: el caos, el caos. De súbito tiene una idea que cree genial y contesta el mensaje: “Busca enciclopedia palabra fotismos y llámame. URGE”.

“Fotismos, muy interesante, muy interesante, un momento”, dice el médico para ganar tiempo.

“Sí, los fotismos”, repite Daniel, quien se ha quedado mirando la pintura que cuelga en la pared de la izquierda: es uno de esos cuadros que puede comprarse en una tienda departamental, o ganarse como premio al jugar a los dardos en una

feria de pueblo, es un paisaje con una cabaña, un río embravecido y al fondo unas montañas nevadas. Los trazos revelan una producción en serie, debe haber centenas de cuadros iguales, aunque con ligeras variaciones debidas al carácter irrepetible de toda actividad humana, así sea copiar cientos de veces el mismo paisaje.

El médico dispersa las hojas del expediente del gordito, sugiriendo que busca algo, después de un par de minutos de supuesta lectura las ordena de nuevo, esta vez con un solo golpe, luego abre un cajón del escritorio y saca al azar una página de entre los papeles, es una factura del teléfono celular, la devuelve después de constatar que ha enviado 843 mensajes el último mes, cierra el cajón, mira hacia el techo con la mano derecha acariciándose el mentón.

Suena el teléfono, ¡qué alivio!, la situación era ya insostenible. “Diga”, dice el psiquiatra, alto y fuerte, muy varonil. Escucha entonces la voz de su mujer, la segunda: “Gordo, no puedo ver la enciclopedia porque las hojas están pegadas”. “Comprendo”, dice el médico, otra vez alto, y fuerte y varonil, “es una emergencia, haz lo que sea necesario”. Se nota que, en algún momento de su juventud, formó parte de un grupo de teatro. Gira la cabeza hacia el niño y lo mira acremente a los ojos, como si lo estuviera reprimiendo, como si estuviera a punto de castigarlo, de mandarlo a encerrar a su habitación por ocho mil días. Otra vez su mujer, la segunda: “No, gordo, te digo que no se puede, quise abrir el libro de la F y se despegan las letras y las fotos”. *Despegar*, ese fue el verbo que usó su segunda mujer, quien parece creer que las palabras y las fotos están pegadas en los libros. “Entiendo, entiendo”, repite el médico, ahora con un tono al mismo tiempo reflexivo y distraído, tono de buscar una solución a un problema complicadísimo e inexistente, “bueno, ni hablar, ya lo resolveremos más tarde, gracias de todas maneras”. Comienza a alejar el teléfono de su oído, la voz de su mujer lo detiene: “¿Viste mi mensaje?, es que ya no alcanzo, gordo, me entretuvieron mucho en el banco, tráete tú las cervezas, por favor”. “De acuerdo”, la interrumpe y corta la comunicación. Se incorpora un poco para recomponer su postura en

la silla, mientras concluye que con toda seguridad la palabra *fotismos* no existe. Va a reanudar la entrevista, pero entonces se escucha alto y fuerte y varonil un rugido que proviene de sus tripas, algo así como *prrrrrrrrr*, ¡qué hambre, no mames!, el niño lo oye y se pone a reír, primero disimuladamente, luego no aguanta y se le salen las carcajadas. El psiquiatra sabe que tiene que hablar, ¡ya, ya!, ¿qué se ha creído este enano?, debe decir algo muy inteligente, parar en seco al gordito mamón.

“Mira, Daniel, como te decía, esto de los fotismos es muy interesante, pero quiero que seas sincero conmigo, ¿de acuerdo?”. Aquí intercala una pausa melodramática, porque supone que el niño debería asentir con la cabeza, o decir que sí, o lo que sea, el gordito no hace nada, salvo picarse la nariz. “Sin embargo, no es normal que conozcas esta palabra, no es una palabra de niños, ¿quién te la dijo?, ¿cómo la conociste?”.

“Nadie”, responde Daniel, “un día apareció en mi cabeza”.

“¿Hay alguna otra palabra que haya aparecido así?”, pretende profundizar el psiquiatra, y se pone a garabatear en un cuaderno que tiene sobre la mesa, pone cara de estoy haciendo una nota científica, y lo que escribe es: *Trastorno de personalidad por necesidad afectiva, ¿padre ausente?, Terapia Familiar*.

“Hay una voz que me repite: nos vemos en el no-mundo”, contesta el gordito.

El *no-mundo*, oh, oh, el *no-mundo*, al psiquiatra se le ha descompuesto la cara, incluso ha tachado las líneas que acababa de escribir en su libreta, porque esto cambia todo, sí señor, esto cambia todo por completo.

“El no-mundo, ajá”, balbucea el médico, toca con la mano izquierda el teléfono celular guardado en la bolsa de la bata, con la derecha tiene el impulso de agarrar la pluma para hacer otra nota, la toma, escribe: “NO MUNDO:”, y no agrega nada, ¡qué irresponsabilidad!, abandonar unos dos puntos así, sin más.

“¿Qué es el no-mundo?”, pregunta por decir cualquier cosa, es como un cazador tirando balazos a todos lados y a ninguna parte, un cazador que se da cuenta de que está siendo cazado.

“En el no-mundo vive mi ángel, mi otro yo”, responde Daniel, súbitamente frío y sobreactuado, no parece el mismo niño desenfadado que hace unos instantes se reía del médico, los músculos del rostro tensos, una mueca desagradable, no parpadea: la viva representación estereotipada del desequilibrado místico. El psiquiatra no soporta esta visión, desvía los ojos hacia la pared derecha, la izquierda del niño, ahí está su cuadro, la cabaña, el río salvaje, las montañas nevadas, se obstina en que el paisaje lo devuelva a la realidad tangible, a este espacio donde se materializan el escritorio, el librerito, las sillas, el diploma y el cuadro, el mundo, sí, el mundo, pero no funciona. Mira el reloj porque recuerda que ya casi es hora de irse a comer, es la una cuarenta y dos, será mejor mandar llamar a los padres e inventarles cualquier cosa. Está a punto de hablar para concluir la sesión, pero el gordito se adelanta.

“También puedo desaparecer, a veces voy al no-mundo, o sólo desaparezco, puedo hacer muchas cosas, si quiero puedo meterme dentro de ese cuadro, irme a vivir a esa cabaña”, dice señalando el paisaje que sigue mirando el psiquiatra.

“Ajá, con que puedes desaparecer”, responde el médico con ironía, al tiempo que revienta la burbuja de irrealdad y se concentra en volver a escribir la nota que había desechado: *Trastorno de personalidad por necesidad afectiva, ¿padre ausente?, Terapia Familiar*. En esta ocasión no ha subrayado la “Terapia Familiar”, no porque ahora crea que sea menos importante que antes, es simplemente el hambre y la pereza, la ansiedad gástrica que le produce la visión del plato de enchiladas verdes.

Suena de nuevo el celular, otra vez un mensaje de la mujer del psiquiatra, la segunda: “¿Ya saliste? Compra también crema”. El médico va a responder el mensaje, antes levanta la vista del teléfono para avisarle al niño que enseguida podrán continuar. Sin embargo, cuando el psiquiatra mira al gordito resulta que el gordito no está allí, la silla está vacía.

“¿Daniel?”, dice el médico, mientras se agacha para mirar debajo de la mesa, “¿Daniel?”, se levanta para mirar por todo el consultorio, aunque en realidad no hay ningún lugar don-

de buscarlo, no hay ningún escondite posible. *Pinche enano*, piensa el psiquiatra, al caminar hacia la puerta cerrada del consultorio.

En la salita de espera encuentra a los padres del gordito, quienes se levantan seguros de que el médico va a anunciarles el diagnóstico. ¿Estará enfermo, Danielito, o sólo es un mentiroso compulsivo?

“¿Han visto salir a Daniel?”, pregunta el psiquiatra, aunque, a juzgar por la actitud de ambos, ya sabe que los padres no se han enterado de nada. Luego tiene que pasar la vergüenza de explicarles que el niño se ha escapado de la consulta.

“¿Cómo que se ha escapado?”, dice el padre, se ha puesto violentísimo en tres segundos, la pregunta ya es en sí misma una amenaza, “¿qué chingados quiere decir?, Danielito no ha salido del consultorio, hemos estado sentados aquí todo el tiempo, frente a la puerta, no ha salido, lo hubiéramos visto, es imposible”.

Además del consultorio y la salita de espera sólo queda el escritorio de la recepcionista, de espaldas a la salita de espera y de frente a la puerta de la calle. La recepcionista tampoco vio nada, está segura de que el niño no se escapó a la calle por esa puerta. Todos se dirigen al consultorio, aunque el médico sigue asegurándoles que no está ahí, que no hay dónde esconderse, que sólo despegó la mirada un segundo del gordito, y que tampoco se pudo escapar desde allí a la calle, pues las ventanas están muy altas, fuera del alcance del niño.

El psiquiatra pide a la recepcionista que avise a la policía, pero el padre ya se ha adelantado, está hablando, furioso, por el celular, informa atropelladamente la dirección, el nombre completo del niño, su edad, dice que lleva una melena con bucles, que es blanco, que está gordito, describe detalladamente su vestimenta. Acto seguido, se larga a la calle porque la madre lo obliga, “Apúrate, debe estar cerca, si te tardas se irá lejos”, el padre sigue diciendo que es imposible, que Danielito nunca salió del consultorio, “¿Y dónde va a estar si no?”, insiste la madre, “vete a buscarlo, yo me quedo aquí”. Finalmente, el padre se va, aprovechando para amenazar al doctor mientras se aleja.

Mientras esperan a la policía, el psiquiatra le explica a la madre, y a la recepcionista, lo que ha pasado, pero apenas ha empezado cuando llegan dos policías, ¡qué rapidez!, ¡qué eficacia!, y tranquilizan a la madre informándole que hay un batallón entero peinando la zona, así que el médico comienza de nuevo, relatando su versión de lo ocurrido. Los policías intentan relajar la tensión, su actitud es la de quien quiere transmitir que es una situación de lo más habitual, los niños desaparecen, sí, a veces pasa, unas veces los encontramos a la vuelta de la esquina, comprando helado, otras veces no los encontramos, ¡sabe!, y otras veces los matan o los descuartizan o los violan, ¡chin! No lo dicen, claro, para no asustar a la madre.

El psiquiatra llega al punto neurálgico de su relato, el gordito le ha dicho que puede desaparecer, irse al no-mundo, meterse en el cuadro. ¡Ah, y tiene pruebas! ¡La grabación! Rescata de su escritorio la grabadora y rebobina la cinta. Después de cuatro intentos localiza el momento exacto en que el niño asevera: *También puedo desaparecer, a veces voy al no-mundo, o sólo desaparezco, puedo hacer muchas cosas, si quiero puedo meterme dentro de ese cuadro, irme a vivir a esa cabaña.* La madre pasa del susto a las lágrimas, ¡es la voz de su niño!, no aguanta más, llora mucho, muchísimo, a gritos, ríos de lágrimas, no un Amazonas, no exageremos, digamos un Usumacinta, ay, ay, ¿dónde está mi niño?, ay, ay.

“¿Ya había desaparecido antes?”, pregunta el médico al ver la reacción de la madre, imaginando que es un episodio recurrente, intuyendo que ahí puede estar su salvación, la manera de evadir responsabilidades.

“¡No!, ¡nunca!, ¿de qué está hablando?”

Suena el celular del psiquiatra, es la voz chillona de su mujer, la segunda, apremiándolo: “Gordo, ¿dónde estás?, se enfría la comida”. El médico corta la comunicación, pero de inmediato vuelve a sonar el teléfono. “¡Gordo, no me cuelgues! ¿Dónde estás?”. “No puedo hablar ahora”, dice el psiquiatra alejándose un poco del grupo, dándoles la espalda, “hay un problema en el consultorio, te llamo luego”, y va a colgar pero se le ocurre

algo, “oye, márcale a tu hermano y dile que me llame, urgente, urgente, que me llame ahora”. “¿A Jorge?”, pregunta su mujer, la segunda, a pesar de que sólo tiene un hermano, “¿qué pasa?, ¿para qué lo necesitas?”. “No puedo hablar, dile a Jorge que me llame ya, ahora”. Y cuelga.

El psiquiatra se gira para reincorporarse al grupo y descubre que se han plantado frente al cuadro y lo miran fijamente, ¿es que se han vuelto locos? “A la mejor se metió a la cabaña”, bromea uno de los policías, pero el otro le da un sopapo silencioso para que se calle. La madre se acerca más y más al cuadro, su nariz tocando prácticamente la tela, levanta la mano derecha, la acerca a la cabaña y sí, sí, se pone a tocar la puerta de la cabaña con el dedo índice, toc, toc, toc. Pausa. Toc, toc, toc. “Señora, por favor...”, empieza a protestar el doctor, pero la madre lo interrumpe, “Usted cállese el pinche hocico”. Toc, toc, toc. Todos miran el cuadro, hasta el médico. En la cabaña, claro, no hay respuesta.

Vuelve el padre con la promesa del batallón de policía de que encontrarán a Danielito. “Hasta que lo encuentren tienen que detenerlo”, ordena a los policías señalando al psiquiatra. “¿Están locos?, yo no hice nada, el niño se ha escapado”, se defiende el médico en tono histérico, y justo en ese momento suena su celular otra vez, en esta ocasión es Jorge, el hermano de su mujer, la segunda. “¿Qué pasa, cuñado?, ¿en qué andas metido?” El médico le explica brevemente lo que está pasando, mientras la madre pone al día al padre con el relato del psiquiatra. “No te muevas, cuñado”, le advierte Jorge, “voy para allá, pero no te muevas, no dejes que te lleven a ningún lado, puede ser un montaje, te van a extorsionar, o te van a demandar y tendrás que pagar daños y perjuicios”. “¿Cómo que un montaje?, ¿y el niño?”, susurra el psiquiatra. “El niño va a aparecer luego, en horas, o en días, depende de lo cabrones que sean los padres, de cuánto dinero quieran sacarte. No te muevas, voy para allá. Ah, y cuidado con los policías, seguro que están metidos”.

El médico corta la comunicación y observa que el padre está descolgando el cuadro. “Eh, ¿qué hace?, ¡deje el cuadro en su lugar!”.

“Nos vamos a la delegación”, anuncia el padre, “comprenderá que no vamos a dejar el cuadro aquí abandonado”.

Los policías se acercan, uno de ellos con las esposas en las manos, le pide que se ponga de espaldas, el otro le ordena que se quite la corbata. “¿La corbata?”. “¡Quítesela, chingado!” El policía de las esposas mira al otro, extrañado, pidiéndole explicaciones, a lo que éste le susurra, “Está chingona, ¿no?”. El policía se guarda la corbata en el bolsillo y el otro inicia el ademán para esposar al psiquiatra. “¿Qué hacen?, ¡yo no hice nada!, ¡cuántas veces tengo que decírselos!, ¡y quiero que se identifiquen!, ¡quiero ver sus placas, sus credenciales!”. “¡De espaldas y cierre el hocico!, ¡me voy a identificar con mis huevos!, ¡agárrele aquí si quiere!”, le grita el primer policía y lo toma del antebrazo. “Déjeme en paz, tengo derecho a un abogado, no pueden hacer nada hasta que llegue mi abogado”. “¿Abogado?, no mame, doctor, ¡tome su abogado!” y lo estrella de frente contra la pared, mientras por la espalda le aplica una llave en el brazo derecho para inmovilizarlo. El segundo policía se conforma con propinarle un par de rechazos en las costillas. “¿No se ha enterado de la gravedad de su situación, doctorcito? Puede ser acusado de secuestro, de desaparición, de asesinato”. “Yo no hice nada, no hice nada, lo juro”, repite el psiquiatra entre sollozos. Suena nuevamente el celular del médico, pero no puede contestar, el teléfono se encuentra en la bolsa de la bata, de donde lo rescata el primer policía. Mira la pantalla, “Debe ser su mujer, doctorcito”, y se ríe, “dice aquí que le llama la Chivis”. Los dos policías se ríen, el primero apaga el teléfono, al tiempo que empiezan a empujar al psiquiatra rumbo a la puerta. “¡Órale, cabrón!, pinche violador de menores, ¡camínele, pinche perverso!”. “¡Nancy!”, grita el psiquiatra mirando a la recepcionista, “quédese aquí, espere a mi cuñado, explíquele todo, llame a mi mujer”.

La madre no le quita la vista de encima al cuadro, que ahora cuelga de la mano derecha del padre. En la cabaña todavía no pasa nada. Las montañas nevadas al fondo continúan impasibles. Y en la parte inferior, el falso y fiero movimiento inmóvil del río sigue su curso, demasiado cerca de la cabaña, a juicio de

la madre, quien reflexiona en que no debería construirse una cabaña tan cerca de un río tan bravo. Comienzan a caminar detrás de los policías.

“¡Cuidado!”, le ordena la madre a su marido, “¡cuidado!, despacito, despacito, no lo agites mucho”.



## Historia\*

Antonio Ortuño

1. Haría mal explicando los motivos profundos que movieron a los invasores, porque no los conozco. Pero me gusta especular. Viví durante años de espaldas a diarios y política, la cabeza metida en las calles como en una cubeta de agua. Eso sí: sé qué películas quiere ver la gente, sé qué juguetes compran los niños. Conozco el tipo de camisetas que hay que comenzar a producir en serie para los pobres porque las usan los ricos. Sé todo lo que se vende y gran parte de lo que se compra, pero ignoro los rostros y nombres de quienes nos gobernaban, de quienes nos gobiernan.

2. Entiendo que el tráfico de drogas, el contrabando de órganos, el secuestro y el homicidio de extranjeros, el estado de anarquía que priva y la migración masiva de miles de parias fueron una cereza tentadora para las bocas del enemigo, que pensó en meterse a fuerza a la casa y apoderarse de lo que pudiera mientras nadie controlaba la puerta.

3. No es simple explicarles a los ciudadanos de un país que debe mandarse un ejército a imponer la calma en un territorio vecino. A la antología de esos pretextos la llamamos Historia Universal.

3.1. Soy solamente el dependiente de un puestecito de *novedades* (artículos sin nada novedoso que justifique el mote) en

\* Este cuento pertenece al libro *La señora Rojo* (Páginas de espuma, Madrid, 2010).

el mercado, pero estudié dos semestres de historia en la universidad. A comparación de los vendedores de los puestos vecinos (uno de ellos me saluda todos los días con las manos llenas de joyas robadas), soy un sabio. Leo. Apláudanme. Gracias.

3.2. A mi país le gusta pensar que vive al margen de la Historia del planeta. Nuestros libros apenas hablan de otra cosa que no sea nuestra vieja y desastrosa Historia.

3.2.1. Nuestra Historia es una continua procesión de invasiones, unas cruentas, otras cómicas. ¿Por qué tendría que haber mejorado nuestra suerte? Apenas pasaron 100 años sin que fuéramos invadidos —el siglo había convertido en estatuas sin interés a todos los que pudimos advertir de la maldad extranjera— y ciertas personas daban por sentado que jamás volveríamos a serlo, que nuestras fronteras se mantendrían impenetrables.

4. Fuimos invadidos por primera vez hace tantos siglos que ni siquiera había un país esperando a los invasores. Desde el primer minuto del nacimiento de la nación estuvimos sometidos al capricho de los conquistadores: nuestro territorio es el pedazo de tierra que conservaron en su lucha con otros como ellos, otros quizá más perversos.

4.1. Los conquistadores, solía decir mi madre, eran hombres blancos como los de mi familia. Deberían ser también equivalentemente ineptos. En cualquier caso acabaron mezclándose con la población nativa y los esclavos y formando esta raza malsana, blanca y morena y negra, que veo por las calles, de la que formo parte aunque mi madre sostenga que nos parecemos a los conquistadores.

4.2. Jamás un extranjero me ha tomado por uno de ellos. Alguna miseria en mi porte, en mis ropas, debe advertirles mi naturaleza.

4.3. En el mercado me llamaron durante años el Güero, porque antes se lo habían dicho a mi padre, un carnicero de ojos claros que aprovechó su pinta refinada para echarse encima de todas las mujeres del lugar, morenas, fofas o pálidas.

4.4. Mi madre vivía encerrada en casa, simulando padecer toda clase de males respiratorios. Parece haber vivido unos cuantos años tranquilos así, quejándose del clima y los malos modales de la sirvienta, aliviada de responsabilidades conyugales. Mi padre llegaba a casa tan cansado de yacer con puesteras que no volvió a ponerle una mano encima.

5. La mayor invasión extranjera de nuestra Historia terminó con la pérdida de la mitad del territorio nacional. La siguiente fue apenas un encontronazo que dejó unos cuantos muertos por lado: una turba se había comido los bollitos de un panadero extranjero y este pidió ayuda a su gobierno, que envió una expedición punitiva. Una tercera impuso un gobierno durante unos años y convirtió (de membrete) esta ruina de país en un Imperio.

5.1. Aquello debió resultarles tan increíble a los habitantes que se rebelaron en masa.

5.2. Uno acepta pasar hambres en una simple república, pero de un Imperio se espera la salvación terrenal y no la perfección de la miseria. (De acuerdo: eso lo pienso sólo yo, que en el fondo añoro el Imperio, su boato y estupidez esencial).

5.3. Los rebeldes derrotaron con muchos trabajos a los invasores, fusilaron al emperador y fundaron una república torpe, corrompida y lánguida, pero al menos coherente.

5.4. A quién se le ocurre llamar Imperio, *su* Imperio, a nuestro pantano.

6. Una de las consecuencias más interesantes de aquella tercera incursión extranjera fue que los soldados invasores, rubios y de

grandes mostachos, engendraron —hipotéticamente— cientos de hijos en el país. Ignoro si resulta posible que tuvieran tiempo o fuerzas como para dedicarse a violar tantas mujeres pero, a partir de su marcha, cada niño rubio que nacía les era atribuido a los coitos irregulares de las nativas con soldados extranjeros.

6.1. Muy probablemente, tales casos, si los hubo, fueron aislados y minoritarios, pero era divertido enunciarlo y los aludidos se ofendían a tal grado —después de todo, los estaban llamando bastardos, palabra que tenía un peso específico dentro de los insultos de la época— que la versión se convirtió en Historia.

6.2. Es probable, también, que mi madre se casara con mi padre imaginándolo descendiente lejano de algún olvidado invasor.

7. Cada vez que hemos tenido una guerra civil, siquiera en escala de conato, alguien se apresura a invadirnos. En nuestra última revolución, por ejemplo, tres expediciones diferentes entraron al país y capturaron provincias enteras sin encontrar resistencia o topando solamente con una oposición simbólica.

8. Yo estudié en una escuela que llevaba el nombre de uno de los héroes que quiso resistir una de aquellas expediciones y fue, por ello, muerto. Naturalmente, era una fea escuela pública. Mi padre tenía el dinero necesario para enviarme a un colegio lleno de niñas de trenzas rubias, pero se negó a cumplirle a mi madre el deseo. Fui inscrito en una primaria federal.

8.1. Un compañero, en tercer grado, llevó a la escuela una revista ilustrada que me reveló el misterio del coito, al que jamás había dedicado un minuto de reflexión. El padre del culpable debió asistir a una junta con la maestra y un psicólogo escolar que fue enviado especialmente por el inspector de la zona. Había sido un error lamentable, dijo el hombre, su hijo tomó sin permiso aquella revista de casa. La maestra y el inspector guardaron un silencio aterrado. Se decidió amonestar verbalmente al niño y olvidar el asunto.

9. Mi padre, supe después, era amigo de aquel hombre asombrado que aceptaba, serenamente, tener el revistero lleno de pornografía. El hombre atendía un puesto de crema y queso junto a nuestra carnicería. Era un sujeto calvo, parlanchín. Como único rasgo notable, solía beberse los viernes una botella entera de licor de plátano mientras escuchaba la radio.

9.1. Tenía una hija bajita y morena con un par de senos inmensos. Ella fue mi primera novia, la primera a la que toqué con alguna certeza de lo que hacía.

9.2. Un viernes, mientras su padre ingería su licor y tarareaba sus canciones, ella me condujo a la bodega del negocio, que tenía acondicionado el segundo piso como oficina. El cremero no cedía la copia de la llave ni a Dios, pero mi novia la obtuvo clandestinamente: había decidido aprovechar el segundo piso para consumir lo que habíamos comenzado e interrumpido tantas veces en rincones oscuros.

9.3. Espejos en todas las paredes y una cama roja: el aspecto era tan equívoco que nos infundió pocos ánimos. Abrimos un cajón y lo encontramos lleno de botes de lubricante. En un segundo cajón estaban los arreos de cuero. Mi novia fue a buscar un vaso de agua y volvió demudada, con un aparato dorado entre las manos. Vibraba.

9.3.1. En un cajón final encontramos las fotos de su padre siendo sodomizado con el aparato por una mujer a quien ninguno de los dos conocíamos. Nos fuimos a consumir nuestro idilio a otra parte.

9.3.2. Años después, cuando el cremero había muerto y mi novia y yo habíamos dejado de dirigirnos la palabra —ella me engañó con un inspector municipal y yo a ella con una vendedora de electrodomésticos— supe que conservaba intacto y en uso el segundo piso de la bodega.

9.3.3. La caja del vibrador dorado, por cierto, estaba encima del escritorio, bien a la vista, en aquella cruz de oficina y mazmorra. El aparato era extranjero y se llamaba *The Pleasure Invader*.

9.3.4. Es decir: El Invasor placentero.

10. Algunas personas sostenían que era imposible que fuéramos invadidos de nuevo. No fue así: de hecho, hemos sido invadidos de nuevo.

11. Lo que se me ocurre, en cuanto sé que el primer soldado extranjero ha cruzado la frontera del norte, es que los hombres fantasearán con que él o sus colegas violen a sus esposas y novias y hermanas y vecinas o hasta a ellos mismos a punta de pistola.

12. Decido asomarme a los diarios en busca de noticias. Visito los bares. Pago tragos lo mismo a fastidiosos incontrolables que a hombres resecos y entregados al mutismo. Debo escuchar a un idiota declarar que sus abuelos eran rubios, “tenían aire de provincia” y descendían de invasores.

12.1. Alguien, un joven y obeso profesor con mucho whisky en las venas, me envía a leer a Shakespeare. Tengo la sangre fría de meterme a una biblioteca, pedir el ajado ejemplar y dar con la cita. “Las damas de Francia esperan que seamos desplazados para ofrecerse a los ingleses y restaurar Francia con hijos bastardos”. Tal cosa dice el Delfín. Tal cosa temen y desean todos en este país. Quieren niños rubios, aunque sean de otros.

12.2. Corroboro mi teoría. ¿Cuál es mi teoría? Que a mis compatriotas los excita la posibilidad de que los extranjeros les quiten a sus mujeres. No puede saberse por ahora si la fantasía les encogerá los testículos o si, por el contrario, les causará palpitaciones demoniacas.

12.3. Salgo a la calle. Ofrezco pequeñas sumas de dinero a colegialas con apariencia de haber alcanzado el dominio de la química orgánica a fuerza de felaciones, ayudo con las bolsas del mercado a matronas malhabladas y obsequio cigarrillos en los cafés a treintonas en busca de alguien que las lleve al cine. Descubro que la mayor parte de las mujeres no están interesadas en los extranjeros y siguen pensando en sus novios, maridos, amigos. Quizá, como las hembras de ciertas tribus salvajes, no se sientan merecedoras de nada más que de un macho de su estirpe. O quizá sean sinceramente indistintas. Un matiz: a todas les gustan los niños rubios.

13. Los soldados extranjeros son pálidos, altos y estúpidos. Su fiereza hace irrelevante su bobería. Son veloces para avanzar y disparar. Leo en una revista (he comenzado a leerlas) que son, por otro lado, sujetos sensibleros que mandan retratos a sus familias, tiemblan de miedo en sus tiendas de campaña y sueñan anémicamente con que las muchachas del país les abran los brazos, sonrían, los conduzcan a un lecho arrebatado y los hagan gemir.

13.1. Otros mandan a sus amigos fotografías de nativas desnudas, con trenzas y bocas ávidas y vulvas como gatos negros. Otros prefieren enviar retratos de nativos cosidos a tiros, a los que les ponen el pie encima, como cazadores que cobraron un buen ciervo.

13.2. Los extranjeros dicen que van a restablecer el orden en el país. En sus programas de televisión, los soldados aseguran que lo que buscan en la vida son el amor y la felicidad. Eso significa que están dispuestos a disparar a todo lo que se mueva con tal de salvar sus comodidades futuras.

13.3. O quizá, como Aquiles, aprendan a leer el amor en las miradas postreras de las chicas que matan. (He vuelto a la biblioteca y no me avergüenza decirlo. Que se apene la gente que escucha la radio mientras se embriaga con licor de plátano, no aquella que aún se asoma a la *Ilíada*).

13.4. Las primeras operaciones invasoras son de una velocidad inesperada. Nuestro ejército deserta en masa en la frontera, luego de algunas desastrosas escaramuzas.

13.5. Cuando la gente abuchea el paso de los reclutas forzosos que son enviados a sustituir a los traidores, no sospecha que quizá aquellos sujetos aterrados se convertirán en héroes populares al paso de unos siglos y sus nombres serán los de las feas escuelas del futuro.

13.6. Nunca se sabrá con precisión si algunos de ellos, los más bélicos, son miembros de los grupos armados ya existentes o si es que algún espíritu santo transmutará su alma de camino al norte, pero las unidades de reclutas eluden el avance de las columnas enemigas, atacan con saña un puesto fronterizo (cuelgan a los centinelas por los pulgares) y se internan en territorio extranjero.

13.7. La imaginación popular asegura que formarán una guerrilla en el país invasor y hostilizarán con éxito a las poblaciones enemigas. Yo sospecho, por haberlo oído del padre de un recluta en una cantina, que la mayor parte de ellos se dedicará a buscar empleo como jardinero, plomero o electricista. Si conservan el ímpetu guerrero será, tan sólo, para convertirse en criminales.

13.8. El país queda, pues, indefenso. Los soldados extranjeros forman pequeños contingentes para controlar cada ciudad de mediana importancia. Su general en jefe recibe los poderes de gobierno de manos de nuestro presidente, menos de un mes después del comienzo de la invasión.

14. La ocupación había sido predicha por pensadores progresistas, según me cuenta un entusiasta, hace ya 75 años. Quienes emitieron la sentencia han muerto, pero sus descendientes se apresuraron a reclamar la gloria de la precognición de sus antepasados. Qué abnegación, pronosticar durante siete de-

cenios y medio, sin falta, lo que sucedería y no ser atendidos jamás.

15. Mi padre nunca intentó inmiscuirse en política: se limitó a cortar carne en su local y a votar por los candidatos perdedores en cada elección convocada.

16. Han llegado los invasores. El tanque, voluminoso y verde, ocupa toda la calle. El puestero vecino corre y me llama a seguirlo. Alguien apaga las luces del mercado. Un portazo y la oscuridad. Mi torpeza, acrecentada por el miedo, hace que me enganche en el metal de la escalera. El miedo a caer. El miedo a quedarse. Hay un tanque frente a la puerta y escuchamos los chirridos del cañón al adoptar la posición de tiro. Está centran-do la fachada del edificio.

17. El muchacho que me ayuda con el puesto no vino. Ni siquiera el día del Apocalipsis es capaz de aparecer cuando se le pide. Comerciantes y clientes, hermanados por una vez, huimos. Mientras nos deslizamos entre pasillos y portones imagino que alguna de nuestras colegas, alguna de las chicas que venden jugos, por ejemplo, estará detenida y será despojada de las ropas por manos pálidas e indistintas para ser entregada a los vicios de los soldados. Cabellos amarillos, fauces rojas.

17.1. ¿La violarían aunque fuera rubia? Alguna de las chicas de los jugos era rubia. Lo recuerdo. Otra invasora.

18. Escalamos a los tendedores de un edificio vecino y nos ocultamos entre las ropas. Al final de un pasadizo conformado por sábanas y calzones hay unas escaleras que descienden a la calle trasera. Con suerte no habrá otro tanque esperándome. De lo contrario, nos detendrán y matarán. Aunque no he podido dejar de pensar que soy blanco y deberían respetarme. El puestero que me acompaña no es blanco. ¿Lo abandonaré? ¿Llamaré a los invasores y les diré: “Como podrán observar, mi amigo no es como nosotros”?

19. Dicen que cuando están cerca los extranjeros, siempre huele a lo mismo, al blanqueador de sus uniformes. Incluso su mierda debe oler a blanqueador.

19.1. Los invasores son altos, fornidos, y más limpios que nosotros. Pero no van a alcanzarnos. Bajamos las escaleras metálicas al trote. No es momento para la discreción y nuestros pies resuenan. No hay tanques. Despunta la esperanza al fondo de la garganta cerrada.

19.2. El puestero cruza la calle en tres zancadas y se lanza por una callejuela convenientemente oscura. Lo sigo, sin aliento, moviendo los pies porque cómo se les detiene cuando uno teme ser acibillado.

19.3. La de los jugos estará desnuda en manos de algún artillero, en la trastienda de una verdulería, las faldas en el cuello. Invadida.

19.4. Creo que si pudiera correr a casa de mi padre, éste sería un buen momento. Pero me sofocaré antes, caeré muerto, sin necesidad de que me disparen. Ya siento el dolor mortífero naciéndome entre las costillas.

19.5. “Deja de voltear”, gruñe el puestero, dos metros por delante de mí. Tengo las cintas de los zapatos desamarradas y cualquier persona sensata me daría un minuto para anudarlas antes de proseguir. Lloro. No puedo evitarlo, como no puedo evitar mordirme las heridas en la boca una y otra vez hasta que vuelven a abrir.

19.6. Una nube de cristal y polvo avisa que el tanque ha volado la fachada del mercado. El estruendo llega un segundo después y nos derriba.

19.7. Imagino que aparecerán en cualquier momento, los invasores, con sus rifles de precisión y escucharé el silbido de

los disparos junto a la cabeza. Se marcarán pequeños cráteres entre mis pies. Pero no aparece nadie, nos perdemos por la callejuela y no me detengo aunque soy blanco, no me detengo hasta que el puestero trastabilla y encontramos otro edificio donde meternos. Decenas de bolsas de basura destripadas en la entrada, leones de piedra que custodian el paso.

20. Escuchamos el zumbido de los helicópteros. Con fatiga, resoplando como ancianos, subimos los escalones. Tocamos una puerta, cualquiera. Nadie abre. Un potente olor a blanqueador infecta el aire. Serán ellos, que llegan. Finalmente, cede una puerta. Es una joven gorda y renegrida quien nos abre, el cabello teñido de rubio y los dientes cubiertos por casquillos de oro. Se sonríe ante nuestro miedo y nos franquea el paso.

Un minuto después, cuando diga que se llama Patria, volveré a llorar.



## La condición posnorteña\*

Carlos Velásquez

*Nací norteño hasta el tope.*

Cuco Sánchez

1.

Y:

—Mis botas.

—¿Eh?

—¿Mi alma, ha visto usted mis botas de piel de güevo de piojo? Se acuerda de ese par, ¿edá?

—Ei.

—¿On tan?

—Ay, Paulino. Se te va la tonada. Eran de Biblia Vaquera. Nunca has tenido botas de piojo.

—Pos ésas. Échemelas, que me las quiero encajar.

—Te las acabastes. ¿No te acuerdas? No te las quitabas ni pa treparte a sacudir el mezquite.

—Es que esas eran botas y no estos ingratos zancos que me tienen el paso todo desgraciado.

—Quítatelas. Las cargas como a la culpa. Deja que la pata agarre aire.

—Luego, ¿cómo pego brinco?

—Ponte otras.

—¿Cuáles?

—Tas como las viejas, tú. Tienes el armario amurallao de cajas de botas y no te decides. ¿Qué, no hallas unas que te combinen con el pantalón?

\* Este cuento pertenece al libro *La Biblia Vaquera* (Sexto Piso, México, 2011).

—Pos todas esas mulas están igual de rengas que éstas.

—Estrénate unas. Quién quita y un par no te salgan broncas y las amansas.

—No. Mejor me voy a comprar otras.

—Ay no, Paulino. ¿Más botas? Ya no caben en el armario. Ónde voy a meter mis zapatos y mis vestidos.

—Usté no se apure, mi alma. Le fabricamos un doble fondo para que arrechole su chanclerío y sus disfraces. Se lo fabricamos como a las trocas se los provocan pa transportar la mota.

## 2.

En calidad de mientras, El Viejo Paulino, desatendido de las peticiones de su dama, por no dejar, se presentó todo asoleado en el changarro Botas Roca. Ciudadano distinguido de San Pedroburgo como era El Viejo, fue atendido por una de las enciclopedias andantes de las botas estilo norteño.

—Don Paulino, ¿qué lo trae por acá?

—Ah qué pelao tan baboso. Pos vine a escoger unas botas, zonzo.

—Me acaban de llegar las de contrabando. Pura novedad, don Paulino, pura novedad.

—Sácalas todas. Quiero mirarlas todas, hasta las exóticas.

—Mire qué sabrosura, lomo de ballena azul, certificada. En qué calibre se las muestro. O éstas, aprecie, de auténtico nosferatu en celo. Pruébeselas. También me surtieron de dragón de Komodo. Vea, vea qué hermosura.

—Tas tonto tú, pelao. Ésas parecen de luchador.

—Le voy a enseñar las de delfín de río.

—Párale, párale. Yo ando buscando unas de Biblia Vaquera.

—Ah, qué don Paulino. Se le olvida la tonada. Ya no las fabrican. Las sacaron del mercado porque dañaban la capa de ozono.

## 3.

—Te lo advertí, Paulino. Pero le pierdes el acorde a la tonada. Botas de piel de Biblia Vaquera ya no hay en el mundo.

—Tiene usted razón, mi alma. Las dos pedradas son pa un solo pájaro: ni me consiguen las botas, ni pude toparme con unas que me destaparan la gracia.

—Paulino, no seas anestesiado, usa cualquier par de las depositadas en el armario. Nunca está de más.

—No, mi alma. Ésas permanecerán inéditas.

—Entonces, ¿pa qué las compraste?

—Ah, qué mi vieja. El valor de algunas botas consiste precisamente en eso, en mantenerse intactas. En cuanto me las ponga, voy a desheredarlas de todo su encanto.

—Oye, Paulino, si ya no las producen de maquila, ¿por qué no te las hacen a mano?

—Eso mismo pedía yo, unas de confección casera. El problema es la piel. Anda escasa. Dizque La Biblia Vaquera está en peligro de extinción.

—¿Y si las mandas inculcar a McAllen?

—Tampoco en Texas la disfrutaban. Canija piel, se la cargó el payaso.

—Sin llorar. Resígnate, Paulino.

—Qué me voy a resignar ni qué jijos de la china Hilaria. Yo soy más cabrón que bien parecido y voy a tener mis botas de piel de Biblia Vaquera aunque tenga que venderle mi alma al Diablo.

—Ay, Paulino. Se te va la tonada. ¿Otra vez? ¿Cuántas veces le has vendido tu alma al Diablo?

—Ya sé, pero pedo no cuenta. Esta vez se la voy a ofertar en mi juicio. Pedo no cuenta. Pedo no cuenta.

#### 4.

Tan codiciadas botas, por fin se participaron. Sólo que en patas de otro.

Se anunció como festejo de carne asada por todo San Pedro, Capital Federal. Un juereño se anda comentando con unas botas que si no son de Biblia Vaquera, al menos dan la finta de aproximación.

El Viejo Paulino, sobra de suponerse, negociación en gramo, con paso imperfecto se cooperó frente al fulano pa mentarle que las botas le entonaban pa organizarse un corrido.

—Usté indulgente la querella compa, ¿pero la cáscara de esas trancas es piel de Biblia Vaquera original?

—Sí, no son piratas.

—¿Original original?

—Calidad ISO.

—¿Ónde las levantó?

—En el infierno.

—¿Ónde?

—En la zapatería El Infierno.

—¿Y qué rodada son, oiga?

—7 y tres octavos.

—Mire. Yo soy 7 y un pellizquito. ¿Me deja montarlas?

—A cómo chingaos no, don Paulino. Con fe.

—Jijo e su.

—¿Qués, don Paulino?

—Inconsecuentes trancas, no me entran, pos qué tornillo les apretastes, pelao. Si sólo les falta una mami de alacrán pa ser de mi empeinada.

—Sepa. Porque nuevas nuevas han dejado de ser. Ya se aguangaron.

—Ira ira. Una nadita y chorrean melcocha.

—Ah, qué don Paulino. Se le va la tonada. Usté sabe que las botanas de Biblia Vaquera si no son hechas al pelo se rajan, se desafueran de sus obligaciones. No se dejan tentar ni por los pies del sol.

5.

—Mi alma.

—Dime, Paulino.

—Me voy de viaje.

—¿Tan temprano? Ay, Paulino. No te arrecies con esa melodía.

—Mi alma, mi afición a las botas no pasará al olvido.

—¿Ya almorzaste?

—No.

—Te preparo unos tacos de arrachera pal camino.

—No me acompleta el tiempo. Los caballos permanecen en sus sillas y mis hombres ya están estrictos pa consagrarse a la emprendida.

—Ay, Paulino. Se te escapa la tonada. Cuando se va de chopin, no es congraciante que no te baile ni un frijol en los dos kilómetros de tripa que te coexisten.

—Ah, qué mi alma. Ésas son cosas de viejas. Yo sólo salgo por un par de botas.

—Oriéntate, Paulino. Es de riesgo. Pronosticaron el aporte del frente frío número ocho. Es de atenerse.

—No presuponga, mi alma. Esos eruditos del clima siempre profetizan errado. Están paralelos a los apostadores en las galladas. Se asumen siempre por el gallo equivocado.

—Ojalá. Ojalá y no atestigües una helada y te me enfermes de la friolera.

—Ni lo proclame, mi alma. No se desfile, voy a representármele ileso. Recuerde que a la enfriada, con un depósito de un kilo de tequila, doble poncho y sarape se le espanta.

## 6.

—No toy cachuqueando, don Paulino. Se le extravía la tonada. Ya le arremetí que asegún las leyes, pelos y señas del juereño, aquí merito debía anticiparse el negocio la zapatería El Infierno.

—¿Tas seguro?

—Deatiro. En este lugar debería perdurar el establecimiento.

—Hay que indagar profundo.

—Ya rebuscamos requete bien duro a través del paisaje. Nostá.

—¿Tas sin equivocación de que son las coordenadas?

—Sí, patrón. Mire: pa más certezas, ai tan la encrucijada, las vías del tren y el tabaretito onde venden la carne seca. Enfrentito debía pertenecerse El Infierno.

—¿Y qué compartió el tabaretero?

—Que no existe tal latitud pa lo que buscamos. Que ya se lo informó a toda la caballada. Que un páramo no es idóneo pa una zapatería. Que aquí nunca ha guarecido El Infierno. Ni de vacaciones.

—¿No la estaremos cajetiando? ¿No será adelantando la loma?

—No, don Paulino. Pisamos en lo certero. Ai se figura el negro. Acuérdesse de lo que soltó el juereño. En la encrucijada, onde se ve el negro tocando la guitarra de palo, ai se consiste El Infierno.

7.

—Se te va la tonada, Paulino. Pos por la trotadera. Vi a lo lejos la cuadrilla y supe que eras tú.

—No dimos con el changarro, mi alma.

—Y cómo querías atinarle, si no te contribuyes nada. Te fuiste sin escapulario, sin almuerzo y sin mapa.

—Nos equipamos con una brújula. Sólo que se descompuso en la encrucijada. No se convencía a señalar sur al sur o norte al norte.

—Ay, Paulino, te he dicho que pa orientarse están la metida del sol, la posición de las estrellas y la caricia del aire en un dedo impregnado de baba.

8.

—He sido de todo en la vida: coleccionador de caballos, de botas y gallos finos. Pero nunca un desertor.

—Ya, Paulino. Olvídate de las botas.

—No, mi alma. No me venzo.

—Ay, Paulino. Refórmate. Se te va la tonada. ¿Y cuando prometiste componerle un corrido al cuatrero que emboscaron en Buenos Aires, Coahuila?

—Es que pensé con argucia. Yo estoy pa que me compongan, no pa cantarles a otros.

—Desiste, Paulino. Las botas de Biblia Vaquera tan discontinuadas. Las retiraron del mercado porque sólo tú las procurabas.

—Antes desaparezco, mi alma.

—Convécete.

—No. Ando decidido. Tengo que vender mi alma al Diablo.

—Tas loco, tú.

—Voy a vender mi alma al Diablo. Voy a vendérsela como las trocas: toda o en partes.

—¿Es en serio, Paulino?

—Sí, mi alma.

—¿Y tú crees eso?

—¿Creer qué?

—Que Satanás va a venir corriendo como Chabelo a hacerte una catafixia.

—Por qué no. Cada quien sus vicios. Ai ta la valseada del Cojo Martínez. Se paseó 20 años en una silla de ruedas y luego de una platicadita con el Chamuco ai andaba ejemplificando con la bailada el par de piernas que recibió a cambio de un anillo de compromiso.

—Ay, Paulino. Se te va la tonada. Se te cuarteó la azotea. Eso es materia de corridos. Sólo ocurre en los corridos. Paulino, los corridos no son el equivalente de la realidad.

9.

—Me insinué dos noches en el espinazo, grite y grite, y el Diablo no acudió.

—¿Usted solo, don Paulino?

—Solito y aun así me obligué cuatro cajetillas de cigarros.

—¿Y tequila?

—Dos kilos de ayuda. Se obtiene un frío cabrón ai en la intemperie, invocando. Aprovecho: sírveme otra. Doble. Cómo cuál, zonzos, del que tomaba Pedro Infante. Tradicional.

—Ah, qué don Paulino. Se le perfidia la tonada. Todos conocen que el Diablo periferia a la media noche por una calle del Cerro de la Cruz. Usted se hace persona y, si hay fila, no la completa. Se antepone con su acreditación: El Viejo Palvino, compositor de corridos, y expone su bronca.

—Fíjate. Y yo puliéndome.

—¿Y es sincero eso de que va a rematarle su alma al Diablo?

—Por supuesto que no, zonzos. ¿Luego de ónde me brotan los corridos?

—Y qué le va a ofrecer.

—Un pediquiur pa su pata de gallo y una herradura en mi niatura pa su pata de cabra.

—Ah, qué don Paulino. Usté siempre en la burlona.

—No te creas, güey. Le voy a ingerir algo que no me va a retroceder. A la alazana. La más hermosa de mis yeguas. Se le va a engordar el ojo. Va a aceptar. Va a aceptarla porque nadie, ni siquiera el Diablo, ha poseído una yegua tan preciosa.

10.

—¿Quién anda aí?

—Yo.

—Ah, eres tú, Paulino. Cómo andas.

—Como cuando maté al finado.

—¿Y ya se te quitó lo borrachito?

—Ni madres, ni que fuera sarampión.

—¿Y qué se te trae por acá?

—Vengo a venderte mi alma.

—Újule no, mira nomás cómo vienes, ahogao, hasta las manitas.

—Pos ando de parranda, güey.

—Sí, ya te vi, pero yo así no hago tratos. Ve a que se te baje la avioneta y cuando estés en tu juicio échate la vuelta pacá.

—No, pos de una vez. En caliente. Lo que vaya a percutirse que se vaya remojando en Ace. Pa qué me haces ir y volver de oquis.

—Paulino, tú no entiendes, se te descompone la tonada. ¿Cuántas veces has venido a ofrecerme tu alma? Siempre hasta el mecate. Vete a tu casa. Ya duérmete, puro vicio. Vente sobrio. Ya sabes que pedo no cuenta. Pedo no cuenta.

—Ah, qué pinche Diablo tan joto. Diuna vez. No me rajo. No aseguran que los niños y los borrachos dicen siempre la verdad. Pinche viejo cascarrabias.

11.

—Next.

—Buenas noches.

—Ah, eres tú, Paulino. ¿Cómo vienes?

—Fresquecito. Sobrio. Acabadito de bañar.

—Ora sí, ¿cuál es tu asunto?

—Vengo a malbaratarle una yegua por un par de botas de piel de Biblia Vaquera.

—No me interesa. Siguiente.

—Pero es de alcurmia. Pura sangre. Mírele la arrogancia.

—Sí, se ve, el penco es de sangre azul, pero no tengo buena mano con los animales y las plantas. Se me va a perecer.

—Entonces le ofrendo mi alma.

—Tampoco me interesa.

—Los derechos de autor de todas mis canciones.

—Soy innorteñible. No me gustan los corridos ni la música norteña.

—No almaceno más. No tengo otros privilegios que inducirle.

—Sí tienes: tu mujer.

—Tas orate tú, compa. Si mi vieja se entera de que ando traficando con su alma, me carga la puritita chingada.

—No me interesa su alma. Sólo quiero acostarme con ella una vez.

—No tienes remedio tú, bato. Tas retorcido. No aceptaría. Primero me mata.

—Insístele. Hasta que la convenzas.

—Ni te creas. Si se lo embarro, lo mínimo que se me diagnostica es que de ojete y culero no me va a bajar el resto de nuestras vidas.

12.

Anda cruzado el pelao

*Obra en un acto*

*Personajes: El Diablo y El Viejo Paulino*

*Camino en el campo, con árbol.*

*Anochecer.*

*Paulino, sentado en el suelo, está llenando un tanque.  
Se esfuerza haciéndolo con ambas manos, fatigosamente.*

*Se detiene, agotado, descansa, jadea, suelta el aire.*

*Repite los mismos gestos.*

*Entra El Diablo (el público aplaude).*

EL DIABLO: Epa. Para ser alguien acostumbrao al perico y la mota, ya estás bien arreglao, Paulino. ¿Te cruzaste, o qué?

PAULINO: Mejor ¿o qué?

EL DIABLO: Te ves cansado, mi Estilos. ¿Qué te aflige, Viejo?

PAULINO: Mi mujer.

EL DIABLO: Ah, qué Paulino. Se te derrama la tonada. Con esas piernas tu mujer aflige a cualquiera.

PAULINO: Incluido tú. El mismísimo Satanás. El menos clandestino de los clientes de las salas de masajes.

EL DIABLO: Incluso a mí.

PAULINO: ¿Nos fumamos otro churro de mota?

EL DIABLO: Pos luego. Para estabilizarnos. Y aparte de esta yerba, ¿cuál te está intoxicando, pelao?

PAULINO: Mi mujer, que anda de subversiva. Encima de que no concede a revolcarse contigo, me soltó que quiere estirarse al baile de Valentín Elizalde. Yo no la voy a llevar. Me entran ganas de involucrarle una yombina. A ver si se da una calentadita y me hago de las botas.

EL DIABLO: Yo coopero con una receta más fácil. Vamos a afortunar una farsa: me auspicias en tu casa a medirnos al pócar. Apostamos tu dinero y lo pierdes. Todos tus bienes y los pierdes. Al final nos jugamos el acostón con tu mujer y pierdes.

PAULINO: No creo que acepte. No es muy devota de la baraja.

EL DIABLO: Tú le indicas que los voy a despojar de todo. Que si consiente, les reconsideraré la deuda. Que afloje y no los echo a la calle.

13.

—¿Ónde fue?

—En la cantina de la Mole.

—Ay, Paulino. Si se te va la tonada, pa qué apuestas.

—¿Entonces qué, mi alma?

—No Paulino. Yo no soy elaboración de corrido. A mí no me vas a entesorar con niun tahúr.

—Pero si usted se aprieta no volveremos nunca a conquistar una cena en El Rey del Cabrito. Nomás una nohecita, mi alma. Es buena persona.

—Decente que fuera. ¿Tú crees que estoy pa que me promuevas a intercambio como si fuera cacahuates?

—Con eso quedaría cubierta la deuda. Hasta me saldría debiendo el güey.

—Paulino, dime la verdá. ¿Cuánto perdiste?

—Todo.

—¿También el Nacimiento?

—También esos pinches monos de yeso.

—Porcelana, son de porcelana.

—De lo que sean. Tan reojetes, pinches monos.

—Tas enfermo, Paulino. Me niego a acostarme con un desconocido pa enderezar tu regazón. Me largo. Me voy a casa de mi mamá. Quiero el divorcio.

—¿Y qué ganas? No tengo nada. Ni el rancho ni los derechos de las canciones ni mis canas. En cambio, si te apaciguaras y te despilfarras tantito con el tahúr, aquí no ha pasado nada.

—Paulino, dime la verdá. ¿Cuánto perdiste?

—Todo. Hasta la mugre de las uñas.

—Bueno. Está bien. Voy a dar mi brazo a torcer. Conste que sólo lo hago pa no quedarnos en la pobreza. Las cosas van a cambiar mucho en esta casa, Paulino. Pero dile al señor ese que no es seguro que le voy a emprestar mi cuerpo. Déjale muy claro que sólo le voy a aceptar una invitación al baile de Valentín Elizalde. Luego ya veremos.

#### 14.

—No me vengas con mamadas de película de Vicente Fernández, Paulino. Deudas de juego son deudas de honor. No seas mamón.

—Yo ya cumplí con lo pactado. Ora ste toca a ti, pendejo.

—No seas necio.

—Mi parte está hecha. Te va a acompañar al baile. De ti depende llevártela a la cama.

—Que no, Paulino. Hasta que no me afloje tu vieja no lucirás esta temporada primavera-verano botas de Biblia Vaquera. Tal fue la condición.

—La única condición que yo valido es la del norte. La condición norteña. La de todos los pelaos que cuando se involucran en acuerdos no se fruncen. Pinche Diablo, pa eso me gustabas.

—Ah, qué Paulino éste. Se te va la tonada. Dando y dando. Espérate a aquellito y te amanezco las botas. Además, te voy a regresar a tu mujer girita girita. Contentita. Bien atendida.

—Mira, puto. Podrás ser el Diablo, pero a mí me la pelas. Sin botas no hay trato. Y como me vuelvas a decir que se me va la tonada te parto tu madre.

### 15.

—No exagere, mi alma.

—Cómo no, Paulino, si al tahúr ése le debías hasta la machaca.

—Ni tanto.

—Esto tuvo que ser intervención de un santo.

—No enfame, mi alma. Son gajos del oficio de la jugada. Se cobrará con otro.

—Ay, Paulino. Se te va la tonada en regar mantequilla. Te peló en la tirada y nos dejó sin cuacada, sin propiedades y sin corridos. Y de repente, sin argumentar nada, emprende retirada. Se marchó sin reclamar la velada. Esto tuvo que ser intervención de un santo.

—Santígüese, mi alma. Santígüese. Lo importante es que usted ya no tiene que promocionarle nada al tahúr. Ni a ese ni a niuno.

—Paulino.

—¿Eu?

—¿Entonces, ya no voy a ir al baile de Valentín Elizalde?

—Pos no.

—Paulino.

—¿Eu?

—Llévame.

—No, ni madres. ¿Yo qué chingaos voy a andar en un baile del maricón ese?

—Ay, Paulino. Dame permiso, pues.

—No.

—Órale, no voy sola. Que me custodie mi hermana. Ándale. Por qué no quieres. No me va a pasar nada.

—Usté cómo sabe, mi alma. No. Le prohíbo que se interfiera en el baile. Temo por usted. El Diablo onde quiera anda.

16.

—El Gran Marqués.

—¿En cuál?

—En el Gran Marqués.

—No. Vámonos en la troca.

—Por qué.

—Nos va a sospechar. Cuando no vea el carro gris, sabrá que nos apuntamos al baile. Mejor en taxi.

—Ay, hermana, ya estás como Paulino. Se te va la tonada. El que nada fuma, no alucina. Si pedimos taxi, nos apropiamos de delito.

—¿Y a pie?

—Qué. Tas loca.

—Es en la Terraza Riviera. Está aquí cerquita.

—No. Nos trepamos en el Marqués y a tupirle al taconazo.

—Tengo miedo. Si tu marido nos atrapa, nos alisa a cue-razos. Me madrea la cirugía. Ni los dólares que me dejé en Jiuston.

—No seas panchenta. No se va a enterar. No creo que Paulino se entosque tanto si nos descubre.

—¿Y si nos pasa algo?

—Qué nos va a pasar. Quién se va a fijar en dos vaqueritas entre tanta multitud.

17.

—Perdóname Paulino.

—No se me apachurre, mi alma. Tranquilícese.

—El doctor dijo que no tengo que quedarme internada niun día. Las quemaduras fueron de segundo grado. Puedo recuperarme en casa.

—Usté no se atiricie. Descanse.

—Paulino. Perdóname.

—La perdono. Pero repose, repose. No se altere, mi alma.

—Yo cómo iba a saber que el gorrudo del baile traía de fuego el trazo.

—¿Cómo era el pelao?

—Normal. De botas, cinto piteao y hebilla de veinte centímetros de diámetro.

—¿Y cómo se llama?

—No sé. No me dijo su nombre. Se me acercó y me pescó pal bailongo. En la segunda pieza, me comenzó a quemar repúpido el cuerpo de onde me tenía apretujada.

—Y qué siguió. ¿Por qué no pidió socorro?

—Si lo hice. Pegué chico gritote. Eso fue después de que le mirara los pies. No eran de humano. Tenía una pata de chivo y otra de gallo.

—Ah, cabrón.

—Varios sombrerudos sacaron sus pistolas y sonaron balazos a lo macizo. Nadie supo pa ónde ganó. El Chamuco sólo se apersonó para tatemarme y desapareció.

—Tranquilita, mi alma. Ya pasó.

—Paulino.

—¿Eu?

—Ora ya me puedes escribir un corrido. Salí en todos los periódicos. Antes muerta que sencilla: El Diablo la sacó a bailar.

—Se lo compongo, mi alma.

—Paulino.

—¿Eu?

—Hace más rato vino un enfermero con unas botas idénticas a las que usté persigue.

—Ah sí. Las guaché en un aparador cuando venía pal hospital.

—¿Las están vendiendo otra vez?

—Ei. El encargao de la zapatería me dijo que las tan fabricando otra vez.

—¿Y por qué no se compró unas? Tanto las quería.

—Es que se me fue la tonada, mi alma. Ya sabe que se me va la tonada. Se me va la tonada.



## Fictio Legis

Valeria Luiselli

El jurista romano Modestino describe el matrimonio como la unión eterna entre varón y hembra – fincado en la ley divina y humana. Fastuosas dádivas de la familia de la hembra acompañan obligatoriamente el festejo de la alianza. Sin embargo, según la ley promulgada por César Augusto, si la hembra se enlazara con un eunuco, la familia de ésta queda exenta de la gravosa dote. En la opinión del padre de la mujer de Tachi, el varón que usurpó la divina joya de su corona era precisamente un eunuco. En sus propias palabras: Un pinche mayate. Pero en realidad Tachi es nomás pálido, bajo de estatura, y un poco melancólico.

Noto con cierta ansiedad la i griega de una vena azul – que brota – generosa de sangre aristocrática – a lo largo de su cuello traslúcido cuando con mucho y vano esfuerzo trata de elevar su mochila para depositarla en el compartimiento superior de la nave – en lenguaje aeronáutico – o Arribita – a decir de su mujer – que tiene que entrar al quite y ayudar con los chunches: Tachi, ¿por qué siempre te traes tantos chunches?

La pareja se sienta directamente detrás de nosotros. Chascan casi simultáneas las cuatro hebillas metálicas. Chasca una quinta hebilla de un pasajero sentado en el asiento opuesto al de ella – del otro lado del pasillo.

Apenas pasa por última vez la aeromoza – una sevillana autoritaria, un poco pasada de peso y definitivamente demasiado madura de edad para usar bráquets – me desabrocho el cinturón y me echo encima la cobijita.

¿En México se le dice frazada a la cobijita ésta? – le pregunto a mi marido.

Se le dice cobijita de avión – responde.

La azafata sevillana anuncia la inminente salida del vuelo. Serán 11 horas con 55 minutos de viaje – está estrictamente prohibido fumar incluso, o sobre todo, en los baños – debemos apagar de inmediato nuestros aparatos electrónicos.

Antes de apagar mi teléfono, entro al Instagram. Los hipsters en el Distrito Federal leen a Allen Ginsberg en ediciones que compraron de segunda mano – el mundo de ahí afuera está mejor aquí adentro – dicen *roommates* en vez de compañeros de piso – tienen compañeros de piso – luz del verano de 1968 – un mundo perpetuado – congelado – convertido en *app* – pero ya nadie sabe dónde queda afuera y dónde adentro.

El avión avanza pesadamente sobre la pista.

Tachi había tenido un momento de gloria, aprendemos a la hora cero del vuelo, cuando empieza el video pedagógico sobre los posibles desastres. A los veintitrés años trabajó durante seis meses en una cabina de radio. Las salidas de emergencia están a ambos lados – derecha – izquierda. No tanto en la cabina de radio como cerca de ella – más afuera que adentro – en respaldo y producción para ser precisos. Es importante colocarle a los niños la máscara de oxígeno después y nunca antes de colocársela uno mismo. Pero en cierta ocasión había entrevistado a un político. No había sido realmente una entrevista – pero casi, asegura Tachi. Sigue el dibujo animado de las resbaladillas amarillas inflables, que siempre han despertado en mí las ganas de que ocurra un desastre imprevisto durante el viaje – un acuatizaje con final feliz. Tachi le había expresado su admiración y el político le había tocado – a cambio – el filo del hombro izquierdo. Este mismo político había sido delegado, diputado, secretario de Estado, gobernador de un estado importante y casi candidato presidencial. No se acordaba ahora en cuál estado había gobernado – pero creía – estaba casi seguro – de que era un estado muy próspero – bonito – importante. Su esposa estuvo de acuerdo – pero tampoco se acordaba del nombre

del político y mucho menos del nombre del estado. Se nos desea un feliz viaje.

¿De qué político hablará? — me pregunta al oído mi marido, que entrelee un periódico español en el asiento junto al mío.

No sé — le digo — tal vez de Hank González.

Pobre España — suspira — pasando la página — está casi peor que México.

¿Estás seguro de que no se le dice frazada? — vuelvo a insistirle.

En México se le dice cobijita de avión.

Me vuelvo a abrochar el cinturón debajo de la cobijita — no vaya a ser que la sevillana vuelva a pasar y me amoneste.

No es que importara el nombre del estado ni el del político, pues quien escucha el relato de Tachi es Hans, un pasajero de unos sesenta y tantos años — juzgando por la aspereza y el aplomo de su voz — que va sentado del otro lado del pasillo, en el primer asiento de la terrible fila de en medio. En esa fila uno no se debería nunca de sentar: si el avión choca y viajas en esa fila es muerte segura — mueres aplastado por los compartimientos superiores abarrotados de chunches — todos lo saben.

Tachi en ventanilla — su mujer — el pasillo — y un pasajero llamado Hans. Nosotros dos — yo pasillo, él ventana — en los asientos directamente enfrente de la pareja.

Hans confiesa que a él no le interesa el nombre del político en cuestión, pues la política le parece vulgar y procura desde hace unos años no leer los periódicos. Ella está de acuerdo. Pero Hans admite que el actor que nos indica cómo abrocharnos el cinturón podría ser un político priista.

Del viejo PRI — precisa Hans — el buen PRI: hombres firmes con cejas pobladas a la española — cejas a la presidente López Portillo — cejas a la presidente López Mateos — pero no a la presidente Enrique Peña Nieto, que no tiene cejas ni Proyecto de Nación. Eso dice Hans, que desprecia la política.

El avión gira pesadamente sobre la coda de la pista — acelera — y como si no pesara — le doy la mano a mi marido — se eleva.

Se presentan formalmente a la hora 0:07: Tachi y Pau — Hans. Hans se presenta como suecomexicano, de modo que la

impresión tanto de mi marido como mía es que es definitivamente mexicano. La pregunta obligatoria debía haber sido por qué — cómo — era que Tachi se llamaba Tachi. Pero era una pregunta difícil de formular para el suecomexicano, que carecía de sentido del humor. Mi marido se voltea para decirme:

Así le dicen a los taxis en Barcelona: Tachi.

Me río, le digo que está mal burlarse en estas épocas de los pobres españoles, pero me para en seco:

Es estrictamente cierto, así les dicen.

La sevillana se disculpa en nombre de la aerolínea con los pasajeros del vuelo 401: No sirve nuestro sistema de entretenimiento — repito otra vez — repito — no sirve nuestro sistema de entretenimiento. Sin embargo, nos dice que los pasajeros podrán hacer uso del mapa sincronizado que detallará las actividades del vuelo. Después repite lo mismo — pero en inglés.

A la hora 3:04: Pollo o pasta. Pollo o pasta a las 11:14 am, hora de España. Altura: 10,400 metros.

Ulpiano precisa que hay una diferencia notable entre los eunucos que han sido castrados y los que nacen sin órganos reproductivos. En el primer caso, la ley se sostiene: la familia de la hembra está exenta de la dote. En el segundo, sin embargo, no. El eunuco de nacimiento tiene un derecho irrevocable a la dote.

El caso, como nos enteramos más tarde por un comentario de la mujer de Tachi — que a las 12:47 am, hora de España, hora 4:37 de vuelo, está bebiendo su tercera copa plástica de vino y cuyo nombre me resulta difícil decir sin estremecerme un poco — Pau — era que él y ella se acababan de casar, y que el papá de ella no les había regalado nada, ni siquiera una ayuda para montar la casa conyugal. Tenían un departamento en la calle Platón casi esquina con Ejército Nacional. Y ahora, en parte por culpa del padre, estaban pasando aceite y escatimando en detalles importantes de las reformas de la casa. No hace falta repetir las palabras exactas que usó la mujer de Tachi para decir apenas eso: escatimar. Lo importante es decir que por esa razón no sabían qué hacer con la cocina. Ahí, el motivo del viaje a España. Hora 4:55. Ella quería una cocina prediseñada, para ahorrar un poco — pero él, Tachi, prefería una cocina hecha a la

medida de las necesidades de la futura familia. Por eso habían viajado a España: había IKEA y ella quería “ver a las cocinas en persona”. También, porque tenían millas y tenían amigos en Madrid.

El suecomexicano, que confiesa no haber terminado ninguna licenciatura, es, decididamente, un experto en historia del diseño: La primera cocina prediseñada, le dice en complicidad a la esposa de Tachi, fue inventada por una mujer brillante: Margarete Schütte-Lihotzky. Juzgando por cómo pronuncia aquel nombre, es claro que Hans habla bien el alemán. Mi marido me mira con un puchero y los ojos entornados hacia arriba – le pellizco el hombro, acusando recibo de ese gesto que conozco tan bien y que significa: No me podría valer más madres. A ella, a la mujer de Tachi, sin embargo, le interesa mucho Margarete Schütte-Lihotzky. Pide más información. Su compañero de fila se la entrega – en torrentes – de un lado del pasillo al otro.

Hans – hora 5:14. – hora 5:42 – ella.

Bajo la persiana de plástico, estirando el brazo a través del espacio que ocupa el cuerpo de mi marido. La luz resplandeciente del Atlántico subraya el contorno arqueado de la ventana. Una punzada en el ojo derecho me advierte que esa luz es la que me dispara las migrañas. Trato de cerrar los ojos. Mi marido lee – dormita frente al periódico – tal vez una forma primigenia de la lectura – y Tachi lee también. Hans le pregunta qué lee. Es una novela de acción – dice – sobre la situación de México. Eso dice: Una novela de acción con un poco de sexo sobre la situación de México. Supongo que en el fondo Tachi tiene razón.

Hans, que también es experto en literatura, compara eso que dice Tachi con la obra de Kertész y la obligación de no quedarse callado frente al horror, luego habla del Horror Horror de Conrad. Después, de Dostoievski, Beckett y luego, incluso, de Platón – que por cierto es la calle en donde ella vive, dice Hans, condescendiente. Ella sabe muy bien quién es Platón.

A mí me gustan todos los escritores – pero sobre todo Platón – declara. Me gusta sobre todo Platón – alarga la o con esa afectación única de las niñas-bien mexicanas.

Hans nombra y se sabe muchos nombres. Le parece muy bien que los escritores mexicanos, todos, hablen del horror. Es nuestro horror, nuestro holocausto – declara. Es nuestro deber hablar de él con los instrumentos que tenemos. Eso cree Hans. La mujer de Tachi, presumiblemente, asiente y alza las cejas. Pero ninguno de los dos opina. En cuanto ella encuentra un hueco en la conversación – salta – y le pregunta a Hans sobre la relación entre las cocinas de Frankfurt y eso del taylorismo – eso le había interesado mucho y quisiera saber más al respecto. Tal vez puedan contratar a un maestro albañil que les copie el diseño de las cocinas de Margarete Schütte-Lihotzky – con un ligero *upgrade*.

Trato de memorizar ese nombre imposible: Margarete Schütte-Lihotzky.

Tal vez haya sido así – como las cocinas de Frankfurt – la cocina original de nuestro departamento rentado, en el último piso de un edificio en la avenida Revolución. Es un espacio diminuto – esa cocina – y un poco oscuro. Tiene una única ventana que abre hacia una *t* formada por dos calles perpendiculares, muy estrechas, atiborradas de negocios formales e informales. Más – en cantidad – informales que formales. Eso significa que la calle funciona no como un exterior sino como un interior – un mercado eterno, vertiginoso, techado con lonas rosas y azules – los pisos tapizados de chicles, gargajos, semillas, colillas, uñas, pelo, insectos, monedas de 10 centavos, vastos archipiélagos de mierda de perro y gato. Originalmente, cuando las calles que bordean el edificio eran de veras calles, el edificio Ermita tenía la particularidad “porosa” – dice así una guía histórica de la ciudad – de abrir el espacio privado hacia el exterior – y viceversa. En la planta baja había farmacias, cafés, negocios. El primer edificio funcionalista de la ciudad, el primer proyecto de una clase media plenamente moderna y urbana. Teníamos – tuvieron – todos hemos tenido – un proyecto de felicidad. Nos mudamos ahí recién casados – muy jóvenes – porque un amigo nos había dicho que en ese mismo edificio había vivido Tina Modotti – aunque luego supimos que no era cierto – que Modotti había vivido en una casa colonial a unas cuadras de ahí.

¡Hank González!, grita Tachi. Agónica hora 6:57 del vuelo. La conversación entre su mujer y Hans acaba de abrir una ventana para el intercambio de correos electrónicos y ha sentido una punzada de rabia o de terror. Apenas registran el aullido de Tachi – ¡Hank González! ¡Así se llamaba el político! – y prefieren seguir deletreando sus direcciones electrónicas. La de ella: eternaduermevela@hotmail.com. La de él – tremendas coincidencias de esta vida: despiertodormido@hotmail.com.

Sí era Hank González – le digo – suave codazo – a mi marido – dormido.

También nos mudamos al Ermita porque ahí se abrió el primer cine sonoro de la ciudad. Y nos gustaba esa idea – vivir encima de una sala de cine. Había un proyecto ahí. No importaba que en realidad ese cine fuera desde hace veinte años solo para adultos – es decir, para cincuentones decrepitos y adolescentes curiosos. Era un cine y eso era lo importante – un cine integrado al edificio pero separado estructuralmente de él por una especie de caja de Schrödinger. En otras palabras, una caja hipotética, porque mientras cocinamos encima de ese cine cogen escandalosamente – como gatos – varios actores y actrices – a la vez. En realidad ni cogen ni cocinamos: se calientan y recalentamos – pues en la pornografía no hay lugar para el sexo y en nuestra cocina no hay espacio para una estufa. Tenemos eso sí, un buen microondas. El año pasado, mientras oíamos las aventuras seriadas del *Savage Cowboy* – un gringo que latiguea mexicanos a cambio de sus Juanitos (así les llama a sus miembros) – inventamos los huevos benedictinos de tópergüer – o *tupperware* – según se prefiera. Declaradamente, nos gustan – aunque sean con mayonesa y mi marido opine ahora que les pongo demasiada mayonesa.

La mujer de Tachi le sugiere a su compañero de viaje mostrarle los planos de su casa – tal vez a él se le ocurran mejores soluciones que a ellos – que a su marido en particular debiera decir – pero no lo dice. Mi asiento tiembla ligeramente – asidero de la mujer que ahora se levanta para sacar las maletas de arribita para compartir los planos de la casa con el suecomexicano, que a ella le parece sobre todo sueco y sólo un poco

mexicano. Le pide a su marido intercambiar asiento con Hans, pues va a ser engorroso estudiar los planos de la casa de un lado del pasillo al otro – y van a molestar a los pasajeros y los va a regañar la señorita aeromoza, etcétera.

Tachi se muestra reticente – nunca viaja en la fila de en medio, a estas alturas ella lo debe saber.

Es por el bien de nuestra casita – argumenta ella.

Hans se pasa a la ventana – ella necesita quedarse en el pasillo porque no soporta imaginar el abismo que se abre detrás de la persiana plástica. A Hans le parece perfecto, porque nada le gusta más que la ventana. De hecho, si lo dejan sentarse ahí el resto del vuelo estaría muy agradecido porque nada lo conmueve más que ver la mancha urbana de la Ciudad de México desde el aire, minutos antes del aterrizaje. Es tan pero tan parecido a aterrizar en el agua. El suecomexicano les comparte un dato que él considera fascinante: el primer mapa de la Ciudad de México – todo agua – está en una biblioteca en Suecia.

Aterrizar en la Ciudad de México de noche es como posarse en un manto de estrellas – remata ella, muy dueña de sus palabras.

Ulpiano también habló del “derecho del marido”. A éste, si descubre que su mujer ha incurrido en adulterio, se le insta a divorciarse y se le recomienda indiciarla. El único caso problemático es el de la mujer adúltera menor de 12 años, dice el sabio y precavido romano, que por ser menor de edad bajo la ley, representa una instancia ambigua. Pero ella, la mujer de Tachi, a pesar de su voz como de pajarito ansioso, no personifica en realidad el caso problemático que sugiere Ulpiano.

La primera recomendación de Hans, a la hora 7:00 del vuelo, es el comedor de Charlotte Perriand. Una sala tan amplia requiere un Perriand.

Trato de leer la primera página de la novela de Martin Amis que he elegido para el viaje – como si alguna vez hubiera conseguido leer poco más que dos o tres páginas en los aviones.

Tampoco es que Tachi se esfuerce mucho en salvaguardar el carácter eterno de su unión conyugal a la hora 7:04 del vuelo –

hora en la que Hans ya se metió al cuarto matrimonial y está sugiriendo que la ventana sur del dormitorio se amplíe unos cuantos centímetros y que se utilicen ventanas corredizas.

Las primeras líneas de la novela son hermosas y un poco tristes. Hablan de las ciudades – las ciudades de noche – cuando las parejas duermen y algunos hombres – dormidos – lloran y dicen Nada. Pienso en los dientes de Martin Amis. Miro la boca ligeramente entreabierto de mi marido. Pienso que no sé bien cómo son sus dientes. Hace muchos años tuve una pareja que rechinaba las muelas mientras dormía. El comedor de Perriand es una obra de arte, asegura Hans, mientras lo reproduce en un dibujo. Rechina la punta del lapicero contra el papel – presumiblemente la bolsita para vomitar en caso de turbulencia. Me producía cierta angustia el rechinado insistente de esos dientes en pleno sueño. A veces – incluso – injustificablemente – me enojaba mucho ese sonido: indicaba, me parecía, que ese hombre dormía en el fondo muy lejos de mí. Lo despertaba para preguntarle si se sentía bien. Nada, decía. Tiene razón Amis – dicen Nada. La decisión está tomada: el comedor será un Perriand. Cierro la novela.

Hora 7:12 del vuelo. Tachi anuncia que va al baño.

Sí – dice ella.

Hans le ofrece a ella una menta – hora 7:13.

Sí – dice ella.

Tachi camina al baño tal vez para lavarse la cara, tal vez los dientes, tal vez para mear. Tal vez para llorar. Se va a desabrochar el botón y se va a bajar los pantalones. Así le enseñaron de niño. Tal vez creció rodeado de mujeres que preferían las tazas del baño limpias – sin salpicaduras. Aprendió a mear sentado desde muy niño. Cubre el asiento del baño con dos tiras de papel higiénico y se sienta sobre ellas – los dos muslos cayendo simultáneamente sobre la taza – para prensar el papel contra la superficie – que no se mueva ni un centímetro – no vaya a ser que su piel dé directamente con una gota de orina ajena. Mea empujándose el miembro con los dedos índice, medio y anular hacia atrás. Unas pocas lágrimas nomás – más de coraje que otra cosa.

Mientras Tachi se está lavando las manos, Hans le pregunta a la mujer de Tachi por qué es que la familia desapruueba el matrimonio. Ella, por primera vez, se muestra un poco defensiva. Su padre no desapruueba – asegura. Es sólo que Tachi y él no están en buenos términos – tanto así que el padre le colgó el teléfono a ella la última vez que hablaron, después de decirle que su marido era un pinche mayate. Ella confiesa que tuvo que buscar la palabra en la página de la RAE. De entre las dos definiciones – 1. Escarabajo de distintos colores y de vuelo regular; 2. Hombre homosexual – supo que su padre se refería a la segunda. Pero prefiere ni pensar en eso. Mejor hablar del baño: ¿Tina o regadera?

Ulpiano escribe: “No es la cópula sino el afecto matrimonial el que constituye el matrimonio”.

Hans habla, a la hora 7:25, de sus sobrinos. Él tampoco es padre pero es muy buen tío, le asegura a ella. Los adora. Y también es padrino de una sobrina, hija de su hermana, que vive en Connecticut.

Ella repite: Connecticut.

No sé dónde queda exactamente Connecticut – pienso.

¿Dónde está Connecticut exactamente? – pregunta ella.

Hans dice que no importa – que Connecticut está lo suficientemente cerca de Nueva York. Porque cada vez que va a Connecticut se da su escapada a Nueva York. Tiene amigos ahí, en Brooklyn. Ella y Tachi conocen bien Nueva York, les gusta Times Square. Pero a Tachi no le gusta caminar mucho – se cansa. A ella en cambio le encanta caminar. A Hans también le encanta. De hecho, hizo el camino de Santiago el año pasado. Ella desea hacer eso algún día, pero con Tachi va a estar difícil. Hans asegura que no hay nada mejor que meterse a la cama – desnudo – después de un buen baño y una copa de vino tras un día entero de caminar por esos paisajes.

Tachi vuelve del baño. Hora 7:29. No se sienta – prefiere caminar un poco a lo largo del pasillo para estirar “mis patitas”.

7:30

7:31

7:32

El emperador Valeriano escribió, a la hora 7:33 del vuelo, en el año 258 después del nacimiento de Jesucristo, que la infamia cubre al hombre que se casa con dos mujeres a la vez. No es el caso de Tachi. Pero conoce la infamia – la palpa en la lengua – entre los dientes – la tiene entre las piernas.

7:34 horas de vuelo – 10,600 metros por encima del nivel del mar – hora en el lugar de destino: 3:23 am.

Levanto el posabrazos y coloco la cabeza en el regazo de mi marido – tal vez dormir un poco. Siento, en el lóbulo de la oreja derecha, la costura de su cremallera – y en mi cachete, la leve erección de los dormidos. No lo veo, pero Tachi está parado junto a su asiento, reposando una mano en el respaldo del mío. Habla con su mujer. Ella pregunta cómo está. Bien – dice él – aunque le duelen las piernas. Ella quiere saber si el chofer de su papá los recogerá en el aeropuerto. Por supuesto que sí – afirma Tachi – en eso habían quedado desde cuándo. Me tapo con la frazada hasta la frente. Repaso: aquí mi lengua – mi primero segundo y tercer molar – mi cachete – la mezclilla – la carretera metálica del zíper – el estampado a rayas del calzón – la punta tibia de su miembro – el asiento – el alfombrado – las diversas capas de metal – las entrañas de la nave – y luego, 10,600 metros de vacío entre nosotros y la superficie del mar.

Y la luz blanca – constante – que el avión rasga como una tijera rasga una tela.

Para el desayuno – hora 10:41 – hay huevos benedictinos con mucha mayonesa. La azafata sevillana me despierta y yo despierto a mi marido. Me entusiasma la coincidencia. Él no la nota. Me sonrío – bosteza – se talla los ojos enérgicamente con los talones de las manos. Comemos.

¿Por qué te llamas Tachi?, pregunta Hans – la boca llena de benedictinos – la hora 10:43 – la hora de las preguntas crueles.

¿Quién va a ir por ti al aeropuerto? – me pregunta mi marido. Voy a tomar un taxi – respondo. ¿Y tú?

Viene por mí un amigo. Si quieres te llamo el domingo y nos ponemos de acuerdo para que no tengas que estar cuando yo vaya por mis cosas el lunes.

Como sea – digo.

Es un apodo, dice Tachi.

¿Pero por qué te lo pusieron? – insiste Hans.

Demasiada mayonesa – interrumpe ella. Ambos están de acuerdo.

Nomás – dice Tachi. Porque me llamo Ignacio y mi hermanita me decía así cuando éramos niños.

Ulpiano indica que tres condiciones se tienen que cumplir para que un matrimonio sea considerado legítimo: previo connubio; el hombre ha llegado a la pubertad y la mujer está en edad de tener relaciones sexuales; hay consentimiento de ambas partes.

Hora 11:03. La sevillana y otro azafato recogen las charolas.

Hora 11:17. La sevillana recoge los audífonos, que casi nadie abrió. Yo finjo que perdí los míos – que he guardado en mi bolsillo – por si acaso.

Hora 11:22. Inicia el descenso.

Hora 11:30. Tachi no quiere aterrizar sentado en la fila de en medio. Le da miedo – no le gusta – insiste. Hans ofrece cambiar otra vez de lugar. La ciudad amaneció lluviosa y nublada así que la vista aérea no va a ofrecer gran cosa de todos modos.

Hora. 11:45. Tachi y mi marido miran por la ventana en silencio – la ciudad cubierta por una nube espesa – lechosa.

La nave desciende – toca el piso – rebota ligeramente – vuelve a hacer tierra – avanza contra su peso – poco a poco frena – hasta detenerse por completo.

## La pierna era nuestro altar

Laia Jufresa

Hace un par de años me inscribí en una alberca. Como era bastante más caro utilizarla muy temprano o por la tarde, durante algunos meses me levantaba diariamente a las 10:45 y a las 11 ya estaba a tres cuadras de casa, cubriéndome la cabeza con la gorra plástica, los ojos con los goggles y dejando que, tras un salto, grandes cantidades de cloro terminaran de despertarme, splash.

Se entiende que a media mañana la gran mayoría de la humanidad, o su porción productiva, está ocupada. Así, mientras las leyes se discutían y los conflictos se agravaban, yo me sumergía; a la hora en que los oficinistas se ponen a pensar en el almuerzo, yo pataleaba; los niños absorbían sus dosis de datos al tiempo que yo respiraba cada una, dos, tres brazadas. Mientras los engranes del mundo aceitaban el progreso de quién sabe qué ambiciones, yo nadaba en círculos: splash, slurp, bocanada y no iba sola. Nadaban conmigo un montón de viejitas.

La compañía de la tercera edad resultó no sólo agradable sino también, y sobre todo, fortalecedora para mi ego. Mi insípido crol me permitía duplicar, a veces incluso triplicar la velocidad de mis compañeras y, comparadas con las suyas, mis extremidades guangas parecían fuertes.

Una de las viejas se retiraba su prótesis antes de entrar al agua. La dejaba siempre en la misma esquina, paralela al borde de la alberca. Era una pierna color ocre, de plástico duro, que tenía un poco escarapelada la rodilla y el tobillo francamente despintado. Algo en su posición, o en el breve ritual que precedía

la toma de su sitio, le otorgaba tintes de ícono religioso. Hasta bien entrado el medio día, viejos, tullidos y desempleados rendíamos culto a la natación y a la torpeza, mientras aquella extremidad esbelta, sobre retablo de azulejo veneciano y casi pese a sí, resplandecía un aura especial, inerte. La pierna era nuestro altar.

Frecuentaba también la alberca, aunque no por iniciativa propia, una mujer gordísima. En cuanto su hija se retiraba con una revista a la sala de espera, ella se sentaba en los escalones a mecer los pies, remojar las carnes y hacerle plática o, más precisamente, prodigarle consejos inoportunos a quien se dejara; y es que a cada templo su predicador. “La fuerza tiene que venir de aquí”, le explicaba a otras que ni de querer hubieran podido localizar, entre las lonjas, el punto señalado. Pero la gorda sí sabía de lo que hablaba porque, como no se cansaba de repetirnos, 30 kilos antes había sido nadadora profesional.

De entre las viejas yo tenía mi favorita. Era la más canosa y la única que, de hecho, nadaba. Era bellísima, dueña de los ojos más pálidos que he visto jamás. No unos ojos claros, sino envueltos: como si alguien les hubiera atado un minúsculo paño blanco alrededor de la pupila. Nadábamos juntas y descansábamos a la par. Durante las pausas nos levantábamos los goggles y mientras ella me hablaba, seguramente de sus nietos, yo me concedía un paseo fijo, casi grosero, todo a lo largo de sus ojos nebulosos. A ella parecía no importarle. Sosteníamos alegres charlas en las que ella hablaba, yo asentía, y sus cataratas reflejaban los engranes de la sabia fracción del mundo, la detenida, la que celebra las pausas. Esta vieja era, en mi opinión, nuestra profeta.

Había dos hombres en la alberca. El primero era extranjero. Siempre me ha costado calcularle la edad a los asiáticos pero éste era bastante mayor. De todos modos, tenía un cuerpo pequeño y compacto y un algo de guerrero resignado. Nadaba solo. De hecho, se le veía en el porte y el semblante que también afuera del agua debía ser, allende la puerta corrediza de nuestro templo, un hombre solo. O quizá no, quizá en casa lo esperaba una mujer con un jugo recién exprimido que él

agradecía inclinando la cabeza. Quién sabe, porque nunca habíamos con él. Debía hablar español, eso sí, porque a diario, cuando salía vestido ya para irse, un periódico local se le asomaba por debajo de la axila. La gorda le decía “el chino” pero la secretaria, siempre de guardia en la recepción, le decía “el señor”. Lo cierto es que su nado superaba cualquier chapuzón nuestro por más que lo estilizáramos. Me gustaba colgarme de la orilla para mirarlo porque su fluidez lenta me transportaba sin querer a unas tardes muy lejanas, cuando mi padre cometió el error primerizo de querer apaciguarme la pubertad con clases de Tai Chi. Todos le envidiábamos en secreto, al señor chino, su rigor, y si nuestra pequeña comunidad hubiera iniciado algún tipo de cruzadas, alguna competencia con un club vecino, por ejemplo, este hombre hubiera sido nuestro elegido, nuestro enviado-en-representación. Pero allí no competíamos. Nuestra media mañana era la de los gatos al sol.

Fuera de la alberca, oficiando la ceremonia al otro lado de la pierna, estaba el entrenador. Era un flaco correoso que tocaba la trompeta. Cuando yo llegaba a la alberca, las peores horas de su día habían quedado atrás. Se notaba porque el pizarrón blanco estaba lleno de anotaciones que él hacía, con plumones de colores, para los alumnos tempraneros cuyas rutinas sobrepasaban en complicación mis 10 vueltas de dorso, 14 de crol. Nadé exactamente lo mismo durante todos esos meses, y es por eso que puedo decir cuánto mejoraron mi estilo y mi condición.

El entrenador usaba el período de calma, el nuestro, para practicar sus digitalizaciones y en mi memoria el sonido de las trompetas quedó ligado al olor a cloro. Me pregunté muchas veces de dónde habría sacado la trompeta. No el instrumento, se entiende, sino el *hobby*. También corría, creo, porque sus camisetas solían celebrar el aniversario de algún maratón. Pero su rasgo más peculiar era que ignoraba olímpicamente a la gorda. No le daba tareas ni la corregía. Es más, no le hablaba, no la miraba y nunca le pidió que se moviera a pesar de que ocupaba la escalerita y los demás nos veíamos forzados a entrar y salir por el chapoteadero. La comodidad con la que se ig-

noraban mutuamente insinuaba una larga historia compartida. La gorda insistía en dar sus propios consejos, con frecuencia opuestos a los de él; pero para él ella simplemente no estaba allí y por ende no hacía ruido. A la hija de la gorda, en cambio, el entrenador la saludaba y despedía muy amablemente, beso y abrazo, cada mañana. Esta continua comedia del absurdo era una de las mayores dichas que la alberca me daba y que, como las otras, estaba condenada a terminar.

Una mañana entró a la alberca una mujer nueva, con los zapatos en la mano, y caminó muy decidida hacia el entrenador. Desde la recepción, la secretaria la fulminaba con un cruce de brazos. A mí, cuando había ido a pedir informes, la secretaria me había obligado a mirar la alberca desde afuera porque *no zapatos de calle a partir de este punto*, como claramente explicaba un letrero en la puerta corrediza. Me colgué de una orilla para observar a la mujer. Era joven y esbelta y yo me angustié de inmediato. Estaba claro que, si se inscribía, en dos segundos me despojaría de mi rol de la mujer joven. Sin embargo, cuando la oí platicando con el entrenador, que por detrás de la espalda seguía presionando las teclas de la trompeta, no sé si por nervios o si porque no estaba dispuesto a perder un minuto de su práctica, la escuché decir que no sabía nadar. Me relajé. Si no sabía nadar, no íbamos a tener ningún problema. Es más: nos haría bien un poco de sangre nueva. Quizá esta mujer de mi edad sería alguien con quien yo podría, por ejemplo, platicar en los vestidores o tomar un café después del ejercicio. Podría transmitirle mi creciente *expertise* sobre el dorso y el crol sin que, como sucedía con mis otras compañeras, lo olvidara a los cinco minutos. Mis otras compañeras, por petición del entrenador, debían mantener en el borde de la alberca, junto a su botella de agua, un ábaco. Pero a diario alguna se olvidaba de traerlo, o de pasar las bolitas al término de cada vuelta.

Recuerdo que esa noche tuve la precaución de rasurarme, para que al día siguiente mi nueva compañera se llevara una buena impresión de mí. Pero la mujer joven no volvió. Ni a la mañana siguiente ni después. La esperé una semana pensan-

do que entraría con el principio del mes siguiente, ya que la secretaria se negaba a fraccionar las quincenas. Pero el mes llegó y la mujer no. Con su ausencia, el aura de la alberca fue opacándose frente a mis ojos. Si la alberca no era suficientemente buena para ella, ¿por qué debía serlo para mí? A la vez reconocía que esta obsesión comparativa con una completa extraña no tenía fundamento y, sobre todo, mermaba mi concentración, por lo que resolví seguir nadando hasta que se me pasara. Pero no se me pasó y ya todo fue en picada.

Un par de semanas después encontré a la secretaria con todas las fichas desparramadas sobre el mostrador y una flamante computadora frente a los ojos. Sentí despecho cuando me dijo que estaba capturando los datos. Las fichas eran unos rectángulos de cartulina con rayas azules, llenados a máquina de escribir, con un hoyito por cada quincena que pagábamos, nada más. Pero en la mía, mi nombre estaba mal escrito y yo nunca lo había corregido porque me gustaba tener un nombre distinto en la alberca, como el que obtienen los adeptos en un ashram y que por lo general significa algo grandioso. Como prevé, con la captura a la secretaria le vino un ímpetu ortográfico y me despojó de mi identidad secreta sin la cual ir a la alberca se volvió un acto tortuoso. De pronto, mi cuerpo quería dormir más y aunque no faltaba me dio por llegar cada día más tarde. El entrenador mostró su descontento; la gorda opinó que me hacía falta descansar.

En un intento por recuperar el entusiasmo, me regalé un traje de baño. El día que lo estrené —una cosa verde brillante, en alto contraste con mi antiguo traje negro— mi vieja favorita me miró saltar y luego acercármele, como cada mañana. Pero cuando estuve a su lado me dijo: “¡Hola!, ¿eres nueva?” No era caso de mentirle y probablemente me hubiera reconocido la voz, por lo que confesé de inmediato mi nombre y me puse a nadar. Pero ni el dorso ni el crol me quitaron la desilusión de no ser para la profeta más que un manchón de color, por definición intercambiable.

El colmo de todo sucedió un día que la directora de la alberca, a la que nunca había visto antes, se apersonó para hacer

su inspección anual y decretó que esa pierna no podía estar allí. A la dueña le dijo que se le iba a mojar y que ella no quería hacerse responsable, pero al salir ese día yo la escuché contándole a la secretaria que la prótesis le había dado “muchísima impresión” y que daba “mala pinta” al negocio. Maldita supersticiosa.

En adelante, cuando la dueña se había echado al agua, el entrenador colocaba su prótesis en una estantería, entre las tablitas para flotar. Desde allí, sólida y en horizontal, la pierna provocaba la misma reverencia que inspiran las secuoyas caídas. Pero yo nunca pude acostumbrarme al nuevo orden y le perdí el amor a la ceremonia. De pronto, las viejas me resultaron pesadas, el chino pretencioso y el entrenador irresponsable. Un día, aproveché un dolor de hombro para faltar una semana y luego otra y ya nunca más volví. Mi pérdida de fe, además, se extendió por el barrio hasta que todo por allí me producía un malestar intolerable y terminé por mudarme. Luego me conseguí un trabajo e ingresé a la porción productiva del mundo, splash.

Con mi sueldo de ahora podría pagarme las clases de temprano, pero a esa hora la gente no cree en nada.

## Parece una tontería\*

Agustín Goenaga

*The boy looked at them, but without any sign of recognition. Then his mouth opened, his eyes scrunched closed, and he howled until he had no more air in his lungs. His face seemed to relax and soften then. His lips parted as his last breath was puffed through his throat and exhaled gently through the clenched teeth.*

Raymond Carver, "A Small, Good Thing"

1.

Cierro el libro de cuentos y me levanto del sillón para ir hacia el cuarto de Isabel. Ella parece dormir boca arriba pero en realidad tiene los ojos abiertos y mira el techo. No hace ningún ruido, se entretiene con las formas de sus manos o las sombras de las cosas que caminan en la oscuridad. Todavía no amanece. Me sorprende que no tenga miedo. Quizá es demasiado pequeña para tener miedo. Aún está demasiado cerca de todo y por lo tanto le pertenece. Ella es todavía el mundo. Y la oscuridad. Y el silencio. Hace apenas unos meses eran su hogar. La levanto en brazos y la traigo conmigo a la habitación. La luz de la lámpara la hace pestañear.

El cuento continúa con las llamadas del pastelero a la casa de aquella pareja que acaba de perder a un hijo. Me he aprendido el cuento de memoria. Debo haberlo leído 10 o 15 veces y siempre la figura del pastelero se vuelve el centro de todo. Es

\* Publicado originalmente en la revista *Luvina*, número 59 (verano de 2010).

una historia sobre la banalidad del mal. O sobre la fragilidad de los seres humanos. O sobre la banalidad de los seres humanos y la fragilidad del mal. Entonces se trata de otro lloriqueo sobre la fragilidad de la naturaleza humana y de su tendencia hacia la maldad y de lo banales que resultan sus acciones a la mañana siguiente, cuando el pan sale del horno y la tetera silba en la estufa. Por supuesto que no. No se trata de eso. El cuento lo escribió Carver, el alcohólico, no Kant, el eunuco. El niño se muere en la historia. Se muere después de algunos días en coma. Despierta gritando, con los ojos fijos en sus padres, y luego se muere. Por eso cerré el libro y fui a buscar a Isabel. Ella juega en la cama. A veces veo que se adormece, y la llamo sin pensarlo.

Tal vez Carver escribió el cuento y creyó que debía esconder las costuras, el revés del bordado. Cuando uno le da la vuelta resulta terrible. Los padres de aquel niño van y vienen del hospital a su casa, a comer algo, a darse un baño y descansar unos minutos. Mientras tanto, el pastelero llama, los persigue para que recojan el pastel que mandaron a hacer antes del accidente. Ellos quieren volverse locos. Pero todo eso sigue siendo una sola cara del tapiz. El niño despierta gritando del sueño. Sólo regresa para aullar de dolor y miedo y lanza todo el aire de sus pulmones hasta quedarse hueco por dentro, acostado en una cama de hospital. Sí, en el lienzo está el llanto de los padres, la desesperación, el dolor de perder un hijo, incluso está el niño que despertó gritando.

Isabel se ha quedado dormida. Siento el impulso de despertarla y levantarla en brazos. No, la ficción es ficción. Que descanse. La dejo entre las sábanas revueltas. Acomodo un poco el edredón para que bloquee su paso si se desliza hacia la orilla. No sé qué haría si algo le sucediera. Me quedaría solo de nuevo. Bajo a la cocina a preparar café. Sí, Carver escribió el cuento al revés. O, bueno, no al revés, pero se limitó a describir la conducta de los que rodeaban al niño. No hay nada sobre su muerte. No hay nada sobre el vacío encerrado en el silencio del niño, como si el cráneo fuera la cáscara de una nuez. Nadie sabe qué hay dentro de la cáscara de la nuez. Pero el niño despertó gritando y se murió.

Me sirvo una taza de café y me encamino de regreso a la habitación. Debería escribir el otro lado del cuento. La idea de pronto me emociona y abre un hueco en mi estómago, como si alguien me desprendiera el diafragma igual que una calcomanía mal pegada. Hay algo mezquino en ello. Tal vez Carver no lo hizo por pudor hacia el niño, por respeto a los padres. Pero es que despertó gritando. Si tan sólo pudiéramos suponer lo que vio en esos días. Qué sueños puede tener un niño con un coágulo apretándole el cerebro, abrazándolo como una orquídea. Apuro el paso. Quiero ver que Isabel esté bien. Me sentaré en el escritorio y esbozaré algunas ideas para ese relato. Hace mucho tiempo que no escribo algo breve. Me vendrá bien. La novela está detenida. Derramo algunas gotas de café en la escalera. Las seco con la planta del pie, con el calcetín marrón que me he puesto para dormir.

Isabel está bien. Duerme. El pecho apenas se mueve, pero el sosiego, la casi sonrisa, me tranquilizan. Mis miedos son ridículos. Supongo que a todos les pasa en algún momento, cuando salen del cine y en los semáforos se vuelven para asegurarse que no haya nadie escondido en el asiento trasero. La ficción no maldice ni vaticina. No existe.

Enciendo la computadora y comienzo a escribir. Primero es el golpe, es el automóvil que no alcanza a frenar y manda al niño contra el pavimento. No fue un golpe estremecedor, la escena no fue espectacular, no salió el cuerpo dando vueltas por encima del coche hasta el otro lado de la calle. En realidad, el carro redujo bastante la velocidad antes de chocar contra el niño. Él cae al suelo y se levanta. Su amigo le pregunta cómo está y luego cómo fue, qué pensó cuando cayó al piso, pero él no contesta. Regresa caminando a su casa. La madre le dice algo, limpia los rasguños con desinfectante y él se queda dormido en el sillón.

Entra un poco de luz por la ventana. Las siguientes imágenes en el relato sólo pueden ser las de un sujeto monstruoso acostándose sobre el niño. Es el coágulo que comienza a formarse en el cerebro. Él está tendido en el sillón y siente cómo un hombre se acuesta encima. Siente la hebilla helada del cin-

turón contra su espalda. No puede respirar. Intenta llamar pero la voz se detiene en el camino y regresa a sus pulmones. Cuando abre la boca descubre que ya no puede volver a cerrarla, como si le hubieran metido una bola gigante de algodón, o tal vez se trata de la mano del sujeto que tira de su mandíbula. Empieza a llorar. El tipo extiende su abrazo. No puede mirarlo, pero sabe que es un hombre gigante, deforme, con los ojos inyectados. Su madre estaba ahí hace un momento, pero ahora se ha ido, como si supiera lo que está pasando y a propósito mirara hacia otro lado. Lo levantan en peso, el hombre lo lleva cargando, lo saca de la casa y lo mete a un automóvil. Esto es estar muerto, le dice al oído. Pero él no puede estar muerto. Cuando uno se muere ya no tiene cuerpo y él ha sentido cada parte, todo lo que hizo el tipo mientras estaba encima. No puede llorar, no le salen lágrimas. A lo mejor es cosa de tiempo, el cuerpo se va perdiendo poco a poco. Pero tiene miedo. Le duele mucho la cabeza, como si el sujeto se le hubiera metido también ahí adentro.

Después vendrá la imagen del hospital. Apenas la intuición de llegar a algún lugar parecido a una cárcel. Él vería a su madre conduciendo el automóvil. No. Escuchó su voz. Nada más.

Me siento culpable. No puedo escribir así de un niño. Aunque no haya existido, no puedo escribir así de un niño. Miro a Isabel que sigue dormida. Sería horrible poner estas imágenes en su cabeza. Si supiera que su padre piensa en estas cosas me abandonaría también. Es demasiado pequeña para irse. Me necesita. Pero hay que abrir la nuez para ver qué hay adentro. Si consiguiera entender lo que vio el niño en esos tres o cuatro días que estuvo en coma... Me dirán que no vio nada, que su cerebro estuvo apagado, pero no, despertó gritando, despertó gritando contra sus padres, clavó los ojos en ellos y gritó hasta que sus pulmones quedaron como bolsas mojadas del supermercado.

2.

Conduzco hacia el Hospital Civil. Acabo de dejar a Isabel con mis padres. Se sorprendieron de que la llevara tan temprano. Lloró cuando la cambiamos de brazos.

El teléfono sonó hace un par de horas. Serían las cinco o seis de la mañana. No me despertó el timbre del teléfono sino el llanto de Isabel. Debe haber sonado varias veces. El hijo de mis amigos se cayó de las escaleras de su casa. Laura tenía la voz llorosa. Calmé a Isabel y volví a dormirla. Me metí a la regadera mientras esperaba que se hiciera de día y llamé a mis padres. Ellos despiertan temprano. Ya no pueden dormir muchas horas seguidas. En el baño me acordé del cuento. Es como el texto de Carver, con algunos cambios menores aquí y allá, como si ese editor salvaje que perseguía a Carver (¿o Carver lo perseguía a él?) le hubiera metido mano. No, ni siquiera. Porque Lish sí le cambiaba el sentido al cuento. Aquí pareciera ser lo mismo, sólo que en vez de automóvil fueron unas escaleras, y en vez de pastelero voy yo a hacerles compañía. ¿Yo soy el pastelero, entonces? Sí, es como si un editor hubiera hecho algunos cambios. Pero hay dos versiones del cuento de Carver. En una se muere el niño y en la otra no, o por lo menos el relato termina antes. ¿Cuál estamos viviendo? Si Laura y su marido supieran que estoy pensando estas cosas me matarían. Espero que su hijo no tenga nada malo. También los padres del niño del cuento esperaban eso. También ellos se repetían que el niño sólo estaba dormido, que despertaría de un momento a otro. En la segunda versión no. En la segunda versión también eso quedó fuera. Lish era un editor salvaje. Despojó el cuento de cualquier rastro de humanidad. La figura del pastelero resulta una voz detrás de la línea telefónica. Los padres del niño apenas hablan, su sufrimiento parece de cartón. El niño no muere gritando. “El baño”, lo titula, entonces. “El baño”. Sí, en algunos cuentos las cosas fueron distintas, le dio forma al sentimentalismo de borracho de Carver y luego lo enfundó en el traje de caballero minimalista, como la leyenda de aquellos gatos bonsái que hacían crecer en botellas cuadradas. Hay que ser salvaje para hacer algo así. Hay que carecer de toda empatía. Es como editar la vida de una persona. Sobre todo si Carver le había rogado que no lo hiciera, que por piedad, no lo hiciera, porque no podría volver a escribir. Hay que ser salvaje. Hay que ser salvaje.

3.

Laura está deshecha en un sofá del área para visitantes. Su marido habla con unas enfermeras. Ella se quita el pelo de la cara cuando me ve llegar pero no se levanta. Me acerco y le doy un abrazo. No puedo imaginarme lo que siente. No sé qué decir. Pienso en Isabel. Debe seguir dormida.

—¿Cómo está?

—Dicen que es probable que no despierte.

—¿Cómo?

—Está estable pero inconsciente. Temen que se quede así. ¡Es mi hijo!

— ...

—Fue por agua. Estaba asustado. Tuvo una pesadilla y no quiso despertarme. Bajamos cuando oímos el golpe. Él todavía estaba lúcido, lloraba un poco pero no mucho, pensé que no era grave pero se desmayó después.

No sé qué más decir. Me quedo sentado junto a ella. Se acerca Rodrigo. Me levanto y me da un abrazo. Se asoman algunos cañones de barba en su cara. Me dice que va a estar bien, que los doctores ven posibilidades de que mejore. Sólo ha sido un fuerte golpe.

—Íbamos por un café, pero las enfermeras dicen que ninguna se puede quedar con él mientras estamos fuera.

Ellos son buenas personas. Son buenos amigos. Nos acompañaron al principio, durante los primeros días después de que Ana se fue. En cuanto dejó de amamantar a Isabel dejó también la casa. Ahora ya no preguntan por ella. Desde hace un par de meses dejaron de preguntar, a diferencia del resto que todo el tiempo me preguntan por Ana y se les nota en la cara que por dentro desean que les responda que todavía no sé nada, o que la policía la encontró en una zanja o que se fue con alguien más. No, ellos no preguntan.

Él se sienta junto a su mujer y ella inclina la cabeza sobre su cuerpo. Su hijo está dormido, está inconsciente, está muerto.

—¿Puedo verlo?

Ambos levantan la vista. Me queda claro que les extraña la petición. A mí también me sorprende. Jamás he jugado con el niño, lo habré visto una o dos veces hasta ahora.

—Sí, por supuesto. Vamos.

Me conducen por el pasillo y luego entramos a una habitación. Seguro olvidaron ya el café. El niño duerme en la cama, boca arriba, con una venda que envuelve su cabeza, cubre un ojo y la oreja derecha. Rodrigo se queda afuera del cuarto. Laura se sienta en la orilla de la cama y yo permanezco de pie, a un costado, sin decir nada.

—Puedes hablarle. El doctor dijo que puede escuchar si se le habla.

No se me ocurre nada que decir. No digo nada. Me quedo de pie, mirándolo en silencio. Intento sonreír al menos, mostrar simpatía.

—Cayó de las escaleras porque tuvo una pesadilla y no quiso despertarme. Los calcetines resbalaron en la madera y se golpeó la cabeza. Cuando escuchamos el ruido salimos a ver. Había un poco de sangre en los escalones. Parece que rodó desde arriba.

—No deberías hablar así. No enfrente de él. Ya ves lo que dijo el doctor, puede oírnos.

—No, no puede oírnos, es como si estuviera muerto.

Él no responde. Desaparece por el pasillo.

—Cuando bajé respiró un par de veces y abrió los ojos. Casi no lloraba, me dijo que tenía miedo, que había tenido una pesadilla, y se desmayó. Tenía la cabeza abierta y el brazo doblado debajo de su cuerpo. El doctor dice que también se rompió varias costillas. Creo que por eso casi no lloraba, no podía, le dolía.

Ahí está el niño, encerrado en un cadáver, escuchando de labios de su madre la historia de su muerte. Oye al padre armar el ataúd fuera del cuarto. Así tendría que seguir el cuento. La madre habla en la orilla de la cama, aguantándose el llanto, mientras el niño escucha todo pero no puede moverse. Su cuerpo se ha convertido en una mortaja. Miro a Laura, se ha soltado a llorar. No sé si deba acercarme. No sé cuánto tiempo hace que está llorando. Sé que debería decir algo. Sé que por lo menos debería sentarme en la orilla de la cama y pasarle el brazo por los hombros. Pero no puedo. Además hay algo her-

moso en la escena, algo conmovedor en cómo el hijo se ha convertido en un pedazo de madera. Una frase así no podría quedar en el cuento, habría que dejarla sugerida apenas. Sin embargo es cierto.

—Vete por un café. No te preocupes, yo lo miraré mientras no están. Si se despierta les avisaré enseguida.

Ella se levanta sin alzar la cabeza. Pongo la mano sobre su nuca, acaricio sus cabellos por encima y la conduzco hacia la puerta. Laura mira al niño una vez más y desaparece también por el pasillo. Busco dónde sentarme, no quiero ocupar el lugar de Laura en la orilla de la cama. Hay una silla en una esquina. Voy hacia allá y me siento. Debería llamar a mi madre, preguntar cómo está Isabel. Lo haré en cuanto regresen. El niño tiene el rostro impávido. Me pregunto qué estará viendo detrás de sus ojos. Me levanto otra vez de la silla y lo miro de cerca, como cuando volteo en el cine y veo los rostros de la gente. Pero él no se mueve, no mueve un músculo. A lo mejor tiene abierto el ojo debajo de la venda y nos está jugando una broma a todos. A lo mejor se está saliendo el vacío por la abertura en el cráneo. De un momento a otro se levantará gritando, escupiendo contra sus padres y morirá entonces. Sí, si la ficción dejara de ser ficción. Hay un cuaderno colgando al pie de la cama con una pluma atada a un pedazo de hilo. Las enfermeras marcan ahí sus rondines. Debería anotar todo esto antes de que lo olvide. Podría terminar el cuento sobre el niño de Carver. El coágulo se está formando en el cerebro y nadie lo sabe. Una segunda cabeza, roja, demoníaca, le está creciendo dentro del cráneo. Lo abraza por dentro, como nunca lo abrazará ninguna amante. Nunca lo abrazará ninguna amante. Punto. Debería anotar estas ideas. Nadie se dará cuenta si arranco una de las hojas del cuaderno. Podría escribirlas antes de que lleguen ellos y guardarme la hoja en el bolsillo del pantalón. No, no podría. De todos modos no tendría sentido. Me matarían si alguna vez leyeran eso. Para qué tomar las notas si nunca escribiré el relato. Tal vez antes podría haberlo escrito, pero no ahora, no ahora, pensarán que estoy escribiendo sobre ellos. Jamás creerán que esté hablando de otro niño, de un niño que no

ha existido nunca, que apenas aparece en el cuento de Carver, que no es alguien real. ¿Y si Isabel lo leyera? ¿Si viera de lo que es capaz su padre, las cosas que nacen en su mente cuando ella está dormida? Pero la imagen es insustituible, irrepetible. El muchacho se va a levantar de un momento a otro con un grito terrorífico, como si volviera de la muerte nada más para decirnos que sí, que es todo lo que tememos que sea, y después morirá de manera definitiva. Entonces tengo que saber qué es lo que vio, qué es lo que está mirando ahora. Si lo cuento quizá no nos dará miedo en adelante. Traducir el grito. Es el sujeto tendido sobre él en el sillón. Es el viaje en el automóvil, escuchando la voz de su madre mientras conduce y pronuncia una letanía incomprensible, es el sujeto que lo lleva en las piernas, en el asiento trasero, y le repite al oído que eso es la muerte, una y otra vez. Y después no es el desconocido, sino su propia madre que le repite la historia de su accidente al oído, que le describe cada golpe contra los escalones, hasta quedar inconsciente, hasta llegar adonde está ahora. Tal vez Ana regrese si por fin publico algo que valga la pena. Tal vez cuando vea que sí puedo ponerme en los zapatos de alguien más, meterme en el cráneo y ver lo que ellos ven, que no soy un cerdo egoísta.



## Acerca de los autores

### Vivian Abenshushan

(Ciudad de México, 1972)

Es escritora y editora. Ha publicado *El clan de los insomnes* (Tusquets, 2004), libro de cuentos con el que obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen, así como los libros de ensayo *Una habitación desordenada* (El Equilibrista/UNAM, 2007) y *Julio Ramón Ribeyro* (Nostra Ediciones, 2009). Su obra ha aparecido en diversas antologías entre las que destacan: *Best of Contemporary Mexican Fiction* (Dalkey Archive, 2008), *Voix du Mexique. 16 écrivains contemporains* (retors.net, 2009) y *El futuro no es nuestro. Narradores de América Latina nacidos entre 1970 y 1980* (piedepagina.com).

Interesada en el intercambio con otras disciplinas, creó en 2001 el Laboratorio de Estrategias Creativas, un taller itinerante y multidisciplinario que explora las correspondencias y la contaminación entre distintos lenguajes (poesía sonora, escritura visual, literatura en acción). Ha sido directora editorial de la revista *Complot* y en 2005 fundó la editorial independiente Tumbona Ediciones, junto con un grupo de artistas y escritores. Actualmente forma parte del Programa de Escritura Creativa de la Universidad del Claustro de Sor Juana y es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Su libro de ensayos *Escritos para desocupados* se publicará este año por la editorial Sur+.

### Agustín Goenaga

(Ciudad de México, 1984)

Es novelista y politólogo. Ha vivido en Guadalajara, Helsinki, Vancouver y París. Su primera novela, *La frase negra*, apareció en 2007 con Ediciones

Era. Fue incluido en el libro *Trazos en el espejo. 15 autorretratos fugaces* y es considerado parte de la nueva generación de narradores mexicanos. Actualmente termina el doctorado en ciencia política de la University of British Columbia, en Canadá, con una tesis comparativa sobre la formación de estados burocráticos antes de la Segunda Guerra Mundial.

## Julián Herbert

(Acapulco, 1971)

Vive en Saltillo. Es licenciado en letras españolas por la Universidad Autónoma de Coahuila. Durante más de 10 años fue profesor de esta casa de estudios, tanto en la Facultad de Ciencia, Educación y Humanidades como en la Escuela de Psicología.

Es autor de los libros de poemas *El nombre de esta casa* (1999), *La resistencia* (2003), *Kubla Khan* (2005) y *Pastilla camaleón* (2009); del libro de cuentos *Cocaína (manual de usuario)* (2006); del volumen de ensayos *Caníbal. Apuntes sobre poesía mexicana reciente* (2010), y de las novelas *Un mundo infiel* (2004) y *Canción de tumba* (2011). Es coautor, junto a León Plascencia Ñol, de la colección de relatos *Tratado sobre la infidelidad* (2010) y, junto a otros cinco autores coahuilenses, coescribió la novela histórica *Graduación* (2010). Fundó en Saltillo, en 2009, el colectivo de arte interdisciplinario Taller de la Caballeriza.

Obtuvo el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen (2003), la Presea Manuel Acuña (2004), el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola (2006), el Premio Nacional de Cuento Agustín Yáñez (2008) y el Premio Jaén de Novela 2011. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

## Yuri Herrera

(Actopan, Hidalgo, 1970)

Licenciado en ciencias políticas por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, maestro en creación literaria por la Universidad de Texas en El Paso y doctor en lengua y literatura hispana por la Universidad de California en Berkeley. Ha publicado cuentos, artículos y ensayos

en *El Financiero*, *Letras Libres* (México), *La Voz* (Argentina), *Border Senes*, *Río Grande Review* (El Paso, Texas), *Lucero* (Berkeley, California), *War and Peace* (San Francisco, California), *El País*, *Eñe* (Madrid) y *El Malpensante* (Colombia), entre otros medios.

Cuentos suyos han aparecido en las antologías *Cuentistas de Tierra Adentro* y *Hombres en corto*. En 2007 publicó el libro para niños *¡Éste es mi nahual!*

Fue ganador del Premio Binacional de Novela 2003 con su obra *Tabajos del reino*, que apareció a finales de 2004 bajo el sello de Tierra Adentro. En 2009 ganó con esa misma novela (ahora publicada por editorial Periférica) el premio Otras voces, otros ámbitos a la mejor novela publicada en España en 2008. También en 2009 publicó su novela *Señales que precederán al fin del mundo*, que en 2011 fue finalista del premio Rómulo Gallegos.

Imparte clases en la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans.

## Laia Jufresa

(Ciudad de México, 1983)

Formó parte de la Escuela Dinámica de Escritores de Mario Bellatin. Ha recibido las becas para jóvenes autores de la Fundación para las Letras Mexicanas, el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y el Centro de las Artes de San Agustín, en Oaxaca. Escribió la biografía de Jorge Vergara (*jorge*, Editorial LID, 2008). También ha publicado cuentos, ensayos, tres libros para niños, y un poema suyo fue antologado en *Los Mejores Poemas Mexicanos 2006*. Esto último siempre la hace sonreír. Actualmente estudia artes plásticas en La Sorbona.

## Valeria Luiselli

(Ciudad de México, 1983)

Su primer libro, *Papeles falsos* (Sexto Piso, 2010), fue considerado uno de los mejores libros del año por el periódico *Reforma*, y fue reseñado ampliamente en los países del mundo hispano. Su novela, *Los ingravidos* (Sexto Piso, 2011), ha recibido la atención de la crítica internacional y está

siendo traducida a múltiples idiomas. Ha colaborado en publicaciones como *The New York Times* y *Granta*, y desde hace varios años participa en proyectos multidisciplinarios, entre los cuales escribió un libreto para el New York City Ballet. Estudia un doctorado en la Universidad de Columbia e imparte talleres literarios en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Vive en Harlem, Nueva York.

## Alain-Paul Mallard

(Ciudad de México, 1970)

Escritor y cineasta radicado en París, cursó estudios de letras hispánicas en la Universidad Nacional Autónoma de México, de historia intelectual europea en el Victoria College de la Universidad de Toronto, y de dirección cinematográfica en la FEMIS (Escuela Nacional Superior de Cine de Francia).

Hombre de letras estricto, su escueta bibliografía comprende hasta hoy dos libros publicados, *Evocación de Matthias Stimmberg* (Heliópolis, 1995, Bibliophane, 2003, Interzona, 2007), y la recopilación en francés *Recels o El don de errar* (L'Arbre vengeur, 2009). La complementan un álbum ilustrado sobre la odisea mexicana del escritor *André Pieyre de Mandiargues*, *Pages mexicaines* (Gallimard, 2009), y la crónica de viaje *Scarlett Hooft Graafland in Altiplano: A Dutch Artist in Bolivia* (W Books, 2012).

Como cineasta, destacan entre sus obras personales *Evidences*, *L'adoption*, *L'origine de la tendresse*.

Enseña la escritura y la dirección de cine documental en Lussas, Francia (Ardèche Images / Université Stendhal de Grenoble 3) y en la Université Gaston Berger en Saint-Louis, Senegal. Ha impartido talleres de escritura documental en Francia, México, Colombia y, a través de la red AfricaDoc, en Sudáfrica, Kenya y Senegal.

## Antonio Ortuño

(Guadalajara, Jalisco, 1976)

Su primera novela, *El buscador de cabezas* (2006), fue seleccionada por el diario *Reforma* como mejor primer libro del año. En 2006 apareció en

España su libro de relatos *El jardín japonés*. Su obra *Recursos humanos* (2007) fue finalista del Premio Herralde de Novela. En 2010 fue elegido como uno de los mejores escritores jóvenes en lengua española por la revista británica *Granta*. Ese mismo año publicó en España su segunda colección de cuentos, *La Señora Rojo*. Libros y relatos suyos han sido traducidos al francés, italiano, rumano, alemán, húngaro e inglés. Ha sido incluido en una docena de antologías en México, Sudamérica, Estados Unidos y Europa. La revista *GQ* lo eligió escritor del año en 2010 y en 2011 publicó su tercera novela, *Ánima*.

## Carlos Velásquez

(Torreón, Coahuila, 1978)

Su primer libro de cuentos, *La Biblia Vaquera* (editado por Sexto Piso en 2011), recibió una acogida entusiasta entre la crítica nacional e internacional. Es autor también de los libros de cuentos *Cuco Sánchez blues* (2004) y *La marrana negra de la literatura rosa* (Sexto Piso, 2010), considerado libro del año por *Reforma*, *El Economista* y *Reporte Índigo*. Recibió en 2005 el Premio Nacional de Cuento Magdalena Mondragón y el Premio Estatal de Periodismo Coahuila en 2011.

## Juan Pablo Villalobos

(Guadalajara, Jalisco, 1973)

Después de residir durante ocho años en Barcelona, ahora vive en Brasil. Tiene dos hijos mexicanos-brasileños-catalanes-italianos. Su primera novela, *Fiesta en la madriguera* (Anagrama, 2010), ha sido traducida a 14 idiomas. La edición británica, *Down the Rabbit Hole*, fue elegida entre las cinco finalistas del First Book Award del periódico *The Guardian* y fue considerada libro del año en las listas de *The Telegraph* y *The New Statesman*. Su segunda novela, *Si viviéramos en un lugar normal*, será publicada por Anagrama este mismo año. Escribe para diferentes revistas, periódicos y blogs de México, España, Brasil, Colombia y Reino Unido.



# Índice

<i>Prólogo: Un nuevo modo</i> Daniel Saldaña París	7
Alain-Paul Mallard <i>Ricarda</i>	17
Yuri Herrera <i>Por el poder investido en mí</i>	29
Julián Herbert <i>M. L. Estefanía</i>	35
Vivian Abenshushan <i>El mal de Satie</i>	53
Juan Pablo Villalobos <i>Fotismos</i>	65
Antonio Ortuño <i>Historia</i>	77
Carlos Velásquez <i>La condición posnorteña</i>	89
Valeria Luiselli <i>Fictio Legis</i>	105

Laia Jufresa	
<i>La pierna era nuestro altar</i>	117
Agustín Goenaga	
<i>Parece una tontería</i>	123
Acerca de los autores	133

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles  
*Rector*

María Teresa Uriarte C.  
*Coordinadora de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Leticia García Cortés  
*Subdirectora*

Víctor Cabrera  
Ana Cecilia Lazcano Ramírez  
*Editores*



*Un nuevo modo. Antología de narrativa mexicana actual*, editado por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 11 de noviembre de 2012. Composición tipográfica, formación e impresión: Formación Gráfica, S.A. de C.V., Matamoros 112, Col. Rául Romero, 57630 Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de México. Se tiraron 1000 ejemplares en offset, en papel cultural de 90 gramos. La tipografía se realizó en tipos Rotis Semi Serif y Rotis Semi Sans de 8, 10.5 y 12 pts. Lectura y cotejo de pruebas de Francisco García. La edición estuvo al cuidado de Álvaro Uribe, Víctor Cabrera y el compilador.

